

JOSÉ MARÍA SERVET

EN ARGELIA

RECUERDOS DE VIAJE



MADRID
IMPRESA DE TOMÁS MINUESA, JUANELO, 19.
Tipógrafo, Juan Iniesta.

1890

EN ARGELIA,
RECUERDOS DE VIAJE

JOSÉ MARÍA SERVET

A 50033

EN ARGELIA

RÉCUERDOS DE VIAJE

MADRID

IMPRESA DE TOMÁS MINUBSA, JUANELO, 19.

Tipógrafo, Juan Luísta.

1890

I

De Cartagena á Orán.

A las dos de la tarde, el vapor *Désirade* termina sus preparativos de marcha, y, pasando por entre los rompeolas, á los piés de los formidables castillos que guardan la plaza, sale del espacioso puerto cartagenero. Instalado en la popa con mis dos compañeros de viaje, miro cómo desaparece lentamente la línea de casas que se alzan sobre la muralla al abrigo del cerro de la Concepción, convirtiéndose pronto en blanquecino punto, que no tarda en borrarse en lontananza. Asimismo perdemos de vista las torres de los fuertes, las peladas rocas del islote de Escombreras y las ondulaciones de las montañas de la costa, descendiendo gradualmente hasta confundirse con el inmenso espacio azulado.

Fuerte viento Norte favorece la marcha de la embarcación, que avanza rápida, cortando las violentas olas y dejando en pos profunda estela como señal de su paso. Ya estamos en alta mar; el movimiento de vaivén empieza á acentuarse, y los pasajeros van abandonando el puente, donde permanecemos agradablemente entretenidos, observando las gaviotas que nos siguen revoloteando, la pureza inmaculada

del cielo y el reflejo del sol caminando á su ocaso é iluminando con sus maravillosos esplendores las espumas del más hermoso de los mares.

Entre los pocos viajeros que nos rodean, una animada pareja atrae nuestra atención. Palabras sueltas que á nosotros llegan nos hacen comprender que son franceses; ella rubia, esbelta y vestida con irreprochable elegancia; él correcto y distinguido, ocupado exclusivamente en dedicar á su bella compañera solícitos cuidados y miradas dulces, que no nos dejan duda de la felicidad de unos recién casados buscando en el misterio de los oasis africanos, poético retiro donde pasar tranquilos su luna de miel.

Pero poco tiempo podemos disfrutar observando la dicha de los novios, pues la rubia palidece, empieza á sentir los síntomas del mareo, y apoyada en el brazo de su esposo se dirige á su camarote, dejándonos largo rato entregados á dulces y fantásticos pensamientos.

Entretanto el tiempo vuela, y ya el crepúsculo vespertino tiñe de suaves tonos diáfanos las nubecillas, mientras el sol se oculta entre resplandores y espumas.

La campana llama á la mesa. En el comedor nos hallamos reunidos una veintena de personas, que nos entretenemos observándonos disimuladamente, complaciéndonos en adivinar el estado civil de cada uno y calificándonos según nuestra íntima fantasía.

El capitán, robusto lobo marino, morenote, barbudo y de facciones pronunciadas, ocupa la cabecera entre el segundo y un oficial francés. Enfrente de nosotros un inglés rubicundo, estirado en su le-

vitón abotonado y su corbata blanca irreprochable, que nosotros calificamos de pastor protestante, sostiene con su esposa, de aspecto extravagante, incesante diálogo en voz baja.

Más allá la pareja de recién casados, risueños y expansivos, charlan con sus vecinos, que les dan noticias sobre la Argelia y sobre las curiosidades del país.

En el otro extremo de la mesa, un viajante de comercio acapara la conversación, y en voz muy alta disparata sobre política, sobre los árabes, sobre España, presumiendo de entender de todo y dándose aires de ilustrado y de personaje.

Mientras los mozos sirven rápidamente un *menú* complicado, pero poco suculento, que unos se esfuerzan en comer con exceso, sin duda para evitar el mareo ó prepararse á sus efectos, y otros apenas prueban por no encontrarse del todo bien, se sienten algunos cabeceos inquietantes. El piso sube, se inclina y parece hundirse bajo nuestras plantas; oscilan platos y vasos suavemente, y empiezan á retirarse algunos viajeros, mientras otros, después del café, permanecen en tertulia, indiferentes al cabeceo cada vez más marcado.

Cuando volvemos sobre cubierta ha arreciado el viento: pero el espectáculo del cielo, vistiéndose de estrellas que vamos contando á medida que aparecen y mientras no nos lo impide su inmenso número, nos atrae y nos suspende en indefinible embeleso, hasta que el frío y lo desapacible de la noche nos obligan á recogernos en demanda de sueño que nos haga pasar, sin sentir, las pocas horas que faltan para arribar á las playas argelinas.

El silbato de la máquina y el ruido de apresuradas maniobras nos despiertan; subimos al puente y tenemos la satisfacción de ver aparecer á lo lejos millares de puntos luminosos que van aumentando su brillo, destacándose perfectamente en el fondo del puerto de Orán.

Cerca ya de la media noche, el *Désirade* se detiene apoyando su escala en el muelle; y cumplidas las formalidades de sanidad y policía, empieza el desembarco entre la confusión de moros, negros y mozos de hoteles, que vociferando en un chapurreo especial, mezcla de francés, árabe y español, se disputan las maletas de los viajeros, aturdidos aún por los balanceos del barco.

Poco menos que á la fuerza, un sucio morazo se apodera de nuestros efectos y nos lleva á un carruaje que á todo escape atraviesa silenciosos boulevares y calles, sube por prolongadas cuestas y nos conduce al hotel Continental, donde, instalados en cómodas habitaciones y contentos de nuestra rápida y feliz travesía, esperamos luzca el nuevo día para recorrer y admirar la floreciente ciudad franco-africana.

II

Noticias generales sobre la Argelia.

Como preliminar de la reseña de nuestra excursión por Argelia, voy á permitirme refrescar la memoria de mis lectores con algunos datos geográficos y políticos acerca del país que rápidamente van á recorrer leyendo estas líneas.

Se divide generalmente la Argelia en tres zonas bien características: el *Tell*, las *Allas Mesetas* y el *Sahara*. El *Tell* es la región de las lluvias periódicas, de los bosques, de las frutas y de los granos, la región cultivable y colonizable para el europeo, que encuentra en sus valles, no solamente terreno fértil, sino condiciones climatológicas, análogas á las de su mismo país.

Cuéntanse tres subdivisiones del *Tell*: el *Sahel*, línea de colinas que se extiende á lo largo del mar, habitadas por las tribus kábilas; el *Ula*, llanuras inmensas que bordean el *Sahel* al S., país esencialmente árabe; y el *Yebel*, verdadera región montañosa, ocupada por árabes y berberiscos.

Las *Allas Mesetas*, barridas por huracanes de arena, no se prestan á cultivo alguno, pero ofrecen excelentes pastos cuando no faltan las lluvias de

primavera y otoño y se consideran dominio del árabe pastor.

El *Sahara* es un vasto mar desecado, pero todavía no es el desierto. La industria humana ha podido crear frescos y deliciosos oasis y ha fundado ciudades entre jardines de palmeras, que sirven de descanso á las emigraciones de los nómadas.

Mas allá del *Sahara* se encuentran grandes espacios estériles, denominados *Hamada*, y más lejos los *Areg*, llanos arenosos, deshabitados, que las caravanas atraviesan siempre con recelo.

No es fácil marcar las fronteras de la Argelia. Las Geografías francesas calculan su extensión en 37.500 leguas geográficas; y si bien puede marcarse la línea que las separa de Tunez, ni se ha decidido aún cuál es la línea divisoria entre Marruecos y Argelia, ni mucho menos se podrá señalar límite S. por cima de las demás del desierto. Y es cuestión muy importante la de las fronteras argelinas: para Francia, porque fijándolas acabará de asegurar su dominio; y para los demás países, porque en la incertidumbre creen amenazada la integridad del imperio marroquí, sobre el cual se ciernen las miradas de toda Europa.

La Argelia está dividida en tres provincias: Orán, Argel y Constantina. Esta, la más oriental, es también la de clima más europeo en el litoral del *Tell*. y es la parte que mejor se ha afrancesado, pues aunque en sus poblaciones se nota un buen contingente de italianos, los franceses superan y dominan perfectamente. Tienen puertos muy importantes, como Philippeville y Bone, y excelentes ciudades interiores. Sus altas cumbres están muy pobladas y

conservan mucho tiempo la nieve que las cubre en el invierno.

En el departamento de Argel abundan los italianos y mahoneses; pero este es más africano que sus dos vecinos, á los cuales supera en población y en importancia que le dá la capital del territorio.

La provincia más rica es la de Orán, en la cual domina el elemento español, que lo invade todo, posee muchos terrenos y prestó grandes servicios á Francia en el primer periodo de su colonización, trabajando los campos, transformando en ricas posesiones territorios incultos y fundando grandes centros de vida y de comercio.

Desde que en 1830 el famoso abanicazo dado por el Bey de Argel al cónsul de Francia, dió lugar á la campaña, cuyo resultado fué la ocupación del territorio argelino por el ejército francés, el gobierno, á medida que aseguraba y extendía sus conquistas, llevaba por todo el país los progresos de la civilización y los adelantos del siglo.

Hoy dispone Argelia de una buena red de carreteras, y cuenta con grandes líneas férreas que ponen en comunicación las ciudades principales, internándose más cada día, hasta que pronto lleguen á pisar el suelo del desierto.

La mayor parte de las obras públicas se deben á los ingenieros militares, que, mientras los otros cuerpos del ejército luchaban y vencían á los bárbaros indígenas, iban á su espalda levantando una nueva cultura y afirmando el dominio de su nación.

Así sorprende el rápido desarrollo que ha alcanzado la civilización de un país conquistado desde hace tan pocos años, y cuya creciente riqueza y pros

peridad hace que se le pueda considerar, no como á una colonia francesa, sino como á la misma Francia.

La cifra de la población de la Argelia se eleva á 3.817.465 habitantes, entre los cuales figuran, en números redondos, tres millones de musulmanes, 200.000 franceses, 40.000 israelitas y 200.000 de diversas nacionalidades, entre ellos 140.000 españoles.

La población indígena comprende los bereberes ó kábilas, los árabes, los moros, los negros, los judíos y los *berranis*, gentes de orígenes y tipos diferentes.

Los *kábilas*, considerados como descendientes de los berberiscos, son los habitantes más antiguos del país. Suponen algunos historiadores que representan un pueblo autóctono instalado en las montañas desde tiempo inmemorial, mientras otros creen que son una mezcla de razas distintas que han dominado sucesivamente el Africa septentrional, y que, huyendo de las persecuciones de los invasores, se refugiaron en las montañas, donde aún se mantienen sus tribus, limpias de toda mezcla, haciendo vida sedentaria y hablando una lengua desprovista de signos particulares de transcripción que ha resistido las dominaciones romana, vándala, árabe y turca.

El carácter principal de la organización *kabila* es la independencia de las tribus, establecidas bajo principios democráticos, formando, según las circunstancias y las necesidades de su vida, ligas momentáneas ó temporales para la defensa de sus intereses.

La tribu *kabila* se fracciona en concejos, que se subdividen en familias, cuyos delegados, *amins*, elegidos cada año, forman la *djemmaá*, especie de con-

sejo municipal, que sirve de intermediario entre sus individuos y las autoridades francesas. El *thaddart* ó aldea, es la verdadera unidad constituida de la organización social.

La palabra *kábila* sirve para designar una parte de la raza berberisca, y es usada también por los árabes para expresar la idea de tribu, de pueblo nómada, pues durante los cuatro siglos que siguieron á la conquista del Africa septentrional por los musulmanes, todos los nómadas pertenecían á la raza berberisca.

El *kábila* es de mediana estatura, vigoroso, de piel obscura, cabellos negros y lasos, cabeza más redonda que la de los árabes, pero raras veces se encuentran en su fisonomía esas bien delineadas narices aguilieñas, tan comunes en estos últimos. Mas junto á estos tipos de cabellos negros, que parecen denotar una procedencia del extremo oriental de Africa, se distingue con frecuencia el *kábila* de ojos azules, tez blanca, cabello rojo y rubio y otros rasgos típicos germánicos, recuerdo viviente de los setenta años de dominación de los vándalos.

Sóbrio, trabajador, robusto, se dedica á las faenas agrícolas y al cuidado de sus ganados; pero dotado de extraordinaria habilidad ejerce con maestría las industrias más diversas y las más necesarias á su existencia. Fabrica lienzos y tejidos de lana, prensas, molinos, armas blancas y de fuego, pólvora, plomo, útiles de labranza, joyas, objetos de madera tallada, etc., etc., sin desdeñar á menudo la acuñación de moneda falsa, para cuya fabricación está dotado de especial talento.

Muy apegado á su hogar y á su familia, el berbe-

risco tiene generalmente una sola mujer, que le ayuda en sus faenas agrícolas ó industriales, comparte con él los peligros y las fatigas, lo excita contra el enemigo, y se encarga de vengarlo si muere, apoderándose de su propio fusil, que maneja con gran precisión. De esta suerte, la mujer *kábilu* goza de una consideración y un respeto bien distantes del desprecio con que los árabes suelen tratar á las suyas.

Aunque hospitalario, es vengativo, pèrfido con sus enemigos, supersticioso, fanático, y dispuesto siempre á la rebelión y á la lucha. Acantonado en sus montañas casi inaccesibles, se resiste á toda asimilación con los dominadores del país, sin dejar, no obstante, de ponerse en contacto con sus vecinos de los valles y de las ciudades, cuando el beneficio de sus intereses así lo exige.

Los bereberes ó kábilas de la Argelia, visten camisa de lana (*chelukha*) que pasa de las rodillas, haída y alboroz. Casi siempre llevan la cabeza desnuda, pero cuando bajan al Tell para tomar parte en la siega, se cubren con grandes sombreros de paja.

Mientras que la raza *kábilu*, cada vez más indómita, conservaba su independencia en las montañas, la raza árabe, extendiéndose por las llanuras, prevalecía y se asimilaba fácilmente á las antiguas poblaciones que las ocupaban.

Lejos de ser sedentarios é industriales como los kábilas, son más bien nómadas pastores, y, sobre todo, guerreros.

El árabe es el pastor, el caballero que ama los grandes espacios y vive bajo la tienda. Desdeñoso

del trabajo de la tierra, permanece fiel al precepto del *Korán*. Mahoma dice: «Donde entra el arado, entra la vergüenza:» Algunas tribus han acabado, sin embargo, por fijarse en el suelo.

En las poblaciones árabes el fanatismo religioso se halla desarrollado hasta el más alto grado, y su organización política es, al contrario de la de los kábilas, generalmente aristocrática. Existen entre ellos tres clases de aristocracia: la militar, representada por los descendientes de las antiguas familias conquistadoras; la religiosa, formada por la descendencia de los marabuts (santones), cuya influencia está en relación con su fama de santidad; y la de raza, compuesta de los *cherfa*, que hacen arrancar su genealogía del mismo profeta Mahoma.

En cuanto á la mujer árabe, objeto de lujo y de placer para el rico, bestia de carga para el pobre, está muy lejos de gozar de la libertad y de la consideración de la mujer *kábila*; y en cualquier condición resulta siempre la esclava del hombre.

Los moros de la Argelia parecen descender de los antiguos mauritanos, habitantes aborígenes del África, mezclados sucesivamente con los fenicios, los romanos, los berberiscos, los árabes y hasta con los vándalos y los europeos, que después se establecieron en Berbería. De modo que puede decirse son hijos de todos los pueblos que tocaron en las riberas africanas, desde los argonautas á los renegados del siglo pasado.

A la llegada de los franceses, muchos moros ricos abandonaron la Argelia para establecerse en Egipto, Turquía, Túnéz y Marruecos. Los que quedaron, re-

siden principalmente en las ciudades y en las aldeas próximas, dedicados por lo general al comercio, y viviendo en muy buena armonía con los conquistadores.

Los *kulurbis* ó *turcos* son hijos de turcos y de mujeres moriscas, distinguiéndose apenas de los moros en tipos, costumbres y trajes. Forman la población menos numerosa de la Argelia, y fueron los mejores auxiliares de los franceses en sus campañas de invasión.

La abolición de la esclavitud en 1848 tiende á hacer desaparecer de día en día á los negros de Argelia. Muy numerosos en los oasis del Sud, cuyo clima soportan fácilmente, forman una población muy laboriosa, y en las ciudades sirven de criados, mandaderos, vendedores ambulantes, albañiles y cocheros. Las negras son bañeras y sirvientas y se las encuentra á menudo en las plazas públicas bailando y diciendo la buenaventura.

Los judíos residentes en el *Tell* y en las ciudades argelinas, descienden en general de los emigrados españoles de los siglos xv y xvi. Bajo el dominio de los turcos vivían sometidos á un régimen humillante y amenazador, sufriendo con paciencia impuestos exorbitantes y todo género de vejaciones.

Un decreto de la Defensa nacional en 1871 emancipó á los judíos argelinos, concediéndoles la naturalización francesa con sus cargas y sus derechos. Esta medida produjo deplorable efecto en la población árabe, que los aborrece de muerte, siendo una de las causas de la insurrección de 1871, y dando por resultado que en muchos distritos la mayoría

de votos para las elecciones está en poder de los israelitas.

Sin embargo, hay que reconocer los esfuerzos del elemento judío para asimilarse las costumbres francesas por medio de la educación y de la cultura, cada día más desarrollada entre sus hijos.

Dedicados al comercio y á la banca, adquieren de día en día mayor importancia, gracias á su habilidad para atraerse las economías del país y á sus préstamos usurarios á los labradores, cuyas tierras se van apropiando poco á poco.

Despreciados por los árabes, que los detestan más que á los cristianos invasores, los judíos viven en contacto continuo con los franceses, á los que prestan á menudo grandes servicios para la colonización.

Además de estas distintas razas, existe en Argelia una masa de gentes de diferentes orígenes, tipos y costumbres, llamados *berranis*, que en las ciudades y en los campos se dedican á diversas industrias ú oficios, siendo muy apreciados por los europeos. Tales son los biskrinos, los mizabitas, los mizitas, los laualis y otros.

Más adelante tendré ocasión de indicar de pasada algunos usos y costumbres de estas diferentes razas, como asimismo algunos datos muy curiosos sobre la administración de los indígenas y las leyes mulsumanas de justicia establecidas por la metrópoli, que con gran sentido práctico ha procurado compaginar, en lo posible, sus códigos con la organización primitiva de los árabes.

III

ORÁN.—Aspecto general.—Los españoles.—La Mezquita.—La Catedral.—El Barrio Negro.—Escena de familia.

Nuestro hotel está situado en la parte superior y más nueva de Orán, enfrente de la Plaza de Armas y del gran edificio de la Alcaldía, y desde nuestro balcón, en la fachada posterior, gozamos de delicioso panorama que no nos cansamos de admirar.

A nuestra vista se presenta el tranquilo golfo, marcado por la Punta de la Aguja al E. y el cabo Falcón al O. Tenemos á los pies el *Ain-Ruina*, profunda rambla, convertida hoy en huerta, llamada á desaparecer bajo las nuevas construcciones, y más allá el nuevo puerto, con su aduana, sus cuarteles y sus animados malecones en el comercial barrio de la Marina.

A la izquierda, entre la costa que termina en el cabo Falcón, *Mers-el-kebir* con sus casitas blancas, sus fortificaciones y su rada, donde fondearon las galeras españolas en 1505, después de empeñada lucha con los piratas musulmanes; las aldeas de Santa Clotilde y de San Andrés, escalonadas entre la playa y las laderas del Yebel-Muryadyo, corona-

do por las ruinas del castillo español de Santa Cruz, con la torre de la Virgen inmediatamente debajo; el fuerte San Gregorio en el centro, y el de la Mona en su base, próxima al mar.

Más cerca la vieja *Kasba* (ciudadela), dominando la ciudad española la Blanca; el minarete de la mezquita de *El-Hauri*, convertida hoy en almacén militar; la alta torre de San Luis; el barrio francés con la Gran Mezquita, y el Castillo Nuevo, cuyo origen español prueban las varias inscripciones y escudos que se conservan aún en sus murallas.

A la derecha el barrio de *Kerguenta*, en el cual se destacan los edificios magníficos del Liceo, del cuartel de caballería y del almacén de forrajes. Más allá la aldea de Arcola, junto al mar, rodeada de *rillas* y cortijos. Después el monte de los *Leones*, la Punta de la Aguja, y á lo lejos el cabo Ferrat, apenas visible.

Orán, que toma su nombre de la rambla *Uabrúa*, que lo dividía, puede decirse que es una ciudad española: las costumbres, los trajes, los rótulos comerciales, los nombres de los cerros, los castillos, las murallas, todo ello es más español que francés y que árabe.

¡Lástima grande haber abandonado, por la torpeza de nuestros Gobiernos, tan importante territorio, á las puertas mismas de España, virgen de cultivo y regado durante varios siglos con la sangre de nuestros abuelos!

España, al perder aquella ciudad, después de poseerla centenares de años, renunció á la influencia grande que un día tuvo en Argelia, sin prever que en los feraces campos de Orán podrían encontrar

trabajo los que necesitaran abandonar el suelo patrio en busca del sustento.

Los españoles componen las dos terceras partes de la población de Orán, y distribuídos por toda la provincia, se dedican á la agricultura, al comercio y á diferentes industrias y profesiones, estando en buenas relaciones con los indígenas, con los cuales tienen frecuentes tratos mercantiles.

Los franceses no ven con gran agrado el estado floreciente de la colonia española, y cada día hacen mayores esfuerzos para lograr la naturalización de nuestros compatriotas, que aunque alejados de la madre patria, conservan fielmente el cariño al país en que vieron la luz primera.

Orán, en otro tiempo árabe, española ó turca, es hoy una ciudad bien trazada y bien construída, en la que la población europea circula con la febril actividad que da el movimiento creciente de los negocios, y tiene muy marcado el sello de nuestras grandes poblaciones marítimas.

Disfrutando del placer de marchar sin dirección ni objeto fijo, recorreremos á la ventura boulevares y plazas, viendo desfilar á nuestro lado, como en linterna mágica, militares de tódos cuerpos, zuavos y spahis con sus graciosos uniformes, robustos moros con sus blancos albornoces que les dan aspecto de fantasmas, judíos con pantalón hombacho, y negros corpulentos, haciendo resaltar entre sus blancos ropajes el lustroso tono de su tez.

Junto el elegante sombrero de copa, aparece la gorra del obrero, y al lado de la blusa azul de nuestros jornaleros, el traje original del *touriste* inglés.

La mujer árabe, tapada la cara, con ámpliopanta-

lón que la cubre de la cintura á los piés y el largo *haik* que, partiendo de la frente y rodeando la cabeza, le cae hasta la mitad de las piernas, circula sin asombro entre la graciosa modista parisiense y la española que luce vistoso pañuelo de seda á la cabeza; y la encopetada dama europea se cruza con la judía de ojos rasgados y voluptuosos, vestida de seda, oro y terciopelo.

Cerca de nosotros oímos la conversación de los árabes, llena de enérgicas jotas, contrastando con el francés más castizo, ó con el italiano más dulce, y nos parece asistir á un abigarrado carnaval, en que todos rivalizan en originalidad de disfraces, haciendo gala de los distintos acentos de su lenguaje peculiar.

Imposible dar una idea exacta de la diversidad de tipos y de gentes que pueblan aquel pedazo de territorio francés, en que discurren con igual libertad blancos y negros, mahometanos y judíos, africanos y europeos, soldados y frailes.

Multitud de ómnibus, siempre llenos de gente, ponen en comunicación los barrios extremos y los pueblecillos de los alrededores con el centro de la ciudad, mientras sinnúmero de enanos borriquillos (*burricós*, según los franceses), enjaezados con aguaderas y aparejos semejantes á los que se usan en la provincia de Murcia, conducidos por árabes ó por arrieros de marcado tipo murciano, sirven para transportar pesadas y variadas cargas.

Para abreviar la distancia entre la ciudad alta y la baja, se han practicado varias escaleras bastante empinadas, que presentan un aspecto muy pintoresco y animado, lo mismo que las calles princi-

pales, bordeadas de bazares y tiendas, donde se venden, desde los objetos más refinados del gusto parisién, hasta los más toscos y primitivos de los kábilas y berberiscos.

En un ángulo de la calle *Philippe*, que desciende de la Plaza de Armas á la de *Kleber*, centro de la vieja ciudad, se halla la gran mezquita del Pachá, fundada por orden de *Baba-Hassen* para conmemorar la expulsión de los españoles. Exteriormente presenta un muro semicircular, terminado con adornos calados, y su puerta está hábilmente decorada con motivos y dibujos del estilo árabe más puro.

Al franquear la entreabierta puerta nos encontramos en un patio rodeado de espaciosa galería donde se pasean silenciosos dos ó tres árabes, en tanto que otros varios se purifican lavándose piés, cabeza y brazos en la preciosa fuente de mármol blanco que ocupa su centro. Al aproximarnos á la entrada de la mezquita, corpulento moro nos hace calzar grandes zuecos, sin cuyo requisito no está permitido penetrar en el sagrado recinto, según leemos en un cartel pendiente de la pared, escrito en francés y en español y firmado por el jefe de policía.

La parte interior se compone de una inmensa bóveda apoyada sobre columnas bajas y unidas dos á dos. En las paredes blanqueadas campean versículos del Korán é inscripciones alegóricas á los prodigiosos milagros de los más venerados marabúts. Arrodillados sobre aterciopelada alfombra, vemos unos cuantos musulmanes en éxtasis, vueltos en dirección á la Meca, indiferentes á cuanto les rodea

y formando curioso contraste con otros, que, tendidos irreverentemente, duermen en los rincones apretando entre sus manos el inseparable rosario.

Largo rato permanecemos en aquel desnudo y frío recinto siguiendo con interés los movimientos y las extrañas genuflexiones de los musulmanes, y nos retiramos devolviendo al guardián las incómodas pantuflas, unidas á la correspondiente propina, con el pesar de no conseguir subir al esbelto minarete que corona la única mezquita que se conserva hoy en Orán.

Siguiendo nuestro paseo, recorremos el barrio de la Marina, y por la calleja de Madrid subimos á la catedral de San Luis, en cuya escalinata nos detenemos un momento para dirigir una mirada al Mediterráneo, surcado de numerosas naves, y á la ciudad vieja, que se agita bulliciosa á nuestras plantas.

La catedral, primero mezquita, fué transformada por el cardenal Cisneros en iglesia dedicada á Nuestra Señora de la Victoria; después sirvió de sinagoga, y volvió luego al culto católico, siendo restaurada hábilmente por un arquitecto francés. En la bóveda del coro se ven esculpidas las armas y el sombrero cardenalicio de Cisneros, y entre otras curiosidades, figura una capilla de estilo Luis XV y algunos cuadros de bastante mérito.

Frente al templo cristiano se alza el minarete de tres pisos de la mezquita de *Sidi-el-Hawri*, destinada á edificio militar, conservándose sólo la *Kubab* (tumba) del santón, donde acuden los viernes no pocos musulmanes en peregrinación piadosa.

Para regresar al hotel subimos por el paseo de

Lelany, que en la extensión de un kilómetro ciñe las murallas del Castillo Nuevo, dominando el golfo y sombreado por frondosas higueras, eucaliptus y plátanos, que hacen la estancia en tan ameno sitio sumamente agradable.

El tiempo es primaveral y el termómetro marca 12 grados, así es que en las puertas de los cafés principales se sienta abigarrado personal que se entretiene con el movimiento extraordinario de la ciudad nueva. Cerca de nosotros pregonan su mercancía vendedores ambulantes de turrón, peladillas, cascajuja, zambombas y panderas. No podemos dudar que estamos entre españoles, preparándose á celebrar la Noche-Buena, según las costumbres de la madre patria; y, naturalmente, sentimos grata emoción al vernos en país extranjero rodeados de compatriotas, que conservan tan fielmente las alegres costumbres populares de la tierra.

De nuestras dulces reflexiones nos saca el guía que el dueño del hotel ha puesto á nuestra disposición para visitar los barrios judío y negro, las fortificaciones y algunos sitios pintorescos de los alrededores de Orán. Es nuestro acompañante un negro de aspecto feroz, pero servicial y respetuoso, aunque, según costumbre árabe, nos habla tuteándonos unas veces en francés poco correcto y otras en castellano afrancesado. Mientras nos explica los monumentos y calles que atravesamos, saciamos nuestra curiosidad estudiando su original traje y sus facciones pronunciadas con el sello bien marcado de su raza. Viste amplio calzón blanco, sujeto á la rodilla, que hace resaltar sus desnudas y negruzcas piernas; largo paletó azulado, con el nombre del hotel bor-

dado en el cuello y sirviendo de marco á su brillante rostro, finísimo haick atado á la cabeza con cordón de piel de camello; botas europeas y grandes aros de oro en las orejas, completan tan extraño atavío.

Mahomed (así se llama nuestro cicerone) nos conduce primero fuera de la ciudad por la puerta de Tremecén, y dejando atrás las murallas, en las que se conservan grabadas en marmol blanco las armas de Castilla y de León, seguimos la orilla del riachuelo *Rehhi* por una alameda de cipreses, nopales y aloes, hasta cruzarlo por macizo puente, y pasando junto al castillo de San Felipe, nos detenemos en el barrio de San Antonio, habitado en su totalidad por árabes y negros, desde que en 1845 el general gobernador les obligó á levantar sus tiendas y aduares del centro para trazar las calles y boulevares de la ciudad moderna.

El llamado barrio negro está formado por casas en bajo, muy bien enlucidas, sin balcones ni ventanas, todas de igual aspecto, obedeciendo al tipo general de las casas moriscas, realizando el ideal de sustraer á toda mirada su vida doméstica y su familia.

Vagando por aquellas calles, veíamos cruzar mujeres envueltas en sus *haick*, que se cubrían más cuidadosamente al pasar por nuestro lado; moros miserables que nos dirigían miradas poco tranquilizadoras, negros harapientos y mercaderes judíos vendiendo toda clase de efectos y trastos de desecho.

Mahomed nos hizo asomar la cabeza á una habitación, donde un grupo de moros, tendidos en un ancho banco, escuchaban medio dormidos la monó-

tona cadencia del *tam tam* y de la flauta de caña, que tocaban con entusiasmo dos grandes hijos de Mahoma. Otros saboreaban el espeso café ó jugaban con cartas españolas en medio de algarabía infernal, sin que ninguno se dignara levantar la cabeza, ni suspender su entretenimiento para dirigirnos una mirada curiosa.

Continuando nuestro interesante paseo, el negro empujó la puerta de una escondida casucha, y entramos en un patio, sobre el cual se abrían diferentes habitaciones. Tres mujeres gritaban desaforadamente, y al ver á Mahomed redoblaron sus gestos y su vocerío con ademanes descompuestos. Aunque no entendíamos su endiablada jerga, comprendíamos que estaban de disputa y pronto las vimos venir á las manos, sin que nuestro acompañante se molestara en calmarlas ni separarlas. Nosotros permanecíamos junto á la puerta sin darnos cuenta de lo que pasaba, y dispuestos á ponernos en salvo, si observábamos algo que nos hiciera sospechar de las intenciones de aquellas gentes.

Las tres mujeres tenían un tipo mezclado de árabe y gitano. Llevaban trajes indefinibles, pero sucios y rotos; iban descalzas y mal cubiertas con grandes arracadas, y pintadas con dibujos caprichosos en la cara y en los brazos. Una de ellas estaba en aquel momento salvajemente hermosa. Daba á su mirada animadísima expresión, y acompañaba sus llantos y sus gritos con ademanes tan enérgicos y violentos, que causaban espanto. Otra más vieja procuraba tranquilizarla y le enseñaba un arca llena de andrajos, que estrujaba con rabia sin hacer caso de Mahomed, que les decía muy grave frases que no podía-

mos entender, pero que no debían ser muy cariñosas. De pronto se volvió á nosotros, diciéndonos: *es mia muquera, déjala que grita*, y salimos á la calle, donde nos explicó que habían robado á su mujer su ropa y la de sus hijos, y por eso disputaba con sus hermanas, y lloraba temiendo que su marido le propinara alguna paliza, á lo cual añadía: *yo no pegar muquera buena, ser mucho ladrones árabes*.

También nos detuvimos un instante en el dintel de una casa, de donde salía extraño murmullo de voces infantiles. Era una escuela árabe que, por la disposición del local, parecía una tienda, y por el ruido y alegría de sus habitantes una pajarera.

Los chiquillos estaban colocados en tres filas; los primeros sentados en el suelo, los otros contra la pared, encaramados en banquetas superpuestas como los estantes de los almacenes. El maestro, un moro viejo y de barba blanca, de pie en el centro de la clase, instruye, administra y vigila apoyado en un banco, donde vimos varios pergaminos, un lintero chato de forma extraña, varias plumas de caña y el *Korán*. La instrucción primaria necesita de tres á cinco años para enseñar tres cosas: el *Korán*, un poco de escritura y la disciplina. El maestro seguía con la vista los versículos sagrados, que recitaban cantuseando los chiquillos, y al alcance de su mano tenía una caña larga y flexible que le servía para mantener el orden en la clase sin moverse de su sitio.

Dejando atrás el barrio negro, visitamos las estrechas y tortuosas calles del barrio judío, viendo en los terrados y en los balcones algunas hebreas de peregrina belleza, ricamente engalanadas y adornadas con preciosas joyas; pasamos junto á la Sina-

goga, grandioso monumento de estilo oriental sostenido por columnas de rojizo mármol, y volvimos al Boulevard Seguin, verdadero punto céntrico de la villa.

Para matar las horas de la tarde, tomamos un carruaje y nos hicimos conducir á *Gambetta*, lugar muy ameno cercano al Hipódromo, situado entre jardines dominando el mar, la ciudad y los pueblecillos de la costa y poblado de restaurants y cafés, donde acude la sociedad elegante y alegre á solazarse.

También quisimos dirigir rápida mirada al recinto amurallado, de origen español, que defendía la ciudad de los continuos ataques de los turcos por la parte O. y que se mantiene aún en estado de formidable solidez. Los franceses han extendido la línea de las fortificaciones más allá de las zonas de ensanche, construyendo fuertes en los puntos más estratégicos y conservando á la floreciente ciudad sus condiciones de importante plaza fuerte.

Por la noche el movimiento de la población alcanzó su mayor apogeo. Por todas partes resonaban músicas y cantos. Los aires populares franceses alternaban con nuestras peteneras y malagueñas, y las armoniosas quejas de guitarras y bandurrias se confundían con el alegre ruido de panderas acompañando el clásico aguinaldo.

Después de las extrañas impresiones recogidas en los brillantes cuadros que habíamos admirado aquel día, experimentamos indecible bienestar entregándonos al sueño, arrullados por los ecos lejanos de serenatas españolas, cuyas notas tiernas resultaban bien caracterizadas bajo aquel cielo africano, lleno de poéticos recuerdos de huríes apasionadas.

IV

Un murciano.—Misserguin.—La Pepiniere.

El Doctor D. Antonio Riera es un distinguido médico murciano muy conocido de varios de nuestros más afamados galenos, con los cuales hizo ventajosamente sus estudios. Establecido en la Argelia desde hace algunos años, reside en Orán, ejerciendo su profesión entre la colonia española, que aprecia en lo que valen sus prendas personales y sus trabajos científicos. Leyó en un periódico nuestros nombres entre los de los pasajeros desembarcados en el vapor de Cartagena, y se apresuró á visitarnos y á ponerse á nuestra disposición, gozoso de poder ser útil á sus paisanos, y al mismo tiempo recibir noticias de Murcia, de su familia y de los muchos buenos amigos que en este país cuenta.

Después de obsequiarnos y acompañarnos por la ciudad, llevó su amabilidad al extremo de servirnos de cicerone en nuestra excursión al pueblecillo de *Misserguin*, renombrado por la magnífica finca que cultiva una hermandad de frailes y por el importante criadero de avestruces situado en sus cercanías.

Podíamos ir por ferrocarril, pero preferimos re-

correr en carruaje los quince kilómetros, para hacernos mejor cargo del paisaje hermo­seado por un tiempo espléndido, impropio de los últimos días de Diciembre. Salimos, pues, en carruaje descubierto, arrastrado por infatigables y ligeros caballos árabes, atravesamos las murallas por la puerta de Tremecén, y cruzamos el barrio de Eckemul, cercano al rico manantial que surte abundantemente las fuentes de la ciudad y de sus arrabales. El camino se apoya en la falda del *Yebel-Muryadyo*, en cuyo escarpado pico distinguimos largo rato el imponente castillo de Santa Cruz, antiguo guardian avanzado del golfo de Orán, llave de la defensa de tan extensa comarca, y que va subiendo entrelie­rras perfectamente labradas y plantadas de viñedos, palmeras y olivares, hasta llegar á un ribazo coronado por los restos de la torre de las Palomas.

Desde aquella altura contemplamos, llenos de admiración, el delicioso panorama que nos ofrece la inmensa llanura que se extiende á nuestros piés, rodeando el *Sebkha* ó gran lago salado de Orán, cuya blanca superficie, iluminada por los vivos destellos del sol africano, confundíase allá á lo lejos con las azuladas montañas del *Tessala*, dibujándose en los delicados tonos del horizonte.

Pronto divisamos á *Misserguin*, medio escondido en frondoso bosque de naranjas, limoneros, cipreses, palmas, eucaliptus, moreras y granados, delicioso retiro, donde en tiempo no lejano, el Bey de Argel poseía magnífico palacio, destruido por los cañones franceses en 1831, al apoderarse de la primitiva aldea turca.

Después se instaló en tan frondoso sitio un cam-

pamento y una colonia de militares cultivadores, que no tardaron en sacar beneficioso partido de las excelentes condiciones del suelo, creando una *Pepiniere* (plantel) de frutales, de 15 hectáreas, cedida juntamente con las tierras cercanas al abate Abraham en 1861 por una suma insignificante y la obligación de fundar un asilo de ancianos y de huérfanos, y varios talleres.

Misserguin, que apenas contaba entonces unas cuantas barracas, es hoy un pueblecillo de 4.000 habitantes, con calles bien trazadas, algunos buenos edificios, como el destinado á escuelas municipales, y abundante dotación de agua hábilmente aprovechada para las fuentes públicas y para el riego de la huerta que la rodea.

Dejando el carruaje, atravesamos la plaza principal y salimos del pueblo para dirigirnos á la finca de los hermanos, no muy distante del pueblo. Nuestro amable cicerone nos explicó por el camino cómo el padre Abraham había constituido una reunión de individuos religiosos ó seculares, que renunciando para siempre el mundo, se sometían á la fácil regla de la hermandad, consistente en dedicarse al cultivo de la tierra, á la enseñanza y á las prácticas religiosas más austeras.

Nunca olvidaremos nuestro delicioso paseo por las largas y bien cuidadas alamedas de la *Pepiniere*, entre naranjos, granados, limoneros y palmeras perfectamente cuidados en una extensión de 35 hectáreas, alternando con viñedos, olivares y jardines, donde crecen toda clase de flores y arbustos raros, y nacen exquisitas legumbres, muy apreciadas en el mercado de Crán.

En el centro de la propiedad se encuentra el monasterio, la capilla, los talleres y demás dependencias. El Dr. Riera nos presentó al anciano abad, que nos dispensó galante acogida y nos cautivó con su sencillo y amable trato. A pesar de sus sesenta años, el inteligente religioso se conserva ágil y fuerte, dirigiendo hasta en sus menores detalles la marcha de su benéfico establecimiento, cuya prosperidad, siempre creciente, se debe á su constancia y á su energía é infatigable celo.

El P. Abraham puso á nuestra disposición un hermano vestido como todos de tosco sayal, y ostentando luenguíssima barba, y en su grata compañía recorrimos las bodegas, los almacenes, donde se preparan las cajas de naranjas mandarinas que se envían á Francia, y la fábrica de destilación donde se confecciona el licor extraído de la naranja mandarina, bebida exquisita que pudimos saborear y de la que se venden anualmente millares de botellas.

También nos enseñó las espaciosas escuelas, los talleres de carpintería, cerrajería, etc., etc., dirigidos por hermanos; pero como la regla prohíbe terminantemente la entrada en el monasterio, no pasamos de la preciosa capilla, en la que se venera un cuadro de la Asunción, copia del famoso de Murillo.

Actualmente ocupan el establecimiento unos cuarenta hermanos de diferentes nacionalidades, entre ellos dos árabes convertidos, que viven en relativa libertad, puesto que van á menudo á la capital á despachar sus asuntos industriales, y sólo se les exige obediencia al superior y aptitudes para cualquier clase de trabajo intelectual ó corporal.

La Pepiniere expende anualmentr unos 40.000

piés de frutales y árboles forestales, y exporta considerable cantidad de vino, frutas, aceite y esencias.

El Gobierno francés trató de adquirir, hace algunos años, tan productiva propiedad, que el padre Abraham apreció en 500.000 francos; pero las negociaciones no dieron resultado, y la compra no pasó de proyecto.

Volviendo al pueblo pudimos observar que la mayor parte de las casas tienen á la espalda un jardinillo de frutales, gracias á la abundancia de los elementos de riego, pues los tres manantiales principales dan próximamente unos 50 litros por segundo, y la fuerza del riachuelo que fertiliza sus tierras sirve para mover un sinnúmero de molinos de harina, siendo además aprovechada en la fabricación de crin vegetal.

V

Los avestruces de Misserguin.—Medicina y cirugía de los árabes. —Entierros y tumbas.

En el fondo de silencioso valle, encajado entre montañas cubiertas de bosques y malezas, se encuentra el criadero de avestruces que hace veinte años fundó un oficial del ejército francés, sirviendo de modelo á los varios establecimientos análogos repartidos en otras ciudades argelinas.

En diferentes corrales, cercados de altas y sólidas tapias, hállanse perfectamente cuidados unos treinta ó cuarenta hermosos avestruces. Los hay de todas edades y clases, desde el que apenas puede andar, hasta el fornido y altísimo de veinte años, objeto de la respetuosa atención de sus guardianes.

Las parejas reproductoras, separadas de sus compañeros, producen de 15 á 20 huevos cada año. Ellas mismas fabrican un profundo y ancho agujero, donde el macho se encarga de la incubación, mientras la hembra se pasea majestuosa y grave alrededor de su fecundo nido, dispuesta á defenderlo de cualquier ataque.

Para arrancarle las preciosas plumas, tan apreciadas en el comercio, tienen que librar sus dueños verdaderas batallas, pues los animalitos se defienden con el pico y con sus fornidas extremidades, y más de una vez los encargados de tan arriesgada operación se han visto obligados á retirarse heridos y ensangrentados. El tamaño extraordinario de los huevos nos llamó grandemente la atención. En cada uno cabe el contenido de 36 huevos de gallina, y con uno de ellos podría alimentarse una familia varios días, condimentándolos de diferentes maneras.

Su sabor es excelente; generalmente, ya vaciados y limpios, son adquiridos á precios elevados por los comerciantes de Argel y de Orán, que los adornan con preciosas monturas sobre caprichosos piés, vendiéndolos para ocupar digno puesto entre los bibelots de las *etágeres* de los salones elegantes.

Hoy el comercio de las plumas de avestruz atraviesa una terrible crisis, motivada por los caprichos de la moda parisien, que ha relegado al olvido los matizados tonos de tan precioso y brillante plumaje.

Nos aseguró el empleado del criadero, á quien debemos estos datos, que los avestruces llegan á vivir de 30 á 40 años; pero es necesario dedicarles especial cuidado, pues, no obstante su gran desarrollo, fácilmente enferman y se estropean. Alcanzan hasta dos metros de altura y su peso es de 40 kilogramos.

Terminada tan interesante visita, emprendimos nuestro viaje de regreso, cuyo trayecto trascurrió rápido en amena conversación, unas veces contestando nosotros á las preguntas del amable doctor so-

bre Murcia, y otras satisfaciendo aquél nuestra curiosidad sobre costumbres y detalles de la vida de los indígenas, muy familiares para él por su prolongada residencia en el interior del país.

De los diferentes relatos del doctor Riera, los que más despertaron nuestro interés, fueron los referentes á los médicos indígenas y á la manera de curar sus enfermedades, datos curiosos que tratamos de extractar.

El indígena rara vez está enfermo y aún es más raro que llame en su auxilio á los médicos cristianos. Se ha advertido que los niños enfermizos sucumben rápidamente por no poder resistir los rigores de una educación al aire libre que los sujeta á todos los cambios atmosféricos. De este modo la población adulta se compone sólo de hombres robustos.

Los antiguos árabes, á semejanza de los pueblos primitivos, tenían la costumbre de matar á los niños contrahechos; pero Mahoma protestó en diferentes ocasiones contra tan bárbaros atentados, consignando en sus leyes que tan atroz pecado sería castigado severamente por Alá.

Los ejercicios violentos, el aire puro de los campos, la costumbre de desafiar las inclemencias del tiempo durmiendo en el suelo y su constante sobriedad, dan en general á los adultos gran robustez y vigorosa energía. Tienen cualidades de raza incontestables; son altos, esbeltos, flexibles, y gracias á los amplios trajes que no estorban sus movimientos, sus formas adquieren una pureza de líneas verdaderamente escultural. Sobre todo, los niños se hacen notar por el blanco de sus dientes, el brillo de sus ojos, la finura de sus extremidades, y una sin-

gular altivez en su actitud. Esta descripción se refiere, especialmente, á los árabes del interior; pues los de las ciudades presentan un tipo bastante degenerado y alterado.

Las enfermedades principales son la anemia y las afecciones cutáneas de todas clases y aspectos en los niños; en los adultos, el reumatismo articular y los padecimientos del hígado y de los riñones; y en las mujeres, entre otras dolencias, la tisis hace grandes estragos.

Las epidemias son muy frecuentes: el cólera, las fiebres y el tifus, aparecen uno tras otro, y en algunas comarcas las enfermedades de la vista, la locura, la sordera y el idiotismo, son muy comunes y violentas.

El curso de las enfermedades es generalmente de poca duración, porque el indígena cesa sólo de trabajar cuando está destrozado por los sufrimientos, y entonces se detiene, acostándose para no levantarse más.

Entre los árabes de la Argelia existen hoy muchos médicos, ó por mejor decir, muchos individuos ejerciendo el arte de curar. Se les distingue bajo dos denominaciones principales, basadas en su aparente grado de instrucción: *tubib*, el práctico ordinario; *hakem*, el sabio, que á una gran reputación, adquirida por sus vastos conocimientos, une el mérito particular de escribir las recetas.

En el Sahara argelino el *ahhebiv* ó conductor de caravana, conoce la higiene que hay que observar según los países que recorre, y los remedios contra las enfermedades, fracturas, mordeduras de serpientes y picaduras de alacrán.

En las tribus berberiscas, los ancianos venerados en cada una por su larga experiencia y su sabiduría son los llamados á cumplir el ministerio del *tubib*. Su ciencia se compone de una mezcla de consejos transmitidos por la tradición, por viajeros llegados de lejanas comarcas, ó por la lectura de formularios de medicina mágica, especie de compendios prácticos, sin orden ni explicación científica, recomendados por el profeta Mahoma ó por sabios de gran fama en cada localidad.

La medicina y la cirugía se reúnen generalmente en la práctica de los *tubib* de las tribus y de las aldeas indígenas. Los instrumentos de cirugía no son muy numerosos ni delicados: un cuchillo de hoja curva muy afilada sirve para las cauterizaciones; una especie de gatillo ó tenazas muy toscas hacen oficio de saca-balas; para aplicar ventosas se valen de un cuerno, aspirando por la extremidad más estrecha; y para curar las heridas de arma de fuego emplean aros de hierro candente de distintos tamaños. El *tubib* rural acude con exactitud á los mercados que se celebran cada semana en los diferentes puntos de su círculo. Se le encuentra en medio de la calle, sentado al estilo árabe delante de un albornoz ó haik, sobre el cual presenta sus instrumentos primitivos mezclados con substancias minerales y vegetales, entre las que figuran el sulfato de cobre, el pimiento, el azafrán, la miel, el ámbar, la canela, el alumbre, el *henna*, los perfumes y hasta el maravilloso *hachich*.

La cirugía propiamente dicha no ha sido nunca muy apreciada por los musulmanes, aunque practican sus principales operaciones. El arte de vendar

está muy poco adelantado; se valen de piel de camello, de hierbas secas y pedazos de albornoz sujetos por tiras de piel de cabra, trenzas de junco ó fibras de palmera.

La gran base de su terapéutica es el fuego. Un proverbio árabe dice: «el fuego quita el veneno de los nervios.» La cauterización se aplica con un cuchillo ordinario de hoja ancha y curva bien enrojecida, trazando en la llaga multitud de líneas finas y poco profundas. El efecto de este fuego continuo sobre un mismo sitio, es poderosísimo y produce algunas curaciones de casos desesperados.

Los *tubib* sangran generalmente en la vena de la raíz de la nariz, hinchada anteriormente por medio de la compresión circular de la cabeza.

Los árabes, y en general todos los indígenas, rehusan acudir á las grandes operaciones quirúrgicas, prefiriendo una muerte cierta y próxima á algunos años de vida comprada con la mutilación del cuerpo. Así es muy raro que se dejen amputar miembro alguno, pues tienen más fe en su fuerte naturaleza que en los remedios de sus médicos.

Las visitas se pagan adelantadas, pero el importe de los medicamentos se salda después de la curación. Mas si el enfermo sucumbe no puede el médico reclamar el importe de aquellos.

Otra manera de curarse consiste en apelar á sortilegios, amuletos y encantos, muy apreciados entre los musulmanes, dados á creer en todas las supersticiones y en todos los poderes sobrenaturales.

Los *tolba* ó escribas musulmanes, hacen frecuente uso de los amuletos, suministrándolos de diferentes modos. Por ejemplo, para el dolor de cabeza, es-

criben en un papel dos versículos del Korán, que el enfermo masca y traga, muy convencido de que siendo buen creyente habrá de curar en seguida.

Hay amuletos para preservarse de las fiebres, para el mal de ojo, para las mordeduras de víboras y alacranes. En sus formas varían hasta lo infinito; pero los amuletos más usados son pedazos de papel con versículos del Korán trazados en forma cabalística cruzándose las letras en todos sentidos. Estos pedazos de papel, cosidos en un saquito en forma de escapulario, penden del cuello de los indígenas, que también los ponen á sus ovejas, caballos y vacas para salvarlas de los efectos del mal de ojo. Asimismo sirven los amuletos de talismanes para vencer los rigores de la mujer amada y para asegurarse de la fidelidad conyugal. Para tales empresas suelen recurrir al árbol de la esperanza, á pedazos de piedras aisladas y á rocas y montañas de poder sobrenatural.

Hay fuentes milagrosas visitadas por un sin número de enfermos y veneradas *kubbas* (monumentos cuadrados coronados de elevadas cúpulas), que encierran los restos de santos marabúts, á los que acuden los peregrinos en demanda de remedio para sus males físicos y morales, depositando modestas ofrendas.

Cuando todas las medicinas, amuletos y conjuros no han logrado vencer la dolencia, el enfermo se dispone á morir resignado y lleno de fervor religioso, recitando la profesión de fé musulmana, «no hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta,» mientras el *taleb* entona con voz chillona, versículos del *Korán*.

El cadáver, perfectamente lavado y perfumado, es conducido á hombros envuelto en una sábana hasta el cementerio. En el trayecto todos los parientes y amigos del difunto deben alternativamente llevar la preciosa carga, aunque sólo sea breves instantes, como prueba de cariño al finado. Las mujeres siguen el fúnebre cortejo lanzando agudísimos clamores y arañándose y destrozándose el rostro.

La fosa de las tumbas musulmanas tiene solamente la profundidad necesaria para impedir las emanaciones perjudiciales y preservar el cadáver de la voracidad de lobos, leones y otros animales feroces. El cuerpo reposa sobre el lado derecho, con la cara vuelta en dirección á la Meca, y sobre la ligera capa de tierra que lo cubre, colocan varias piedras planas, marcando el lugar de la cabeza y de los piés con dos de mayor tamaño, que ellos llaman en su lenguaje simbólico *testigos*.

En algunas tribus es costumbre poner una moneda de plata ó de cobre en la mano cerrada del muerto, para dar á entender que durante su vida, sus sentimientos caritativos lo habían inducido siempre á dar limosnas á los menesterosos.

Según el dogma del islamismo, el alma permanece varios días en su carnal envoltura, hasta la llegada del Angel Gabriel, que viene á pedirle estrecha cuenta de su existencia. Si logra justificar sus pasos en la tierra, el ángel de la muerte se apresura á conducir al bienaventurado al encantado paraíso ofrecido por el profeta á los buenos creyentes, como premio de sus virtudes.

Los indígenas guardan el luto poniéndose trajes usados y rotos y manchándose con tierra la cara y

el cabello. El hombre no debe afeitarse ni cambiar de ropa mientras dure el luto. La mujer está sujeta á las mismas prescripciones; además, no puede llevar alhajas durante cuatro meses y diez días después de la muerte de su esposo.

Cuando la persona fallecida sucumbió en un combate ó en una emboscada, los hombres de su familia dejan crecer el cabello, jurando no cortarlo hasta ver vengado á su deudo; recogen la bala asesina, el puñal con que se ha cometido el crimen ó guardan cuidadosamente un pedazo de hueso, y estos objetos pasan de generación en generación hasta que terrible venganza satisfaga su corazón lleno de odio.

Después de darnos el doctor las precedentes noticias sobre las costumbres de los indígenas, se disponía á referirnos otros detalles acerca de las familias árabes y de su vida íntima, cuando nos encontramos en Orán y nos apeamos á la puerta de nuestro hotel. El camino se había pasado en un vuelo, gracias á la amena conversación del Sr. Riera, que nos dió nueva muestra de su solitud, entregándonos cartas de recomendación para varios amigos de Tremecén y Argel, para cuyas poblaciones debíamos salir al día siguiente.

No sin pesar nos despedimos de nuestro simpático paisano, quedando muy reconocidos por las atenciones y deferencias que le habíamos merecido durante nuestra corta estancia en Orán.

VI

**De Orán á Tremecén.—Un compañero de viaje.—
Apuntes sobre el ejército y sobre la administra-
ción indígenas.**

Nuestro plan de viaje consistía en visitar rápidamente las ciudades de Tremecén, Sidi-Bel-Abbés y Blidah, detenernos unos días en Argel y embarcarnos para Alicante, ó volver á Orán para tomar el vapor de Cartagena.

Al informarnos de que la línea férrea de Orán á Tremecén sólo estaba terminada hasta Ain-Temuchen, ó sean 76 kilómetros, y que había que recorrer en diligencia un trayecto de 66 kilómetros, sin contar los 86 de Tremecén á Bel-Abbés, estuvimos á punto de variar nuestro itinerario. Pero el deseo de internarnos un tanto en la región argelina y el afán de conocer los monumentos árabes y romanos de la antigua capital del Mogreb central, nos decidieron á arrostrar valientemente las molestias de tan largas horas de expedición en carruage.

Muy de mañana tomamos el tren en la estación de *Kerrgenta*, despidiéndonos del guia negro Mohamed, que en su endiablada jerga hacía votos expresivos por nuestro feliz viaje, deshaciéndose en exa-

gerados cumplidos, señal evidente de los efectos de la propina, y nos fijamos en el gran movimiento de la estación de Orán, oyendo por todas partes hablar castellano y valenciano, enérgicamente pronunciados por gentes en las que conocimos fácilmente marcado el tipo de nuestras provincias de Levante.

Pronto se detuvo el tren en la estación de Misserguin. Desde allí la línea se acerca al Gran Lago Salado, que costea en toda su extensión de 53 kilómetros hasta más allá de Lourmel, donde se ven las ruinas de un castillo español; atraviesa el Río Salado sobre ligero puente de hierro, toca en el pueblecillo de Chalet-el-Ihan rodeado de bosques y malezas; y, cruzando el valle de *Ued-Senan* con sus numerosos molinos harineros, llega á Ain-Temuchen, término actual de su recorrido.

En el restaurant de la estación tomamos un ligero refrigerio, mientras enganchaban los ocho caballos en la diligencia que en ocho horas había de conducirnos á Tremecén. Entre los viajeros que se iban colocando en el espacioso vehículo, había soldados, moros envueltos en sus blancos albornoces, alguna mujer árabe cuidadosamente tapada, y unos cuantos jornaleros que nos parecieron emigrantes de la costa de Almería.

El conductor vino á avisarnos que había llegado el momento de partir, y nos instalamos en la berlina, donde ya se hallaba colocado otro viajero.

Al salir de Temuchen, alegre ciudad de 5.000 habitantes llamada á adquirir gran importancia por su posición en medio de fértiles llanuras, la carretera, muy bien conservada, va ascendiendo y descendiendo las altas colinas que derivan de la cordillera

de *Mediuna*, pasando por las pintorescas aldeas de Ain-Khial (fuente de los fantasmas), y Ain-Safra en lo alto de escarpada colina, desde donde la ruta empieza á bajar empinada cuesta.

Mientras echábamos de menos las comodidades de los ferrocarriles, y distraíamos nuestro mal humor contemplando el variado paisaje, fijamos discretamente nuestra atención en nuestro compañero de berlina. Era un señor de unos cuarenta años de edad, de simpático aspecto y expresión enérgica, que nos hizo presumir fuera militar. Vestía largo gabán de piel de león, botas altas y gorra de pieles, y á su lado asomaba una magnífica escopeta y varios arreos de caza.

La primera jornada se pasó sin que se cambiara entre nosotros una sola palabra. El leía periódicos franceses, mientras nosotros charlábamos y comentábamos las impresiones de nuestra estancia en Orán. Pero al bajarnos en Ain-Safra, mientras mudaban el tiro entramos juntos en la cantina, y siguiendo la costumbre española, lo invitamos á tomar un vaso de cerveza que sólo aceptó á condición de que participáramos después de las provisiones que llevaba prevenidas.

Desde aquel momento la conversación se sostuvo muy animada, pues nuestro compañero era bastante expansivo y locuaz, y se apresuró á enterarnos de que se llamaba Monsieur Delaporte, y era coronel de un regimiento de guarnición en Tremeccen, á donde volvía después de despachar en la capital del departamento varios asuntos militares.

Las cosas de España fueron objeto durante largo rato de animado coloquio, pues, nuestro buen coro-

nel creia firmemente todas las descripciones fantásticas de los viajeros y periodistas franceses sobre nuestras costumbres, y nos costó no poco trabajo convencerlo de que, á pesar de llevar capa, no usábamos puñal, ni trabuco, y de que en nuestro equipaje no ocupaban lugar preferente la guitarra y las castañuelas.

Por mi parte, siguiendo mi antigua costumbre de pedir á todo el mundo noticias del país que recorro, aproveché las buenas disposiciones y franco trato de Mr. Delaporte, y lo sometí á un verdadero interrogatorio sobre la organización del ejército francés en Argelia, y la administración aplicada por la metrópoli á las tribus indígenas sometidas á la Francia.

A mis preguntas sobre organización militar contestó nuestro compañero poco más ó menos como sigue.

La conquista de la Argelia ha costado á Francia muchísima sangre y sacrificios pecuniarios de consideración. Desde 1830 en que entraron las tropas en Argel, hasta 1882 en que se dominó la última insurrección de Bu-Amema en la provincia de Orán, las escaramuzas y las batallas no cesaron un momento, pues los musulmanes, excitados por su fanatismo religioso, defendieron palmo á palmo sus villas y sus montañas, hasta que, perdida toda esperanza de triunfo, abandonaron su tenaz resistencia, sometiéndose resignados á sus vencedores.

El ejército de Africa se compone de regimientos de todas armas, enviados de Francia y relevados cada cinco ó seis años, y de cuerpos especiales creados en el país. Estos son cuatro regimientos de zua-

vos, cuatro de tiradores argelinos, llamados turcos dos formados por la legión extranjera, tres batallones de Africa y cinco compañías disciplinarias. La caballería se forma de cuatro regimientos de cazadores, tres de spahis y tres compañías destinadas á la remonta. La legión de gendarmería consta de 130 brigadas de á caballo y 60 de á pie. El efectivo de las tropas se eleva á 60.000 soldados y 15.000 caballos, repartidos en los tres departamentos de Argelia, subdivididos á su vez en varios distritos militares. En la enumeración de los cuerpos especiales pertenecientes al ejército de Africa, no se hace mención de los *Gums*, nombre bajo el cual se designa el contingente de caballeros armados que los jefes de tribu pueden reunir en un momento dado. Estas tropas llevan en su séquito y á su costa mulos cargados de tiendas y víveres y cuanto necesitan para acampar. Reclutados para una operación determinada, vuelven á sus hogares una vez concluída la expedición militar.

En el gobierno de la Argelia sigue la República el sistema de la asimilación. El territorio goza de las mismas leyes y de las mismas libertades que la metrópoli; elige como ésta sus diputados y senadores, sus Consejos y sus Municipios; tiene la misma administración de justicia; y el Gobernador general es un funcionario civil, no militar, como en nuestras colonias americanas, asesorado por un Consejo superior de gobierno. Las tropas de mar y tierra están bajo las órdenes del General en jefe del cuerpo de ejército que ocupa el territorio.

Cada provincia encierra un territorio civil y un territorio militar. El civil forma un departamento

administrado por un Prefecto, que ejerce, bajo la autoridad superior del gobernador general, las funciones conferidas á los prefectos de los departamentos en la metrópoli. El territorio militar es administrado por el General comandante de la división militar, bajo la alta dirección del General en jefe.

El territorio civil de cada departamento comprende varios distritos, administrados, como en Francia, por sub-prefectos. Los distritos se subdividen en municipalidades en pleno ejercicio, que son aquellas cuya administración está más sometida á las reglas en vigor en las de la metrópoli, bajo reserva de admisión en los Ayuntamientos, por vía de elección, de habitantes indígenas ó europeos; y en municipios mixtos, que son las circunscripciones en que domina la población indígena, y donde la población europea empieza á fundar algunos establecimientos, bajo el amparo especial de la Administración y de la Comandancia.

Hay municipios mixtos en ambos territorios. En el territorio civil, administrados por un funcionario civil, cuyas atribuciones consisten en atender al desarrollo de la colonización, á la seguridad pública, al cobro de impuestos y á la policía judicial. En el territorio militar, la administración queda á cargo de una comisión municipal que preside el comandante superior, que depende á su vez del General jefe de la subdivisión.

Desde 1877 el servicio de negocios indígenas, está separado del estado mayor y depende de la inmediata dirección del Gobernador general.

El *aduar* (reunión de tiendas, en círculo) es considerado como base de la constitución social de los

árabes. Cierta número de *aduares* componen una *ferrka* (sección) que obedece á un *chéik*. La reunión de varias *ferrka*, constituyen un tribu mandada por un *kaid*. La agrupación de muchas tribus forman un *kaidato* ó *agalik* á las órdenes de un *kaid*, el *kaid* ó *agá*, y los *agatik* pueden componer una circunscripción mandada por un *bach-agá* ó *califa*.

El *chéik* recibe su investidura del comandante de la subdivisión, cobra los impuestos, reúne las bestias de carga para los convoyes militares y ejerce en su *ferka* funciones análogas á la de los alcaldes en los municipios franceses. Tiene á sus órdenes un consejo de notables de los aduares (*jenmaa*) que lo auxilia en los actos más importantes.

Nombrado por el comandante de la división, el *kaid* es elegido entre los jefes más poderosos de la tribu. Sus atribuciones consisten en responder de la ejecución de las órdenes del comandante, vigilar á los *chéik*, presidir los mercados y juzgar las querrelas y cuestiones de poca importancia que no se decidan por las leyes civiles y religiosas, imponer multas y reunir los contingentes de caballeros reclamados por la autoridad militar para seguir á las expediciones.

Los agás son nombrados por el Ministro de la Guerra, reciben las órdenes directamente de las autoridades francesas y mandan á los *kaid* y *chéik*, del mismo modo que ellos obedecen á los *califas* que ejercen en cada territorio autoridad política y administrativa.

Estos jefes superiores disponen de tropas indígenas armadas y pagadas por la Francia, para mantener la tranquilidad, pero estas fuerzas no pueden

emprender operación alguna sin el consentimiento del comandante de la división.

Todos estos funcionarios indígenas son respetados y obedecidos ciegamente por las tribus, y el Gobierno francés les confirió estos cargos muy bien retribuidos y muy considerados, como premio de los buenos servicios prestados al ejército francés en las terribles luchas de la conquista.

De explicación en explicación, Mr. Delaporte cuyos interesantes relatos, que escuchábamos con suma atención, amenizaban la pesadez y monotonía de tan largo viaje en diligencia, vino á referirnos con entusiasmo algunos episodios de sus campañas contra los musulmanes. Veinte años hacía que el coronel formaba parte del ejército de ocupación y había tenido ocasión de asistir á grandes batallas, escaramuzas peligrosas y ataques encarnizados, á los que debía algunas heridas y varias condecoraciones ganadas honrosa y valientemente.

En las largas temporadas de servicio de guarnición en los confines del Sahara, su afición á la caza le había proporcionado frecuente distracción, ofreciéndole ocasión de ponerse frente á frente del rey de las selvas, de la pantera y de la insaciable hiena.

Naturalmente habíamos de preguntarle si todavía se encontraban en las provincias argelinas leones y otras fieras, y si era cierto que las caravanas necesitaban grandes precauciones para sustraerse á los ataques de tan feroces animales.

Nuestro compañero se apresuró á tranquilizarnos, afirmando que actualmente es muy raro hallar caza mayor en las altas mesetas y aun en la región del desierto, porque á medida que ha ido avanzan-

do la colonización y han aumentado las comunicaciones, las fieras se han ido retirando á los montes y á las selvas húmedas, donde abundan los animales herbívoros, al extremo de ser muy raro que las caravanas tropiecen en su camino con leones.

Entre tanto nos acercábamos al término de nuestro viaje y nos detuvimos un rato en la venta Soignot, sobre una eminencia del terreno. Desde allí gozamos de una vista admirable: al pie de la montaña el valle del Isser con sus espesos cañaverales; á la izquierda el valle de los *Ued-Abdeli*, en cuya extremidad se distingue la falda de los montes de *Beni-Saciel*, la aldea de *Lamoriciere*, escondida entre un mazizo de árboles; enfrente el pueblecillo del Isser; á la derecha la llanura de *Hennaya*, y entre colinas, al SO., Bu Medina y Tremecén.

Extiéndese á lo lejos elevada cordillera, cuyos flancos misteriosos alumbran espléndidamente los rayos del sol africano, y ante nuestra mirada ansiosa aparecen torres altísimas, blanquecinas casas, muros sumergidos en las ondas de una luz vaporosa, paisajes de magnífica riqueza, y más lejos aún la antigua capital del Marreb, llave del Occidente, residencia encantada de los príncipes edrisitas, cuna y centro de un imperio célebre en los fastos del Africa septentrional.

Desde que pasamos el río Isser, sobre sólido puente de tres arcos, distinguimos menos confusamente los contornos de la sultana del antiguo reino de Tremecén. Fácilmente se la reconoce por sus blancos minaretes, por las antiguas murallas que caen arruinadas ante las nuevas y por los vergeles de olivares, nogales, terebintos, higueras y otros ár-

boles que la rodean, formando vasto cinturón de verdura.

A medida que avanza la diligencia, el panorama se estrecha, los edificios desaparecen y se esconden en la sombra, y sólo columbramos las troneras del minarete de la Gran Mezquita, que asoma la cabeza sobre el vasto recinto, semejante á un nido de pájaros suspendido en la cima de frondoso árbol. A corta distancia de Tremecén, nuestro amigo nos señaló entre jardines frondosísimos Sidi-Bu Medin con su gran mezquita y sus alegres viviendas, misterioso retiro en el que los soberanos de Tremecén, olvidando los negocios de Estado, se complacían en recogerse, solazándose en los placeres de maravilloso harem.

Dejando atrás la primitiva Agadir, levantada sobre la Pomaria romana, atravesamos el Bosque de Bolonia, delicioso conjunto de senderos regados por el *Ued Kalá*, riquísimo oasis en que aparecen diseminadas esbeltas *kubbas* sobre las cuales se posan luminosos destellos que se filtran por entre las sombras espesas de los árboles seculares, y entramos en la ciudad á la caída de la tarde, por la monumental puerta de Bu-Medin.

Cansados y gozosos bajamos del vehículo en la puerta del hotel de Sahara, y nos despedimos afectuosamente del coronel Delaporte, que se ofreció galantemente á servirnos de cicerone al día siguiente en nuestra visita á la interesante ciudad.

VII

TREMECEN.—Recuerdos históricos.—Aspecto general.

Antes de conducir á mis lectores á la capital del antiguo reino de Tremecén, he de permitirme consignar algunos datos históricos sobre la ciudad que en tiempos ya remotos figuró entre las más importantes del mundo.

Tremecén tuvo por cuna á Agadir, levantada sobre las ruinas de *Pomaria*, que según algunos historiadores, antes de ser colonia romana debió servir de residencia á los *Marraua*, jefes indígenas pertenecientes á la rama de los Zenates.

Pomaria, llamada así quizás por sus magníficos bosques y sus frondosos vergeles, albergaba hacia el siglo III de nuestra éra un cuerpo de caballería mandado por un prefecto, importante personaje consular encargado de observar los movimientos de las tribus enemigas.

Inscripciones encontradas en el minarete de Agadir y en el cementerio judío, hacen referencia al poder romano en los siglos IV y V, cuya segunda mitad contaba entre los obispos de la cristiandad al de *Pomaria*.

No se tienen datos exactos de la época de la invasión de los árabes. Tremecén ó Agadir, capital del Mogreb, centro y metrópoli de los estados zenáticos, tuvo por fundadores á los *Beni-Ifren* en cuyo territorio está efectivamente situada.

Durante el poder de las dinastías de los idrisidas y de los almohades, la capital adquirió rápido desarrollo. Los abd-el-uaditas tuvieron que sostener después frecuentes guerras contra los mirinidas, que lograron al fin apoderarse de Tremecén, anexionándolo á su vasto imperio hacia el año 737 de la Egira (1337 de J. C.). Pero sólo pudieron conservar su conquista veintidós años, pues los abd-el-uaditas lograron recuperar su reino, que gobernaron hasta el año 960 de la Egira (1553 de J. C.).

En este período de su gran apojeeo, los sultanes ejercieron su soberanía en los límites geográficos que constituyen hoy las provincias de Orán y de Argel, llegando entonces Tremecén á su más alto grado de prosperidad. Su población alcanzaba la cifra de 125.000 habitantes, encerraba grandiosos monumentos públicos y extendía sus relaciones mercantiles hasta las villas marítimas más importantes del Mediterráneo. Sus reyes, amantes de las letras, de las ciencias y de las artes, la convirtieron en foco de ilustración, tenían numerosa y brillante corte, ejército aguerrido y disciplinado, y acuñaban moneda con su busto. Tremecén era, en una palabra, una de las ciudades más florecientes del orbe, cuando el genio de las naciones europeas empezaba á despertar de su pesado sueño.

Hacia los primeros años del siglo xvi, empieza la decadencia del ilustre reino zeyanita, que sufre

su primer desastre con la conquista de Orán, por los españoles, en 1530. Además, una nueva potencia aparece en Oriente: dos audaces aventureros, los hermanos Barba-Roja, preludian con sus conquistas parciales el desmembramiento del reino de Tremecén. Argel adquiere la importancia de una gran capital, y otro estado se funda con los pedazos arrancados á los dominios de los abd-el-uaditas. El momento en que se humille el orgullo de los emires se acerca, y la ruina de su reino, que no era ya más que su propia sombra, se consuma definitivamente en 1553. El hijo del último sultán de la dinastía de los abd-el-uaditas, se refugia en Orán huyendo de los turcos y pide auxilio y protección á los españoles, muriendo obscurecido víctima de la peste.

Bajo la soberanía de los turcos, el poderoso reino convertido en agalik, pierde rápidamente su esplendor. La capital decrece día por día, su población industrial emigra para sustraerse á las brutales algarradas de la soldadesca, y la vida va abandonando aquel cuerpo sin alma.

Luchas intestinas, intrigas de cuartel, ejecuciones y asesinatos, tal es el espectáculo desconsolador que presenta Tremecén durante los trescientos años en que gime bajo la bárbara opresión de la milicia turca.

A la caída del Bey de Argel Hussen, el emperador de Marruecos trató de apoderarse de Agadir, pero los *Kulwrlis*, hijos de turcos, la defendieron valientemente, hasta que se retiraron á la llegada de Abd-el-Kader, que se apoderó de la ciudad, autorizado por los franceses, en virtud del Tratado de 1834. Recuperada después por éstos, pasó nuevamente al

dominio de Abad-el-Kader, que estableció en ella la capital del territorio cedido por la Francia, pretendiendo en vano restablecer en provecho propio, el imperio de los emires, hasta que en 1842 Tremecén fué definitivamente ocupado por los franceses.

Hé aquí trazada á grandes rasgos la historia de la famosa ciudad de los emires, espléndida capital de un reino poderoso, codiciada presa del feroz Barbaroja, centro religioso, siempre venerado por todo buen musulmán, privilegiado suelo donde brillaron en tiempos ya lejanos las artes y las ciencias, mansión encantadora de sultanes fastuosos y batalladores.

Hoy la antigua Agadir cuenta cerca de 30.000 habitantes, musulmanes en su mayor parte, y como capital de un distrito muy importante de la provincia de Orán, es residencia de un subprefecto y de un comandante militar, que manda numerosa guarnición de todas armas.

Tremecén tiene la forma de un cuadrilátero irregular, y como otras muchas ciudades árabes, tres de sus lados, terminan en barrancos escarpados de difícil acceso, y sólo sería abordable por su parte S. O., donde el llano se une con las alturas vecinas.

Aunque algunos historiadores afirman que Tremecén tenía antiguamente siete murallas, está comprobado que nunca pasaron de tres los recintos que la defendían de los continuos ataques de sus enemigos.

Lo que resta de los muros árabes al S. permite estudiar todavía el sistema de fortificaciones tal cual se entendía antes del uso del cañón: una fuerte muralla de tierra apisonada tan fuerte como la mis-

ma piedra, dominada por torreones cuadrados, colocados de nueve en nueve metros.

Tremecén está hoy, como todos los grandes centros argelinos, dividido en dos partes: á un lado, ocupando la mayor parte de la ciudad, el barrio árabe, con sus mezquitas, sus *fonduks*, su *mechuar*, y sus casas de un solo piso, cuyas fachadas, sin enlucir, les dan un aspecto sombrío y triste, y sus callejas abovedadas. De otra parte el barrio europeo con sus grandes edificios, sus plazas espaciosas y sus calles tiradas á cordel, circunscritas por las fortificaciones.

Las trece puertas antiguas han quedado reducidas á siete, reconstruídas por los ingenieros militares sin grandiosidad alguna, respondiendo estrictamente á su destino.

Todavía se conservan algunos monumentos romanos y algunas curiosidades árabes, pero los vestigios de la arquitectura árabe, tan celebrados por algunos viajeros, sólo se encuentran en algunas mezquitas y en el palacio de los sultanes Zayanidas, de que daré una idea en el siguiente capítulo.

VIII

**Curiosidades y monumentos.—El barrio árabe.—
Un café moro.**

Cuando nos disponíamos á salir del hotel recibimos una carta del coronel Delaporte, nuestro amable compañero de viaje, en la que nos avisaba que no pudiendo acompañarnos por estar ocupado en asuntos del servicio, confiaba tal misión á un oficial, Mr. Vignot, que no tardaría en venir á ponerse á nuestras órdenes.

Efectivamente, pronto se nos presentó un bizarro joven, vistiendo arrogantemente el uniforme de teniente de zuavos, y en tan grata compañía nos dispusimos á recorrer la ciudad. No tardó Mr. Vignot en captarse nuestras simpatías. Hablaba correctamente el español por haber residido bastante tiempo en Andalucía, y se complacía en expresarnos su entusiasmo por España y por sus costumbres.

Nuestra primera visita fué para la mezquita *Djama Kebir*, situada en la plaza de la *Mairie*, centro de la villa. La Gran Mezquita, vista exteriormente, es un vasto edificio cuadrado y enlucido, con ocho puertas y un minarete rectangular de ladrillo, adornado en sus cuatro fachadas con columnitas de már-

mol y revestido de mosaicos formados con piececilias de tierra cocida, barnizadas de varios colores y talladas, combinando caprichosos dibujos de la más variada ornamentación.

El interior de la mezquita está ocupado por un espacioso patio enlosado de mármol trasparente, en cuyo centro álzase elegante fuente del mismo mármol, que derrama el agua necesaria para las abluciones. Este patio está circunscrito al E. y al O. por tramos de arcos, que vienen á unirse al S. á la nave principal, de 50 metros de largo por 25 de ancho, reservada especialmente para los fieles. Sesenta y dos columnas sostienen los arcos ojivales de los trece tramos á lo largo y de los seis á lo ancho que dividen la nave.

El *Mirab* (altar), situado en el fondo del tramo, se halla, contrariamente al uso, orientado hacia el S.; es la única parte del edificio que con la cúpula calada, de que está coronado, se distingue por sus adornos. En la inscripción de arabescos entrelazados que decora el contorno superior de la cúpula se lee la fecha de la fundación de la mezquita.

Según la tradición Yarmuracen, primer rey de la dinastía abd-el-uadita, que hizo levantar el minarete, está enterrado á la derecha del *Mirab*, pero su tumba desapareció hace muchos siglos, como también la magnífica biblioteca donada á la mezquita por uno de los sultanes de la misma dinastía.

Saliendo de la mezquita subimos los 130 escalones que conducen á la plataforma del minarete, de 35 metros de altura, desde donde pudimos admirar el delicioso panorama de la ciudad que se agitaba á nuestras plantas, encerrada en el círculo de formi-

dables murallas con que los franceses han sustituido los bastiones romanos de Pomaria y las fortificaciones sembradas de torreones del tiempo de los árabes.

Mr. Vignot nos explicaba detalladamente los diferentes barrios que se cruzaban en confuso laberinto. Veíamos al S. la plaza de la *Mairie*, de la que parten tres calles principales, que desembocan en el *Mechuar*, antigua ciudadela y palacio de los emires; al E. el barrio de los judíos, compuesto de casas medio hundidas, formando extraño contraste con los espaciosos boulevares y construcciones monumentales de la ciudad europea al N. O.; y, por último, siguiendo la línea de las murallas, el barrio árabe con sus numerosas mezquitas, su *Aïssaria* ó gran mercado viejo, y sus calles abovedadas ocupando más de la mitad de la población.

Fuera de las fortificaciones nuestra vista abarcaba la perspectiva espléndida de los alrededores de Tremecén; el pueblecillo de Bu-Medin, pegado á la montaña y rodeado del cementerio donde reposan personajes y marabuts de la antigua capital de los Beni-Zeiyán; los jardines del Bosque de Bolofia, paseo favorito de los moradores de Tremecén; más allá, los contornos caprichosos de la aldea El-Ubbad y las crestas irregulares de las montañas salvajes y pintorescas, sirviendo de límite á extensos viñedos y jardines plantados de granados, higueras y algarrobos, regados abundantemente por numerosos riachuelos y manantiales.

Después de permanecer largo rato disfrutando de tan encantador espectáculo, dirigimos nuestros pasos hacia el barrio israelita, formado por calles tor-

tuosas, casas oscuras y miserables parecidas á cuevas, travesías húmedas y porches tan bajos, que hay que encorbarse para no tropezar con las vigas de las habitaciones superpuestas; verdaderos agujeros casi inaccesibles, cuya existencia se explica teniendo en cuenta las vejaciones y persecuciones de que fueron objeto los judíos bajo el imperio de los beys turcos y de los sultanes de Tremecén.

En efecto, cuenta la historia, que en 1597 el barrio israelita fué saqueado, y desde aquella época han venido siendo sus moradores presa de la miseria, pues aunque algunos poseían riquezas, tenían buen cuidado de sustraerlas á la avaricia de los dominadores del país, aparentando un exterior de pobreza extrema. Todavía, á pesar de su libertad política y de la seguridad que les da la igualdad de derechos con los musulmanes sus antiguos opresores, conservan restos de tal costumbre adquirida bajo los terrores de la tiranía.

Del barrio judío nos dirigimos al barrio árabe, conjunto de calles lóbregas y desordenadas, tan estrechas algunas, que apenas caben tres personas de frente; abovedadas otras; ofreciendo todas rincones donde guarecerse de los calores veraniegos y espacios descubiertos que permiten disfrutar del sol en invierno.

Las casas son en general pintorescas, alegres, muy bien enlucidas, presentando un contraste de luz y de sombra, que atrae la vista que se fija con delicia en todos los detalles, desde las puertas moriscas admirablemente esculpidas, hasta los vetustos *macharabis*, cuyos finos enrejados se destacan en el girón de purísimo cielo que domina el cuadro.

Muchas se inclinan acercándose á las de enfrente, el primer piso sostenido por unos cuantos maderos salientes revestidos de cal, los demás pisos apoyados á su vez en los inferiores; y como las casas opuestas se hallan construídas del mismo modo, resulta, que en el primer piso los vecinos podrían darse la mano, abrazarse en el segundo, y más arriba saltar fácilmente de una morada á otra.

El aspecto exterior misterioso de las casas árabes, difícilmente franqueadas por los cristianos, revela á primera vista la desconfianza y los celos del amo del harem; y las precauciones necesarias en tiempos de inseguridad y de revueltas.

Ninguna vivienda tiene acceso directo al interior. Abierta la puerta se tropieza con una pared; corredores oscuros, á veces formando recodos, conducen al patio interior, ó bien aparece una escalera empinada y estrecha, cuyos escalones incómodos dificultarían la subida rápida de un visitante indiscreto ó temible.

Las puertas árabes se cierran con un lujo de precauciones prodigioso. De vez en cuando una puerta se entreabre sigilosamente para dar paso á un morazo de blanco albornoz, volviendo á cerrarse instantáneamente con gran ruido de cerrojos, sin que se descubra el brazo que la empuja.

La mirada intenta penetrar en aquellos retiros que nos imaginamos lujosos y cómodos en el misterio impenetrable que sirve de estancia á las mujeres, conocidos por conjeturas ó por relatos de gentes del país ó por viejos colonos llegados en los primeros tiempos de la invasión francesa, ó personajes influyentes ó poderosos admitidos alguna vez en es-

tos interiores árabes cerrados siempre á la generalidad de los cristianos.

Es difícil ver de cerca á las verdaderas mujeres árabes. La guerra, el saqueo y el pillaje de las ciudades en tiempos de la conquista, permitieron á los invasores llegar á los camarines y á las habitaciones; pero después los harems han vuelto á cerrarse, y jamás mirada indiscreta ha logrado penetrar sus misterios.

Se ve á las judías, cuyo tipo encantador se aproxima mucho al de las moriscas; se ven las mujeres alegres y de vida ligera que recorren los barrios europeos en busca de aventuras lanzando al turista miradas incendiarias y llenas de promesas; se apercibirán otras que bajo los ropajes moriscos y con sus actitudes circunspectas ocultan su nacionalidad francesa, italiana, española ó alemana, y que son la desesperación y desencanto del viajero apasionado de lo desconocido, y fácilmente se admirará las riquezas de los trajes y la belleza exuberante de las que se dedican á bailar en cafés y fiestas frecuentadas por europeos; pero la mujer árabe honesta y principal, resulta siempre de difícilísimo acceso.

Y sin embargo, no viven enclaustradas; por el contrario, salen á menudo á las casas de baño, frecuentan los cementerios, se hacen largas visitas y se pasean para tomar el fresco por los alrededores y jardines de las ciudades, acompañadas por viejas sirvientas ó por negras, y á menudo seguidas por algún moro de mala catadura. Pero jamás ponen el pie en la calle sin cubrirse cuidadosamente con el velo, no como las mujeres turcas, que apenas disimulan los encantos de sus rostros y los detalles de

su tocado, sino tapadas de los piés á la cabeza por telas blancas y tupidas que no dejan vislumbrar ni el esplendor de las carnes ni un rizo de sus cabellos, ni siquiera las puntas de los dedos.

Ojos brillantes, negros, aterciopelados, sombreados por cejas correctamente arqueadas y adornadas á menudo con una estrella azul de tatuage asoman por agujeros transversales.

Como todos los ojos que se ven son hermosos y grandes, es facil presumir que las poseedoras de tan valiosa perfección serán bonitas, bien formadas y agradables, porque, el arte y la ilusión á un lado, el hombre se halla siempre dispuesto á suponer bella á la mujer que ostenta buenos ojos.

A veces el paquete de tela se entreabre, aunque nunca á la altura de la cara, y la tapada hace algún movimiento para arreglar una cinta, sujetar un lazo, corregir un pliegue, y entonces se vislumbran trajes espléndidos, bordados magníficos de brocado y de seda, joyas y monedas de oro.

Esta moda de transformar las mujeres en un paquete blanco, obedece sin duda á los celos del hombre, pero durará mucho tiempo, defendida enérgicamente por las feas y las viejas que se benefician de una costumbre que concede á todas el sello de la belleza y la juventud.

Después de recorrer rápidamente algunas calles desembocamos en una plazoleta silenciosa, y para descansar penetramos en un café moro parecido al que vimos en Orán y á casi todos los que existen en Argelia. Tres ó cuatro mesas pequeñas rodeadas de bancos groseros, ocupaban el centro de la primera estancia. Al rededor había, pegado á la pared,

un asiento de piedra, bajo, corrido, cubierto de cojines donde se sentaban graves y silenciosos moros saboreando el café, servido en diminutas tazas que llenaba el cafetero, por medio de una especie de taza de ojalata, pegada en el extremo de un mango de un pie de largo, parecido á una pipa, y que el cafetero acababa de retirar hirviendo de la hornilla..

En una de las mesas un negro y un mozabita jugaban á las damas rodeados de unos cuantos aficionados, que seguían con interés los incidentes de la partida. El tablero era de madera ordinaria y las casillas de relieve; en vez de damas redondas se servían de taruguitos de madera puntiagudos que movían como los peones de ajedrez, y cuya marcha no acertamos á comprender.

El negro acompañaba sus jugadas con gritos desaforados y gestos animados, como si fuera á devorar á su contrincante, quien á su vez jugaba pausadamente, muy grave, sin desplegar los labios, apoyada la barba en la mano, acabando por ganar la partida, con gran contento de los espectadores y expresivo furor de su contrario.

De una habitación inmediata, separada de la primera por espeso tapiz tunecino, se escapaban olores penetrantes. Era la estancia reservada á los fumadores de *kiff*, polvos de hojas de cáñamo, picadas y preparadas de cierto modo, y que se fuma en pipa y en pequeña cantidad. Los fumadores, tendidos sobre esteras, se entregaban á la embriaguez embrutecedora y pesada, producida por este tabaco, rígidos, callados y con los ojos muy abiertos, pero sin fijezá ni expresión.

Y observando aquel cuadro repugnante, aquellos

rostros tostados, cuyas contracciones se asemejaban á las de los animales moribundos, nos preguntábamos qué placer encuentran gentes que pasan la vida en la inacción más absoluta, buscando en aquella droga intolerable un sopor todavía más completo.

El movimiento de la calle disipó pronto la mala impresión recibida en el rincón de los fumadores.

Llegamos á la plaza Bugeales y nos detuvimos un momento frente á los restos de la famosa *Kissaria árabe*, convertida actualmente en cuartel de spahis.

Nuestro ilustrado guía nos refirió que en los tiempos del apogeo del Tremecén, la *Kissaria* era el centro comercial, donde pisanos, genoveses, catalanes y provenzales acudían á cambiar los productos europeos por las mercancías de los indígenas.

Era un conjunto de edificios europeos que encerraban almacenes y habitaciones particulares, depósitos de toda clase de mercancías, hornos, baños, un convento de frailes y una iglesia. La guardia de sus puertas estaba confiada por los cónsules, alternativamente, á las distintas nacionalidades, y, según la consigna convenida con las autoridades del reino, las transacciones se suspendían á la postura del sol, y ningún indígena podía penetrar en el interior del recinto sin permiso especial de los cónsules.

Volviendo á la parte moderna, en la que reinaba la confusión de trajes, lenguas y razas, peculiar á todas las villas argelinas, visitamos el *Mechuar*, inmenso palacio edificado el año 520 de la Egira (1145 de J. C.) rodeado de murallas y torreones, residencia de los gobernadores Almohades y de los reyes abd-el-uaditas, que en magníficos salones delibera-

ban con sus ministros sobre los asuntos del estado.

Las historias árabes describen los esplendores del *Mechuar*, sus fabulosas riquezas, el fausto de la corte de sabios, artistas y poetas atraídos por la protección que les dispensaban las ilustres sultanas, y las fiestas suntuosas cuya magnificencia causaba la admiración de todos los pueblos orientales.

En tan famoso palacio Abu-Tadofin poseía un maravilloso árbol de plata, en cuyas ramas cantaban, por medio de un mecanismo ingenioso, pájaros de todas clases cuyos gorgoros armónicos causaban la admiración de los cortesanos y del pueblo.

También en el *Mechuar* celebraba el Sultán Abu-Hamun-Mussa II la fiesta del *Mulud* (nacimiento del Profeta) con un fausto y esplendor superiores al de las cortes de los más poderosos califas del Oriente. Al gran banquete asistían, mezclados, nobles y plebeyos; todos los salones y jardines estaban á la disposición de los invitados y sinnúmero de pajecillos vestidos de sedas preciosas agitaban incensarios, en que se quemaban perfumes penetrantes, ó con hisopos de oro esparcían sobre los convidados, esencias delicadas.

Pero lo que más excitaba la admiración de los espectadores era el maravilloso reloj que adornaba el salón del trono construído el año 760 de la egrira (1358 de J. C.)

Esta complicada obra maestra de mecánica anterior en más de dos siglos al primer reloj que se construyó en Strasburgo, contenía preciosas figuras de plata primorosamente cinceladas, bosquecillos con pájaros, una serpiente y otra porción de figurillas que se movían por medio de ingeniosos mecanis-

mos. Las horas estaban representadas por puertecillas de finísimas maderas talladas que se abrían, dejando asomar un águila, mientras silbaba la serpiente, que elevándose por el tronco de un árbol, amenazaba los pajarillos los cuales á su vez movían las alas y piaban asustados.

También figuraba en el grandioso reloj el globo de la luna, dando vueltas en sentido de la línea ecuatorial, representando exactamente la marcha que el astro de la noche seguía en la esfera celeste.

Por la puerta central aparecía al sonar la hora una bellísima esclava, presentando en su mano derecha un libro abierto, en el que se leía el nombre de la hora, seguido de poesías alusivas al tiempo y á los astros.

En los mismos jardines del Mechuar se celebraban fiestas nocturnas, torneos literarios, zambras y fantasías á las que acudían los guerreros más valientes y los más apuestos caballeros.

De tan suntuosa morada sólo queda la mezquita donde se prosternaron tantos Reyes famosos y desde cuyo *member* Abd-el-Kader predicó la guerra santa contra los franceses, convertida actualmente en capilla del hospital militar, y la muralla artillada con sus dos macizos torreones. Su recinto es tan vasto que contiene hoy un hospital, cuarteles para la infantería, ingenieros y artillería, la intendencia, las prisiones militares y el polvorín, grandes patios y hermosos jardines.

Tremecén, tantas veces saqueada y destruída, conserva pocos monumentos de arquitectura árabe notables. De las 61 mezquitas que resplandecían en los tiempos prósperos del reino, sólo un corto número

han resistido á la acción del tiempo y á las mejoras introducidas por los ingenieros franceses en el trazado de la ciudad, después de la conquista. En estas mezquitas respetadas por los cristianos, y en algunos edificios ocupados por las oficinas del Estado, pudimos admirar vestigios artísticos suficientes para atestiguar la justa fama de magnífica y grandiosa que alcanzó en los remotos tiempos la guerra capital de la mauritania cesarea predilecta ciudad de los Reyes moros.

IX

**Los alrededores.—La tumba de Sidi-bu-Medin.—
Noticias sobre instrucción pública y legislación
de los indígenas.**

Las horas de la mañana se nos pasaron rápidamente entre tan notables curiosidades y la chispeante conversación del simpático teniente Vignot, que se esforzaba en serenos agradable colmándonos de atenciones.

Después del almuerzo nos propuso hacer una expedición en carruaje al pueblecillo de Sidi-Bu-Medin distante unos tres kilómetros de la población, deteniéndonos al paso en la mezquita de Sidi-el-Haui, que guarda la venerada tumba de tan santo personaje.

Aprobado este proyecto, salimos de las fortificaciones y no tardamos en divisar el esbelto minarete, adornado en sus cuatro lados con arcos revestidos de preciosos mosaicos. La mezquita aparece blanca y radiante, destacándose entre un macizo de verdura. Su interior presenta casi el mismo aspecto de la *Yama-Kebir*; patio con fuente, rodeado de claustros, y cuerpo principal donde se alza el *Mirab*.

Los arcos de la nave principal descansan sobre ocho columnas magníficas de onix cuyos chapiteles muestran los detalles más esquisitos de la ornamentación árabe. El techo es de madera de cedro esculpido y las paredes ostentan delicados arabescos perfectamente conservados.

Para penetrar en la mezquita nos quitamos las botas siguiendo la costumbre árabe, dejándolas en compañía de unas cuantas babuchas que esperaban la salida de sus dueños. Afortunadamente el suelo estaba alfombrado, lo cual agradó no poco á nuestros pies. Apoyados en las paredes, algunos musulmanes murmuraban oraciones pasando y repasando las cuentas de enormes rosarios y besando el suelo de cuando en cuando.

A la sombra de secular algarrobo, reposan bajo piedra tumular, cerca de la mezquita los restos del milagroso *Sidi-el-Hawi*, en el sitio mismo en que fué decapitado por orden del sultán, inducido por la mala voluntad de su gran visir, envidioso éste de la influencia que el santo tenía sobre el pueblo, fanatizado por sus milagros y ejemplar piedad. Pero advertido después el soberano de la injusticia cometida, castigó á su malvado favorito, mandándolo enterrar vivo en el lugar donde fué ejecutado el walí, y haciendo levantar en honor del marabut famoso la tumba digna de sus virtudes que contemplábamos, mientras escuchábamos la leyenda de la milagrosa vida de *Sidi-el-Hawi*.

Para tomar el camino que conduce á Bu-Medín, seguimos los animados boulevares que costean las murallas hasta la puerta de Bad-el-Yad, de donde parte la carretera, y dejando atrás el bosque de Bo-

loña, cruzamos el vasto cementerio donde han ido amontonándose desde hace muchos siglos las tumbas de los Tremecinos. El tiempo las ha respetado muy poco; sólo permanecen en pie, á la izquierda, la kubba de *Sidi-Yakub*, y á la derecha, sobre una eminencia, la del sabio *Es-Senuci*, resaltando sus muros almenados sobre el fondo verdoso de lentiscos y algarrobos. En lugar de la cúpula tradicional, sencillo tejado termina el monumento cuadrado en que reposa, bajo un catafalco cubierto de ricas telas y banderas con los colores islamitas (verde y encarnado), el famoso hombre de ciencia que brilló en el siglo xv.

Más lejos, á la sombra de ruinoso minarete coronado por la media luna, distinguimos otras tumbas de personajes célebres en la historia del reino, y entre ellas llamaron nuestra atención los elegantes arcos dentellados de la *kubba* del marabút Ibrahim, considerado por los historiadores árabes como gloria de su siglo, y favorecido por la gracia divina con el don de poder trasladarse como por encanto de un lugar á otro.

Desde la *Makbura* (campo santo), un camino montuoso sombreado por las espesas ramas de aloes y cactus, conduce á la pintoresca aldea de El-Ubbad, donde se halla el sepulcro de Sidi-Bu-Medin.

Difícil en extremo es dar una idea de los encantos de tan delicioso paraje, sobre el que la naturaleza parece haberse gozado en prodigar los dones de su original fantasía. Las blanquísimas casas del pueblo, suspendidas en el flanco de la montaña, se pierden entre jardines dispuestos en anfiteatro, refrescados por purísimas aguas que se deslizan, ora for-

mando espumosas cascadas, ora besando los troncos de granados, higueras y olivos entrelazados por nacientes viñedos y yedras silvestres.

Pero además del atractivo que presta á El-Ubbad su maravillosa situación, su celebridad es debida á su importancia como cuna de sabios y nobles, á la vez que como venerado centro religioso.

El-Ubbad fué, bajo el dominio de los almohades, floreciente y pobladísima ciudad, en la que, entre otros muchos monumentos, figuraban cinco magníficas mezquitas y un gran número de oratorios á donde acudían en piadosa peregrinación fervientes musulmanes de las más apartadas regiones.

En aquellos remotos tiempos era considerada como anexo religioso de la guerrera Tremecén, á cuya suerte marchó siempre enlazada, subsistiendo aun en el recuerdo de los buenos creyentes consagrada por notables monumentos que resisten el peso de los siglos, perpetuando el esplendor y la celebridad de la ciudad predilecta de Sidi-Au-Medin.

Tres son los monumentos reunidos en un solo grupo que atraen la atención de los turistas y el respeto piadoso de los mahometanos: la tumba del Marabut Sidi-bu-Medin, la Mezquita y la *Medersa* ó colegio superior árabe, colocado por los musulmanes bajo la advocación del santo é ilustre varón.

Una puerta de madera pintada con multitud de arabescos da acceso á una galería enlosada de vistosos azulejos; á la derecha se halla la Mezquita, la *Kubba* á la izquierda. Se llega á la *Kubba* bajando unos cuantos escalones, por un patio cuadrado, cuyos arcos caen sobre columnas de mármol, distinguiéndose en sus paredes dibujos árabes represen-

tando el templo de la Meca, las babuchas del profeta ó algún animal fantástico. Prisioneros en doradas jaulas, colgadas entre las columnas, pajarillos de precioso plumaje entonan sus alegres cantos; sepulcros de personas notables completan tan extraña decoración. A la izquierda se ve un pozo cuyo brocal de mármol está profundamente gastado por el roce continuo de la cadena que sirve desde tiempo inmemorial para sacar un agua reputada entre los musulmanes como saludable y milagrosa.

Este patio conduce á una bóveda, iluminada por la luz que penetra por las pintadas vidrieras de las estrechas ventanas, donde se halla la urna de madera, artísticamente tallada, cubierta de ricas telas de plata y oro y banderas con inscripciones místicas, donde reposa desde hace más de seis siglos Sidi-bu-Medin, el elegido de Dios, el santo por excelencia, salvador y consuelo de afligidos: expresivos títulos bajo los cuales es venerado por los musulmanes.

Huevos de avestruz, arañas, cirios y linternas historiadas cuelgan del techo; de las paredes, que desaparecen bajo originales arabescos ricamente cincelados, penden cuadros, espejos y enormes discos con versículos del Korán. Junto á Bu-Medin, está enterrado también, en preciosa urna, Sidi-Abdes-Selam, uno de sus discípulos predilectos, que vino á acabar sus días al lado de la tumba de su maestro.

En nada cede la mezquita á la Kubba en cuanto á la riqueza de su arquitectura, estudiada en las fuentes más puras del arte árabe.

Once escalones conducen á la puerta de cedro

macizo forrada de planchas de cobre, cuyos motivos romboides constituyen su principal adorno. Según cuenta la tradición, esta puerta, fabricada á expensas de un español como precio de su libertad, fué arrojada al mar y volvió milagrosamente á El-Ubbad gracias á la intervención de Sidi-bu-Medin.

El interior de la mezquita se compone de pórticos, claustros y espacioso patio con elegante fuente. Sus naves principales, sostenidas por infinidad de columnas, revelan la riqueza y esplendor de las obras maestras de la Alhambra y de los monumentos famosos de la suntuosidad musulmana.

Desde lo alto del minarete gozamos de la vista grandiosa de Tremecén, Mansura, Negrier, los valles de la Tafna y del Isser y las montañas que ocultan el mar.

Contigua á la mezquita se encuentra la *Medersa* ó colegio para estudios superiores árabes, fundada hace siglos por un sultán merinida: se compone de un patio terminado en el fondo por una sala que servía á la vez de mezquita y de escuela, rodeada de anchísimo claustro, sobre el que se abren las celdas que ocupaban los *tolbas*.

Las paredes, en otro tiempo cubiertas de esculturas, no han podido ser restauradas.

Este monumento, tal cual se conserva, ofrece el interés de servir de tipo casi único de los edificios de este género, tan abundantes en las principales ciudades de Argelia, donde los sabios más renombrados hicieron sus profundos estudios.

Actualmente la enseñanza superior se da á los indígenas en las tres Medersas de Argel, Constantina y Tremecén. El curso dura tres años, durante los

cuales estudian derecho francés, derecho musulman, lengua francesa y árabe, aritmética, historia y geografía. La enseñanza primaria se da en las escuelas arábigo-francesas que existen en todas las poblaciones y aldeas y en las *zawias* abiertas exclusivamente para los indígenas.

Los musulmanes dan el nombre de *zawias* al conjunto de edificios, agrupados alrededor de una Kubba, que contienen escuelas, hospicios y habitaciones para los jóvenes, que deseosos de instruirse pasan en ella algunos años.

Reúnense allí gentes de todas edades y condiciones, y de sus escuelas salen cadies, imanes, *kodjas*, (secretarios de las autoridades francesas), médicos, astrólogos, maestros de escuela, charlatanes piadosos que escriben amuletos, locos, iluminados y adivinos.

El *Korán*, base de la enseñanza, sirve al mismo tiempo para los estudios de gramática, historia, física, matemáticas, astronomía, etc. Los discípulos están divididos en tres clases: los que aprenden los rezos y algunas páginas del *Korán* que se esfuerzan en grabar en su memoria, limitando su instrucción á tan ligeros conocimientos; los que aprenden á leer y escribir el *Korán* y lo recitan todo de memoria, y los que agregan al estudio del libro sagrado el de sus comentarios, la jurisprudencia y algunas nociones sobre otras materias.

A pesar de las palabras del profeta consignadas en el *Korán*, recomendando el estudio de las ciencias y de las letras, se condena en las *zawias* como profano é irreligioso, á todo creyente que se dedique á estudios distintos de la religión, la teología y el derecho.

Sin embargo, algunos *tolba* (plural de *taleb*, sabio), dejándose llevar por sus sentimientos piadosos, se entregan á la vida contemplativa encerrándose en una mezquita, dedicándose á lectores (*imanes*) y haciendo una vida ejemplar, cumpliendo con fervoroso celo los deberes de su ministerio. Estos séres, buenos y sencillos, llegan á ser los santos del Islamismo.

El tipo más peligroso de cuantos salen de las *zawías* es el *marabút*, personaje ambicioso é intransigente, que cifra su orgullo en atenerse estrictamente á la letra del texto sagrado y á las prácticas externas de la religión. El fanatismo, la fe y el egoismo, se disputan su corazón, sin que se pueda distinguir si sirve á la causa musulmana ó á la suya propia.

Manifiéstase á menudo su celo por medio de fraudes piadosos; pretenden disponer á su antojo de las maldiciones celestes y censuran la tibieza de sus correligionarios, haciendo gala de austeridad de costumbres y de dureza de lenguaje. Los humildes creen que su intercesión cerca del Altísimo es soberana, y que el mejor modo de ganar su protección es ofrecerle valiosos regalos.

Los indígenas suelen decir en son de broma: «Si para salir de un mal paso necesitas ayuda de un marabút, no digas tiéndeme la mano: dile acepta la ofrenda que te presento.»

Su espíritu guerrero necesita más que el cumplimiento de su deber: anhelan las intrigas, el ruido, el movimiento.

Para los indígenas el marabút es la encarnación viva de la ley musulmana y la protesta revolucionaria contra toda autoridad distinta de la de Dios; es

el campeón de la fe verdadera contra el cristiano y el judío, séres odiados y despreciados, especialmente el último.

Todos estos estudiantes son en la sociedad musulmana los inspiradores y sostenes del Islamismo; esa liga misteriosa é indescriptible que reúne en una comunidad de aspiraciones pueblos bárbaros dominados por un violento amor á Dios, á la independencia y á la mujer, está avivada y sostenida por los letrados.

El poder de los *tolba* tiene por principio el reconocimiento y el respeto de las creencias religiosas, mientras que los conquistadores representan para los indígenas la invasión, la pérdida de la patria y la destrucción del Islamismo.

Quizá el tiempo que apacigua los odios, modifica las razas y trasforma los pueblos, hará desaparecer las preocupaciones y aproximará el pueblo vencido al pueblo vencedor.

Los *tolba* más ambiciosos ó más ilustrados, se dedican á la magistratura y ejercen los cargos de *Cadí* de *Adel* (suplente) y *Ukil*, abogados en los tribunales musulmanes, creados por los franceses, bajo la inspección del presidente y del procurador general de la audiencia de Argel.

En cada tribu, al lado del *Caid* hay un *Cadí* encargado de hacer justicia á los indígenas, según la jurisprudencia civil y religiosa. Nombrado por el comandante de la subdivisión, mediante certificado de capacidad librado por el tribunal superior indígena más cercano, interviene en las cuestiones civiles, redacta las actas de casamientos, pronuncia los divorcios, practica la liquidación de herencias é

impone multas; pero no puede condenar á prisión ni á penas mayores sin contar con la autoridad francesa.

Los Cadfes son al mismo tiempo jueces y notarios, lo cual da lugar á que se cometan no pocas injusticias, siendo tal confusión de atribuciones una de las causas del descrédito que pesa sobre el cuerpo de la magistratura musulmana.

Siendo poco menos que imposible que dos leyes tan diferentes coexistan en un mismo país, los franceses se preocupan en hallar la fórmula que compagine y asimile la legislación musulmana y la francesa, ambas hijas del derecho romano.

La ley musulmana, inspirada en el Korán que todo lo ordena, desde la conciencia de los individuos hasta los deberes del Estado, y desde el gobierno de las naciones hasta los detalles del casamiento; dominada por la idea religiosa, es la consagración de un estado social que ha subsistido á través de las edades; representa todavía en el mundo la fórmula de la vida humana que cuenta con mayor número de adeptos y cuyo origen es más antiguo: el Patriarcado.

En el Islamismo la ley viene de Dios y se confunde con el dogma religioso. En principio admite dos grandes divisiones: las reglas de la vida social y las de la vida religiosa; pero están de tal manera entremezcladas unas con otras, que puede decirse que la sociedad musulmana no ha salido aún del período teocrático.

Se observa, sin embargo, que la manera de ser y las costumbres de la masa del pueblo se alejan considerablemente de los preceptos de la ley consti-

tuída. El derecho musulmán ofrece el contraste extraño de una legislación que ha tomado la mayor parte de sus títulos de una civilización avanzada y hasta complicada (la civilización romana), y destinado á un pueblo que ha vuelto á la barbarie en ciertos países ó que jamás salió de ella en la mayor parte de los otros.

Estos datos importantes sobre la justicia, la legislación y la instrucción de los indígenas nos fueron suministrados galantemente por nuestro inteligente compañero, mientras soboreábamos el espeso café árabe, sentados á la puerta de un cafetín situado cerca de la mezquita de Bu-Medín, desde donde no nos cansábamos de contemplar el espléndido paisaje que se desarrollaba á nuestra vista.

Mas el día declinaba y hubimos de abandonar, bien á nuestro pesar, tan ameno paraje, emprendiendo otra vez el camino de la ciudad.

X

Un banquete árabe.—El alcazuz.

Al llegar á la fonda, ya anochecido, nos sorprendió agradablemente la vista del coronel Delaporte que trató de presentarnos sus excusas por no haber podido ocuparse de nosotros en todo el día, y nos invitó á comer en su pabellón del cuartel de la comandancia, ofrecimiento que acogimos con tanto mayor gusto, cuanto que la amabilidad y cordial trato de nuestros nuevos amigos nos habían cautivado y su sociedad era para nosotros motivo de satisfacción é instrucción.

El coronel ocupaba en el famoso *Medueca*, convertido en cuartel, un antiguo pabellón morisco rodeado por un jardín á la francesa, guardando la disposición de las habitaciones árabes.

El patio interior, pavimentado de mármol, estaba rodeado de galerías abovedadas en ogiva, revestidas de mosaicos cuadrados azules y blancos y alumbrado por preciosas lámparas berberiscas. En el centro una fuentejilla de mármol turbaba la paz de tan delicioso retiro.

Nuestro huesped nos hizo visitar las habitaciones, abiertas todas sobre la galería, alhajadas con tapices tunecinos, divanes orientales, cogines bordados en oro y seda, pieles de tigre y de león, taburetes, esculturas y preciosos mueblecillos sosteniendo cofrecitos de maderas finas con artísticos tallados ó incrustados de nácar y otra porción de objetos que demostraban el buen gusto del dueño y su afición á las cosas árabes.

La sala cuadrada que servía de comedor contenía en sus paredes valiosas colecciones de armas antiguas, trofeos militares, arreós de caza, y un sinnúmero de platos y jarrones de origen romano de inestimable valor artístico.

La comida, que tan amablemente se nos ofrecía, era á lo árabe; así no nos sorprendió tener que sentarnos sobre las piernas cruzadas, en blandísimos cogines alrededor de una mesa muy baja formada por una especie de gran bandeja de cobre repujado sostenida por ligerísimos piés y bordada de una tela blanca rameada, sirviendo de mantel y de servilletas á la vez.

Presentaba la mesa agradable golpe de vista adornada con ricos platos cargados de entremeses y frutas y canastillos de finísimo mimbre con fragantes flores.

En lugar de botellas de vino, que los árabes no pueden usar, figuraban en la mesa preciosos jarros de barro con agua fresquísimas y diferentes vasos de cristal conteniendo leche de cabra y de camella. El pan era una especie de torta blanquísima y con un ligero sabor á anís no desagradable.

Al aproximarnos á la mesa Mr. Delaporte pro-

nunció solemnemente las palabras «Bissu Illah» (en el nombre de Dios), que nosotros repetimos por ser la fórmula con que los árabes comienzan y acaban sus comidas.

Como primer plato nos sirvieron una sabrosa torta de pasta muy grasosa, que comimos con los dedos según el uso moro, aunque teníamos á nuestra disposición tenedores y cuchillos. Un negro nos presentó luego en una fuente inmensa un carnero entero asado, *Mechuci*, sazonado con legumbres y frutas, plato considerado por los musulmanes como de gran lujo y que sólo comen los jefes indígenas y las gentes muy acomodadas. Pronto hubimos de renunciar á la bebida cristalina para hacer los debidos honores á los exquisitos vinos de Burdeos y de Borgoña de la abundante cueva del coronel.

Vinó luego el *kushum*, ó alcuzeuz, plato nacional apreciado por los indígenas que lo saborean con verdadero deleite, cuya confección, bastante complicada, me permito ofrecer á las lectoras:

Molido el grano y convertido en harina, la cocinera pasa repetidas veces sus manos mojadas ligeramente sobre la harina, estendida en un gran plato llamado *guessaa*. Poco á poco la harina se aglutina, formando granillos, cuyo tamaño varía según la calidad de la harina y la mayor ó menor perfección de la molienda. Transformada la harina de este modo se echa en una especie de embudo de esparto ó de *diss* llamado *hes-hes* y se coloca como tapadera encima de la olla, donde se cuecen juntas el agua, la carne, las legumbres y otros condimentos. El vapor de agua pasa á través de los intersticios del *hes-hes* y empapa los granos de harina que toma entonces

el nombre de *kushum*, y el agua en que ha hervido la carne el de *merga* (caldo).

A nosotros nos sirvieron el alcuzcuz en un plato árabe, cubierto con pedazos de carne, y además un puchero de barro con caldo y otro con una salsa picantísima confeccionada con no sé que yerbas del país.

Sin que se pueda afirmar que el alcuzcuz tenga sabor desagradable, no nos pareció digno de gran elogio y lo comimos sin entusiasmo, valiéndonos de cucharas de madera que son de rigor para este plato, que las familias pobres comen sin legumbres ni carne, y generalmente con los dedos. Nos presentaron luego el *hamis*, plato muy apreciado por los indígenas, compuesto de pedazos de carnero cocido en una salsa picante y colorada, que abrasa el paladar y para quitarnos el gusto de tan sazonado manjar probamos unos pájaros cocidos con canela y albaricoques y unos buñuelos esquisitos.

Para postres saboreamos dulcísimas mandarinas, higos secos, dátiles, miel, bellotas, plátanos y arroz con leche.

No faltó el espumoso champagne, ni el aromático café árabe, ni el no menos aromático licor de mandarina, ni los escogidos cigarros de la Habana, presentados en artística y original cigarrera fabricada por los kábilas de la provincia de Constantina.

La sobre mesa se prolongó hasta bien entrada la noche en chispeante conversación, sazonada con interesantes relatos de la vida de los árabes, de la constitución de las familias y de las expediciones militares en los confines del desierto. El bravo coronel nos refirió algunas de sus aventuras y nos deleitó

con la descripción de algunas fiestas esencialmente árabes á que había asistido en el interior de la Argelia en los primeros años de la conquista cuando aun se conservaban puras las brillantes tradiciones guerreras de los jefes indígenas y de sus poderosas tribus.

Por su parte, Mr. Vignot nos hizo pasar agradable rato pintándonos con vivos colores las campañas á que había asistido en el Tonkin y la manera de combatir y defenderse de los chinos.

Ya muy tarde nos dirigimos á nuestro hotel galantemente acompañados por los simpáticos oficiales de quienes nos despedimos con expresivas protestas de agradecimiento por sus bondades repetidas, que nunca olvidaremos, y nos retiramos á descansar dispuestos á salir muy de mañana en la diligencia de Sidi-Bel-Abbes.

XI

**Un día en diligencia.—El aduar y las tiendas.—
Sidi-bel-Abbes.—Entre murcianos.**

Pocos detalles dignos de mencionarse ofrece el trayecto de 88 kilómetros que separa Tremecén de Sidi-bel-Abbes. El camino se extiende por una región montañosa, saltando una porción de riachuelos, entre ellos el Safsaf y el Isser, atraviesa fértiles llanuras, valles amenos cubiertos de sembrados y profundas gargantas y toca en los pueblecillos de El-Urit, Ain-Fezza, Lamoriciere—donde nos dieron un almuerzo de que no quiero acordarme—Sidi-Khaled y otros villorrios menos importantes.

El viaje en diligencia por aquella comarca resulta pesado y molesto, y más aún con un compañero de viaje como el que nos había tocado en suerte, inglés taciturno y *llamado al interior*, con quien resultaron inútiles todos nuestros esfuerzos para entrar en conversación, no consiguiendo arrancarle otras palabras que *Yes, No, I do not know*.

No era, pues, extraño que durante las diez largas horas pasadas dando tumbos en el incómodo vehículo, echáramos mucho de menos la franca cor-

dialidad y la expansiva palabra del buen coronel Delaporte, nuestro compañero de Temuchen ó Tremecén, pues á su lado las molestias del camino se hubieran hecho sin duda más llevaderas.

Al atravesar una llanura distinguimos, no lejos de la carretera, un grupo de tiendas de árabes nómadas que nos llamó no poco la atención, rompiendo la monotonía de tan pesada jornada.

Delante de las tiendas se agitaba una población abigarrada, en la que, mezclados, aparecían hombres, mujeres, chiquillos, caballos, perros, gallinas y ovejas. El ruido de la diligencia puso en confusión el tranquilo grupo. Salieron los perros ladrando al encuentro del coche; huyeron despavoridas gallinas y ovejas, y se agitaron inquietos los caballos. Las mujeres, tapándose precipitadamente con sus *haïck*, se refugiaron en las tiendas, mientras dos ó tres morazos que acurrucados en el suelo, liados en sus albornoces tomaban el sol, permanecieron insensibles sin levantar la cabeza y sin parecer darse cuenta de lo que ocurría en derredor.

Sólo los chiquillos se mostraron alborozados, y gritando y riendo acudieron á todo correr al paso de la diligencia. Los más pequeños iban en camisa, descalzos y con los brazos y cabeza descubiertos. Otros lucían sobre sus *ganduras* (camisas) el clásico albornoz, que les daba un aspecto en extremo cómico y original. Todos muy morenos presentaban rostros muy agradables, con sus ojazos vivos é inteligentes, su sonrisa dulce y sus movimientos graciosos y llenos de encanto.

Hasta la edad de dos años, el niño y la niña árabes, confiados exclusivamente al cuidado de la

madre, son tratados del mismo modo; pero desde esta edad las dos existencias se separan y todas las atenciones y solicitudes del padre son para el muchacho: ya se revela el porvenir reservado á cada sexo. Para el hombre la independencia y la autoridad absoluta; para la mujer la obediencia pasiva y la inferioridad. Esta diferencia va acentuándose á medida que crecen, de modo que los dos sexos sólo son iguales para las caricias de la madre.

Al cumplir los dos años se corta por primera vez el pelo al niño, y este acontecimiento es celebrado con fiestas de familia á las que se invita á los vecinos, que presencian también la entrega del primer albornoz, esa prenda nacional que significa más que el jaique de los galos y el peplum de los romanos, pues que envuelto en sus pliegues debe vivir y morir todo buen musulmán.

El albornoz de los muchachos es igual en forma y género al de los adultos, y á menudo cortado de los albornoces viejos de sus hermanos ó de su padre.

Hasta los siete años, el niño apenas se separa de su madre. A los siete años tiene lugar la circuncisión prescrita por Mahoma y observada fielmente por los mahometanos, que la consideran como signo de alianza y marca distintiva de su raza. En país musulmán la circuncisión da lugar á grandes regocijos, juegos de pólvora, danzas y banquetes á que la familia invita deudos y amigos.

Cumplido este precepto, el niño acompaña siempre á su padre, y le ayuda en sus faenas agrícolas, guarda el ganado y cuida las bestias.

La diligencia se alejó á escape, y vimos á los chiquillos retirarse gritando y perderse en el *aduar*.

Los indígenas dan el nombre de *aduar* á la reunión de cierto número de tiendas puestas en círculo, habitadas generalmente por una misma familia.

La tienda se forma con tiras de lana y de piel de camello de setenta y cinco centímetros de ancho por ocho metros de largo, cosidas y sujetas al suelo por medio de estacas.

Estas telas se llaman *feldja* (singular *felid*) y son tejidas por las mujeres con dibujos de listas oscuras y blancas á lo largo, de diferentes anchos. Un madero de dos metros cincuenta centímetros de alto, y dos pértigas de dos metros, sostienen el edificio cuyas extremidades se fijan en el suelo por medio de cuerdas de lana que se arrollan á las estacas plantadas en la tierra.

Todas las tiendas son semejantes, variando sólo el número de tiras de lana y su estado de conservación.

En medio de la tienda, al pie del palo soporte, colocan unos cuantos sacos llamados *tellés*, conteniendo la provisión de cebada, trigo ó dátiles necesaria para ocho ó quince días. Debajo de los *tellés* suelen enterrar los modestos ahorros y las insignificantes alhajas de las mujeres, cuando éstas no las guardan en una especie de almohada que el amo coloca bajo su cabeza durante la noche por temor de que sea robada por los ladrones.

Sobre dos grandes piedras en el suelo colocan una olla de barro fabricada por las mujeres, y esto es todo el hogar. Algunas tazas de madera ó de barro, el *kushas* de esparto, una fuente de madera y alguna jarra, completan los utensilios de cocina. El agua se conserva en odres embreadas interiormente.

te, que sirven también para hacer y transportar la manteca.

Otros pellejos ordinarios, llamados *megud*, sirven para llevar grano, sal, pimienta, carnes secas y otros objetos necesarios para la vida.

Si la tienda es rica, posee un lapiz; dos excepcionalmente; en general los indígenas duermen sobre esteras. Cada tienda contiene un surtido de cuerdas de lana mezcladas con piel de camello, y otras de esparto, que usan para atar los caballos en el campamento y sujetar la carga sobre las mulas ó camellos en las emigraciones.

Todo debe poder plegarse, levantarse y cargarse en las bestias con rapidez y facilidad, del mismo modo que el amo de la tienda debe estar siempre dispuesto á montar á caballo y á combatir.

En los países muy fríos y en las montañas suelen rodear la tienda y los ganados de un cercado ó bardiza que la defiende de los ladrones, de las fieras y á veces de galanes atrevidos.

El hombre toma á su cargo todo trabajo fuera de la tienda, labra, siega, recoge el grano, esquila los borregos, vigila el ganado, caza, monta á caballo, guerrea, cumple sus deberes con el gobierno, hace visitas á sus amigos y asiste á los mercados.

Pasa las noches en vela, el fusil ó la pistola al alcance de su mano, levantándose al menor ruido ó al escuchar los ladridos de sus perros, en cuyas inflexiones é intensidad conoce el indígena si se trata de una fiera, de un ladrón, de un galanteador ó de un caminante lejano.

Cuando el alba blanquea las crestas del horizonte y los objetos van tomando la forma indecisa que

les presta la niebla matutina, el amo duerme y reposa mientras la mujer prepara los bollos, y los pastores conducen los rebaños.

La mujer se encarga de todo lo concerniente al interior de la tienda. Enciende el fuego, cocinea, cuenta el ganado, va por agua y por leña, teje el *felidj*, el albornoz, los tapices, ordeña las ovejas, hace la manteca y cuida de los chiquillos. Hacia el mediodía, si tiene tiempo, hace su *toilette*: una poca agua en la cara y en el pelo, una mirada en un espejuelo de diez céntimos que lleva siempre consigo, un poco de *kokeul* que da á sus ojos brillo y dulzura, un poco de *heune* en las uñas; no necesita más para agradar á su marido.

Con un chiquillo á la espalda y otro de la mano, va y viene, trabaja sin cesar y se duerme repitiendo el dicho popular: «Mula de día, reina adorada de noche.»

Bajo la tienda, la vida varía según las ocupaciones de los que la habitan. El pastor es mirado según sus necesidades ó sus gustos. El labrador, por el contrario, permanece forzosamente cuidando su campo durante tiempo más ó menos prolongado; su aduar tiene á menudo aspecto de una aldea.

El indígena del Tell cambia de campamento varias veces al año. En primavera se aproxima á los pastos, en verano á las cosechas, en invierno huye de los fríos de las montañas, en otoño vigila sus huertas. A veces se aleja de un hombre que instintivamente inspira celos; otras veces la mujer quiere acercarse á un hombre que acampe en otra fracción, y emplea para persuadir á su marido argumentos irresistibles.

La tienda está llamada á desaparecer de las comarcas argelinas. Testigo de un pasado que protesta contra el porvenir amenazador con sus cambios y sus ruinas, lucha con valor pero sin esperanza.

Esta tienda tan desdeñada abriga bajo sus débiles lienzos las sencillas alegrías, las penas sin cuento, el amor, los recién nacidos y los ancianos. El Profeta decía refiriéndose á ella: «El hombre que la habita está cerca del cielo y de la tierra al mismo tiempo.»

La desaparición de la tienda significa el Africa arrancada al semitismo y lanzada en el movimiento y en una vida en la que acaso echará de menos su dulce sueño...

Es Sidi-bel-Abbés una pintoresca ciudad de unos 20.000 habitantes, fundada por los franceses en 1849, en el centro de la llanura que fertiliza el río Mekerra, y destinada por su situación estratégica á tener á raya las revoltosas tribus de los *Beni-Amer*, partidarios acérrimos y poderosos aliados del emir *Abd-el-Kader* en los primeros años de la conquista.

Tiene la forma de un cuadrilátero y está rodeada de una muralla artillada cerrada por cuatro macizas puertas, en las que desembocan cuatro anchísimas calles plantadas de plátanos que parten del centro de la villa.

En Sidi-bel-Abbés tuvimos el gusto de encontrar á un murciano, D. Francisco Establier, que nos acogió con los brazos abiertos y nos acompañó á recorrer la ciudad, cuyos principales monumentos son: la escuela, los cuarteles, la sinagoga, la mezquita, la casa ayuntamiento y el barrio árabe, ocupado

por unas cuantas familias pobres y miserables.

Nuestro paisano vive en aquella población al lado de su tía, distinguida señora que, aunque ausente de Murcia desde su infancia, conserva el recuerdo de su ciudad natal, y aprovecha solícita cuantas ocasiones se le presentan de agasajar á sus paisanos.

En la terraza de la casa de esta amable dama pasamos agradablemente una hora, en compañía de Establier, agradablemente entretenidos observando el aspecto animado que presentaba la calle Prudón, cercana al mercado centro de la ciudad.

Hacia una mañana espléndida, y como día festivo, la población, compuesta casi toda de españoles, se agitaba bulliciosa y alegre.

En un grupo conversaban en alta voz cultivadores de nuestras provincias levantinas, vestidos con blusa azul y sombrero de fieltro. Cruzaban más allá graciosas mujeres luciendo vistosos pañuelos de seda, que servían de marco á picarescos rostros españoles, y confundíanse entre la multitud los sombreros de las damas francesas con algunas mantillas llevadas con garbo andaluz.

Llegaban á nuestros oídos palabras valencianas, *icos* murcianos, alternando con los gritos enérgicos de algunos árabes sentados al sol, envueltos en sus albornoces, y la jerga de unos cuantos judíos vendedores ambulantes de toda clase de mercancías.

No faltaban en la plaza brillantes uniformes, mantas morellanas, sombreros de copa y levitas, y como nota alegre el *haïck* blanquecino de misteriosa mora alejándose indiferente hacia los barrios exteriores.

iban y venían en todas direcciones ligerísimas

charrettes, caballos de pura sangre montados por oficiales de distinguido porte, y modestos borriquillos conducidos por arrieros con faja y calañés ó guiados por chiquillos marroquíes de tez tostada, descalzos y mal cubiertos con larga camisa poco limpia.

De tan agradable distracción nos sacó Establier, participándonos que su señora tía tenía gusto en que la acompañáramos á la mesa, y á pesar de nuestras naturales excusas, hubimos de aceptar tan galante invitación, pasando inmediatamente al precioso y bien alhajado comedor donde nos esperaba succulento almuerzo rociado con exquisitos vinos franceses y espumoso champagne.

La señora de la casa, dispensándonos amable acogida, nos hizo los honores, encantándonos con su franco trato y agradable conversación que insensiblemente se prolongó hasta que llegada la hora de tomar el tren, nos retiramos de la hospitalaria morada, á cuya afectuosa dueña y simpático sobrino dedico aquí cariñoso recuerdo de gratitud.

El amigo Establier tuvo la bondad de acompañarnos á la estación, no separándose de nosotros hasta la salida del tren que había de conducirnos á Blida.

XII

**De Sidi-bel-Abbés á Blida.—El Gurbí.—Por llevar
capa.**

El viajero que ha pasado dos días encerrado en una diligencia experimenta grata sensación al hallarse cómodamente instalado en el wagón de un tren y bendice con toda su alma los adelantos del gran siglo.

No falta, sin embargo, quien lamentándose del vertiginoso impulso del vapor, que arrastra al turista sin permitirle admirar detenidamente los paisajes y ciudades que atraviesa, eche de menos el encanto de poder extasiarse horas y horas con los accidentes del camino y las bellezas de la naturaleza, sin tener en cuenta ni dar importancia á las molestias y fatigas del antiguo sistema de locomoción.

Pero como nosotros no llevábamos nuestro amor á la naturaleza á tal extremo, nos entregábamos sin pesar alguno á observar con viva curiosidad los variados panoramas que huían, apenas aparecidos, á nuestra mirada ansiosa, que buscaba en la belleza de los paisajes, que sin cesar se renovaban, consuelo á la tristeza de ver desaparecer otros de no menor atractivo.

Pronto hubimos de cambiar de tren en la estación de Santa Bárbara de Tlelat para tomar la gran línea de Orán á Argel. Desde allí la locomotora corre por las fértiles llanuras del Sig, del Habra y del Tlelat, acercándose á la cadena accidentada de los montes Thessala y á los picos poco elevados del Traret, que ocultan á Mostaganem y el mar; atraviesa ríos y valles de singular belleza por lo bien cultivados, y se detiene en infinidad de estaciones destinadas á unir los centros en vía de construcción y las ciudades recientemente creadas por las tropas y por los colonos franceses.

A lo lejos empezamos á distinguir las faldas de la sierra del Dahara, entre el valle del Cheliff y la costa del Mediterráneo, y pasando junto á la ciudad del Relisane, célebre en los tiempos de los romanos, nos internamos en una región muy accidentada donde con bosques de pinos y eucaliptus alternan olivos y viñedos.

Cerca de la estación de Orleansville aparece por primera vez á nuestra vista el río Cheliff, el más importante y de mayor curso de la Argelia, que nace en las pintorescas montañas del Yebel Amor, riega las altas mesetas de las provincias de Orán y de Argel, penetra en el Tell, bañando ciudades populosas y fértiles territorios, costea diferentes cordilleras, y describiendo caprichosos zig-zags alrededor de deliciosos valles, corre á arrojarse en el Mediterráneo, llevándole las aguas de sus numerosos afluentes cerca de Mostaganem en la provincia de Orán.

Salvado el río por un puente metálico, descubrimos la ciudad de Orleansville, rodeada de murallas y fosos, ocupando bellísima situación medio escou-

dida entre jardines y bosques de pinos y algarrobos y hermoseedada por el Cheliff, que se desliza majestuosamente á sus piés, prisionero entre profundas rocas matizadas de fresca verdura.

Orleansville, capital de un departamento militar, está llamada á ser por su floreciente comercio con los indígenas montañeses de los territorios del Dahara y del Uarsenis, una de las poblaciones más importantes de la Argelia.

Desde allí el ferrocarril recorre todavía algunos sitios amenos, donde el viajero puede admirar en todo su esplendor el panorama de la inmensa llanura del Cheliff, cuyo límpido horizonte está limitado por los macizos verdosos de las colinas y las rojizas cunas de escarpados montes, subiendo pendientes rapidísimas para descender luego á risueñas praderas, donde naranjos y viñas disputan el suelo á lentiscos, aloes, plátanos y encinas.

Pero el paisaje cambia de aspecto, y á tau agradables sitios suceden collados monótonos, rocas pedradas, precipicios imponentes y simas profundas. De vez en cuando se destaca en esta naturaleza muerta el punto blanquecino de alguna casa de guardaguja, la choza miserable de un pastor, ó los *gurbis* silenciosos de los árabes nómadas.

El *gurbi* es la choza groseramente construída con que las tribus del Tell han reemplazado la tienda para sustraerse á las miradas indiscretas y marcar á su dominio un límite infranqueable para quien no sea de su familia ó de sus amigos, y resguardarse de las inclemencias invernales. Los *gurbis* se componen de cuatro paredes groseramente levantadas con tierra y arena, sin cal,



y de un techo de esparto ó de diss. Estas habitaciones, mal llamadas casas, no tienen puertas, ventanas, hogar ni chimenea; el suelo, húmedo y desigual, está cubierto de inmundicias de los animales, que duermen revueltos con las personas que, sucias y asediadas por insectos de todas clases, se apresuran á levantar sus tiendas en cuanto la primavera empieza á mejorar la temperatura.

En los macizos montañoses, habitados por los bereberes, la Kabilia entre otros, los indígenas viven en casas parecidas á las que se ven en los oasis del Sahara argelino, y que se componen de una sola habitación con un departamento para cuadras y establo.

Para llegar á la puerta hay que atravesar un corral, en que se recogen las cabras y ovejas, cerrado por un muro.

En la estación de *Affreville* tuvimos tiempo suficiente para restaurar nuestras fuerzas en el *bouffet*, bastante bien servido, y entrenarnos largo rato con el movimiento de viajeros que afluyen de varios pueblos importantes del interior.

La tarde empezaba á declinar cuando ya en la provincia de Argel nos encontramos en la llanura inmensa de la Metidja, región fertilísima de una extensión de 200.000 hectáreas, sembrada de pueblos agrícolas y comerciales, que se desarrolla entre la cadena del Atlas y el Sahel de Kolea, dominado por la mole de la tumba de la Cristiana.

Pero pronto la obscuridad de la noche nos privó de tan agradables panoramas, y ya cansados de tan largo viaje, llegamos á Blida, término de aquella jornada, entrando en la población, cuyas calles eu-

ropeas atravesamos para llegar al hotel situado en la plaza de Armas.

Después de descansar un rato y satisfacer el apetito, nos informamos de si existía algún café árabe ú otro espectáculo donde pasar la velada. No había ningún espectáculo morisco digno de ser visitado, pero en cambio se daba en el teatro una función extraordinaria por la compañía de la célebre actriz madame Favart que, aprovechando las fiestas de Pascua, recorría las principales ciudades de la Argelia dando dos ó tres funciones en cada teatro.

Para no desperdiciar la ocasión nos dirigimos al teatro, costándonos gran trabajo encontrar localidad, pues los blidenses habían acudido presurosos á aplaudir á la gran actriz francesa, y la sala, bastante pequeña, incómoda y fea, apenas podía contener tan numeroso público.

Nuestra entrada en el patio produjo una sensación á la que no estábamos preparados ni podíamos presumir. Aunque se había terminado el primer acto, los espectadores no se habían movido de su sitio, y mientras ocupábamos nuestros asientos observamos un movimiento de curiosidad, unos gestos, unos cuchicheos que nos pusieron al principio un tanto contrariados.

Pero pronto nos apercibimos de que lo que llamaba la atención eran nuestras capas españolas, á las que, contra lo que nosotros pensábamos, los franceses de Argelia no están muy acostumbrados, pues los españoles reemplazan el abrigo nacional por el gabán en cuanto se establecen en aquel territorio.

Nos apresuramos á despojarnos de la prenda que

tan sorprendente efecto produjo, con lo que dejamos de ser blanco de las miradas del público, que no tardó en fijar toda su atención en el drama *L'Aventuriere*, de Augier, muy bien interpretado por madame Favart, calurosamente aplaudida y llamada á escena.

XIII

Un día en Blida.—Aspecto general.—El bosque sagrado.—La cuenca del río.

Blida debe su celebridad á su situación incomparable en medio de bosques de naranjos y limoneros, á la benignidad é igualdad de su clima y á la pureza saludable de los aires que sin ningún obstáculo vienen del mar.

Un famoso marabut muy estimado de los árabes dijo de Blida las siguientes palabras que todavía repiten con amor los indígenas: «Te llaman pequeña ciudad, y yo te llamaré pequeña rosa.»

Los turcos la designaban con los nombres de voluptuosa, perfumada y maravillosa, y bajo su dominación la cifra elevada de la población, sus relaciones comerciales con las demás provincias y la riqueza y extensión de sus jardines, eran testimonio patente de su importancia.

Entonces era Blida la ciudad predilecta de las rosas, de los jazmines y de las mujeres. Desde la extremidad de la llanura se la veía aparecer con sus torres y blanquísimas casas, medio velada por los árboles de doradas frutas, precisamente enfrente de

Kolea la Santa, como imagen prematura de los goces reservados á los buenos creyentes en el paraíso de Alah.

Había allí jardines de eterna fragancia, calles tapizadas de follaje, resguardadas de los ardores del sol por corpulentas arboledas, grandes cafés animados por alegres músicas, suntuosas moradas, abundantes y exquisitas aguas; y para aumentar el bienestar de aquel pueblo sensual y fácil, el penetrante aroma de los naranjos en flor impregnaba la atmósfera de delicadísimo perfume.

Fabricábanse entonces esencias, vendiábanse maravillosas joyas, y las gentes de guerra acudían á tan poéticos verjeles en demanda de reposo y calma en los días de tregua, después de señaladas victorias.

Mas un terremoto la destruyó en 1821, sepultando bajo los escombros los palacios, las mezquitas, las sinagogas y la mitad de sus habitantes. Los que sobrevivieron á aquel desastre quisieron abandonar á Blida, trazando dos kilometros más allá otro recinto; pero la construcción de la nueva ciudad no se llevó á término, y en 1830 el ejército francés, que penetró en ella después de encarnizado combate, encontró á Blida casi completamente reedificada.

Durante varios años la pintoresca población fué disputada enérgicamente por las tropas conquistadoras y los insurrectos de Abd-el-Kader, ocupándola unos y otros sucesivamente, hasta que en 1839, los franceses, vencedores al fin, fundaron la ciudad moderna fortificándola convenientemente.

Desde esta época, la prosperidad de Blida ha ido aumentando rápidamente hasta llegar á ser actualmente la segunda población de la provincia de Ar-

gel, contando con más de 20.000 habitantes, y encerrando en el recinto de sus formidables murallas inmensos cuarteles, grandes edificios y monumentos á la europea, calles espaciosas y mercados de elegante construcción.

Blida, que gracias á los canales de riego del Ued-el-Kebir es una ciudad agrícola por excelencia, va convirtiéndose también en centro industrial, pues las aguas del río, aprovechadas hábilmente, ponen en movimiento sinnúmero de molinos harineros y fábricas de pastas alimenticias, de papel y de esencias.

Nosotros recorrimos, durante las primeras horas de la mañana, la ciudad, que, como la mayor parte de las de la Argelia, se compone de un conjunto de construcciones árabes y francesas, en el cual presentan pequeño contraste anchos boulevares y tortuosas callejas, iglesias y mezquitas, plazas rodeadas de pórticos y miserables chamizos donde apenas penetra la luz del sol.

Para buscar los restos de la antigua ciudad tan querida de los árabes, hay que internarse en el barrio superior, entre el mercado y las murallas. Allí se conservan aun algunas casas moriscas con sus estrechas puertas adornadas con clavos y arabescos; corrales inmensos cerrados por elevadas tapias muy bien enlucidas, tenduchos en cuyo fondo obscuro se destaca la blanca figura de un morazo fumando, sumido en éxtasis profundo, indiferente á cuanto le rodea.

En aquellas calles no se ven ya surgir, como en otro tiempo, los esbeltos minaretes de las mezquitas entre los macizos de árboles que daban sombra

al alegre y famoso barrio del Hakem, ni cruzan haciendo brillar sus armas apuestos caballeros, ni resuenan tras los elevados ajimeces los cantos lánguidos y melodiosos de las sultanas de mirar ardiente y deslumbradora belleza.

La vida árabe ha desaparecido empujada por la poderosa colonización francesa, y de la Blida morisca queda únicamente lo que la hace embellecer y prosperar, es decir, su situación tan perfecta, que si un terremoto viniera de nuevo á destruirla, pronto se volvería á levantar otra ciudad en el mismo sitio; su fértil suelo, sus aguas mejor distribuídas que nunca y que la industria francesa utiliza; á las puertas de la villa una llanura admirable, y sobre ella la montaña; por horizonte trescientas mil hectáreas de terrenos labrados; y, por último, los huertos de naranjos, constituyendo una de las principales riquezas de tan encantadora comarca.

Lo útil ha sustituido á lo agradable; la mansión de placeres y fiestas se ha desvanecido envuelta en el humo que la civilización lanza al espacio en los vapores de sus fábricas, en tanto que los ecos del clarín guerrero hacían enmudecer á los muezines que alababan á Dios desde los minaretes.

Como disponíamos de tiempo limitado y queríamos visitar detenidamente los pintorescos alrededores, alquilamos un carruaje, cuyo cochero nos prometió llenar el oficio de cicerone, y nos dirigimos desde luego al Bosque sagrado, situado á una media legua de la ciudad, saliendo por la puerta Bizot, una de las siete abiertas en las murallas.

Nada tan delicioso como aquel camino á cuyos lados se suceden sin interrupción preciosas quintas

rodeadas de jardines, de naranjos cargados de la sabrosa fruta, matizando las verdosas hojas; magníficos chalets, palacios elegantes cercados de ligeras verjas y rodeados por todas partes de flores, alamedas y mullido césped.

Eran las diez de la mañana y el sol, elevándose en un cielo de transparente azul, bañaba con destellos luminosos los espléndidos naranjales que se extendían hasta lejana distancia ante nosotros, y en medio de la paz de aquella exuberante naturaleza, bajo aquel cielo lleno de caricias, disfrutando de una temperatura que nos hacía olvidar que el año llegaba á su término sin que un soplo de viento agitara las hojas de los árboles, experimentábamos indecible bienestar y dulcísima calma.

Y aquellas huertas, aquellos naranjos, aquella atmósfera límpida y serena, aquel sol refulgente y aquel risueño paisaje, traían á nuestro pensamiento el recuerdo de nuestra querida Murcia, no menos florida, no menos alegre, no menos fragante que Blida, la perla perfumada de la Argelia.

Entre tanto, veíamos pasar á nuestro lado ligerísimos cabriolés, carros militares llenos de forraje, obreros y soldados, árabes silenciosos siguiendo el paso lento de sus borricos cargados de leña y de ramuja, cuando no cabalgaban á la grupa de las diminutas bestias sentados de medio lado como nuestros huertanos, pero tiesos y graves como si manejaran caballos magníficos, y excitando sus pacíficas monturas con gritos guturales, parecidos al *arre* de nuestros campesinos.

De pronto el carruaje se detuvo á la entrada de frondoso jardín, y acompañados de nuestro solicito

cochero nos internamos en el *Bosque Sagrado* de los olivos.

Según nos refirió nuestro guía, el bosque era en tiempo de los árabes un inmenso jardín á donde acudían diariamente los blidenses á solazarse, á prosternarse junto á la kubba del marabut y á celebrar brillantes fiestas y animadísimos mercados.

A la sombra de seculares olivos silvestres, tendidos indolentemente sobre florido césped, pasaban los moros largas horas sumidos en profundo sopor, soñando despiertos, hasta que el grito del muezín los llamaba á la oración vespertina, y entonces, arrodillados, con la mirada puesta en el Oriente, dirigían al Dios de Mahoma su serviente oración, y cumplido tal deber, emprendían el camino de la ciudad con ese paso acompasado y majestuoso propio de la raza árabe.

Todavía se ven hoy en el jardín magníficos cedros, olivos silvestres de vastísima sombra, olmos que han resistido el choque de los siglos, pálidos sauces, álamos de espeso ramaje, eucaliptus arrogantes y un sin fin de arbustos inclinando su delicado follaje sobre las tumbas medio destruidas de los santones, escondidas entre palmeras y flores.

Desde el Bosque sagrado, tomando por distinto camino, pasando siempre entre naranjales y limoneros, dimos la vuelta á las murallas, unas veces junto á la llanura, otras á la falda de la montaña coronada por el fuerte de Mimich, atalaya que domina la extensa comarca, llegando pronto á la orilla del río *El-Kebir*, junto á la puerta Bizot.

El Ued-el-Kebir es un riachuelo que las lluvias

invernales y el deshielo convierten en furioso torrente.

Nosotros llegamos hasta cerca de su nacimiento en el fondo de un estrecho barranco poco profundo, donde forman su nido risueñas rocas tapizadas de laureles rosa, juncos y silvestres florecillas de vivísimo color.

A la entrada del destiladero se levantan las construcciones modernas de molinos, tejeras y otras industrias, enclavadas en preciosos huertos de limoneros, granadas y mandarinas, dando vida y alegría á aquella incomparable vega. Luego se interna el camino por las laderas pobladas de arbolado de la montaña, y por entre rocas abruptas, que el torrente arrastra en las épocas de grandes avenidas.

El Ued va deslizándose mansamente sobre un lecho de finísima arena y menuda grava, contorneando las inmensas moles de piedra que baña de espuma, cuando le faltan fuerzas para sacarlas de su cimiento y empujarlas con irresistible violencia.

Más allá, la garganta se ensancha y la vegetación se hace más espesa y abundante entre rocas abruptas que el torrente arrastra en las épocas de grandes avenidas.

El Ued va deslizándose mansamente sobre un lecho de finísima arena y menuda grava, contorneando las inmensas moles de piedra que baña de espuma cuando le faltan fuerzas para sacarlas de su cimiento y empujarlas con irresistible violencia.

Más allá la garganta se ensancha, la vegetación se hace más espesa y abundante en pinos y matorrales, y la montaña forma pintorescas agrupaciones

de peñascos y profundas cuevas abiertas por continuos desprendimientos.

Sobre una de las agrestes colinas que oprimen el riachuelo, nuestra atención se fijó en las cúpulas de varias tumbas y en las piedras ennegrecidas de numerosos sepulcros. Unos cuantos muchachos medio desnudos que jugaban á la orilla del camino se apresuraron á guiarnos por el empinado sendero que conduce al cementerio, tratando de explicarnos en francés chapurrado, la historia de los santos varones que disfrutaban allí de la paz eterna hace muchos siglos.

El sagrado recinto está cercado por rústica bardiza de piteras y zarzales, protegido por impenetrable valla de lentiscos, mirtos y bejuco; en el fondo, una especie de bosquecillo umbrío, olivos muy verdes, algarrobos de obscuro follaje, fresnos de poderosas ramas y álamos de elevada copa; y en el centro de este recinto, recogido y solitario donde los rayos del sol penetran únicamente en el centro del día, un terreno poblado de hierbas y cubierto de tumbas.

Tal es el aspecto que presentaba el viejo cementerio árabe, donde reposan, entre otros personajes, el célebre Mahomed-el-Kebir y sus dos hijos, cuyas kubbas conserva aun en buen estado la piedad musulmana, renovando cuidadosamente las candelas de rosada cera que arden día y noche en los huecos abiertos en los muros.

Después de permanecer largo rato disfrutando de la maravillosa perspectiva de aquella altura, emprendimos de nuevo el camino de la ciudad y nos detuvimos un rato en el cuartel de caballería, donde pasamos revista á la colección de caballos de re-

monta, que ocupan magníficas cuadras á lo largo del inmenso patio central.

Un caballista hubiera pasado muchas horas agradablemente entretenido estudiando los diferentes tipos de los doscientos sementales perfectamente cuidados, instalados en los cómodos box.

Un oficial nos hizo admirar preciosos ejemplares de caballos de pura sangre árabe, de raza siria, de los mejores hierros andaluces y de las más famosas castas francesas, explicándonos, entre otros detalles, que la creación de depósitos de remonta en Argelia ha traído una notable mejora en la cría caballar, cuya producción ha sido tal, que durante un largo período de años se ha podido surtir de caballos árabes de buena raza, no solamente á todo el ejército de Africa sino tambien á algunos regimientos de Francia.

En 1885 los tres depósitos establecidos en los departamentos de la colonia poseían más de setecientos sementales sirios y berberiscos, con la agilidad, fuerza y resistencia que distinguen á estas razas.

Era ya más de mediodía cuando regresamos al hotel, satisfechos de lo bien que habíamos empleado la mañana y dispuestos á emplear la tarde en una expedición á las Gargantas de la Chiffa y al Arroyo de los Monos, sitios agrestes cuya belleza nos había sido muy ponderada por nuestros amigos de Orán y de Tremecén, y á recorrer durante la noche la corta distancia que nos separaba de Argel.

XIV

Los llanos de la Metidja.—Las Gargantas de la Chiffa.—El Arroyo de los Monos.

Serían las dos de la tarde cuando vino el carruaje á buscarnos á la plaza de Armas, donde, sentados á la puerta de un café, disfrutábamos de primaveral temperatura, siguiendo con interés el movimiento y animación de la ciudad de los naranjos.

Por la puerta de *Bab-el-Sebt* desembocamos en el campo quedando prendados desde luego del grandioso panorama que nos ofrecía la inmensa llanura de la Metidja, vasta extensión de 75 kilómetros de largo por 30 de ancho, cubierta antiguamente de lagunas y lodazales, y cuyas tierras, completamente saneadas en la actualidad y surcadas por gran número de canales de riego, son de una fertilidad asombrosa.

El horizonte se abría profundo y admirable ante nosotros: enfrente de Blida, la tumba de la Cristiana, posada entre el lago Ilalula, que duerme á sus piés y la masa aplastada del Chenua; el río Mazafrán de amarillentas aguas corriendo á través del Sahel

por una estrecha abertura por donde se vislumbra el mar; Kolea blanqueando entre los oscuros collados; á la izquierda, la línea profunda de los montes de Miliana, formando triple cadena superpuesta, cerrando el llano como azulada cortina de plateados reflejos; y entre los accidentes que dan amenidad á tan delicado paisaje, grupos de casas de labranza rodeados de palmeras y granados, risueños pueblecillos y campiñas perfectamente cultivadas.

A la izquierda de la carretera próxima á Blida maniobraban, en un terreno inmenso y sin verdura, varios escuadrones de caballería, y á nuestros oídos llegaba el ruido del galopar de los caballos, el choque de los sables con los estribos, las voces de mando y los sonidos de las sonoras trompetas.

Más allá algunos oficiales adiestraban, con ejercicios bien combinados, hermosos caballos elegantemente enjaezados con estrechas sillas, embridados delicadamente como con hilos invisibles.

Era un espectáculo en extremo chocante el cuadro de la instrucción guerrera bajo aquel cielo sin nubes, en aquel paisaje lleno de encantos donde todo respira bienestar, placeres y paz.

A corta distancia de Blida, la carretera salta la Chiffa sobre macizo puente, y describiendo una rápida curva asciende por la orilla del manso riachuelo encajado entre abruptos peñascos cortados verticalmente, y se interna en los profundos desfiladeros de la cordillera del pequeño Atlas.

Nos encontrábamos en las *Gargantas de la Chiffa*, una de las curiosidades más notables de la Argelia, que se ha abierto paso á través de las rocas, recibiendo en su carrera caprichosa las cristalinas aguas

de las cascadas que se precipitan con estrépito de las cercanas cimas.

Es sumamente difícil describir la salvaje belleza de aquel paisaje agreste, de aquellas laderas abruptas, de aquellas peñas inaccesibles que se alzan arrogantes como si pretendieran escalar las nubes.

Y, entre tanto, el camino trazado en la roca seguía ascendiendo, y con asombro creciente veíamos á nuestros piés la Chiffa serpenteando en profunda rambla que sus purísimas aguas han convertido en valle frondoso; sobre nosotros, montañas cuyas cumbres parecían tocarse, bosques sombríos poblados de cedros y pinos seculares.

A medida que avanzábamos, quedábamos más y más prendados de tan extraño desfiladero que la naturaleza ha dotado con tan poderosa vejetación y con los atractivos de sus creaciones más maravillosas.

Y en medio de la grandeza de aquel paisaje alpino descubrimos, cerca del lecho del río, instalado junto á frágiles tiendas de campaña, un grupo de ingenieros ocupados en levantar planos y en trazar el camino que ha de seguir la línea férrea que se construye á través de desfiladeros y montañas para poner en contacto la línea general y la costa con los pueblos de Medea y Boghari en los confines del desierto.

La conclusión de tan importante vía ofrece grandes dificultades, pues habrá que perforar no pocas montañas de duro granito, tender larguísimos puentes á considerables alturas, y defender los terraplenes de las lluvias torrenciales y de los desprendimientos frecuentes de enormes bloques y de terre-

nos arcillosos. Pero los franceses no desmayan ni perdonan ninguna clase de sacrificios para llevar á feliz término, en breve plazo, una línea que será, sin duda, una de las más pintorescas del mundo, y proporcionará á un pobladísimo y fértil territorio las rápidas comunicaciones tan necesarias á su fomento.

Continuando nuestra interesante expedición, nos encontramos en una plazoleta suspendida sobre profundos precipicios, y nos detuvimos á descansar un instante en un hotel admirablemente situado entre el verdense semicírculo que forma allí la imponente cordillera.

No lejos de aquel punto va á arrojarse á la Chiffa, oradando las rocas, el Arroyo de los Monos, llamado así por la abundancia de estos animales antes de los tiempos de la conquista y de la colonización. Siguiendo el curso de las aguas por encantador sendero, tallado en las peñas, fuimos subiendo hasta alcanzar una preciosa gruta adornada con maravillosas estalactitas, desde donde abarcamos asombroso golpe de vista.

El arroyo se precipita desde una altura de más de doscientos metros, entre enormes breñas, formando imponente catarata. Mas allá, vertientes pobladas de pinos, lentiscos y nopales, valles cubiertos de sembrados, y enfrente, por encima de ondulaciones semejantes al oleage petrificado de un océano embravecido, descubríamos la línea azulada del horizonte, haciendo el efecto del mar lejano.

En medio de la salvaje soledad de aquellos bosques, cuyo silencio turbaba únicamente el murmullo de las aguas de la cascada próxima, permanecí-

mos largo rato, dominados por el irresistible encanto de tan misterioso retiro, dejándonos llevar por esa languidez inexplicable que embarga el alma cuando se entrega sin obstáculos á la contemplación de los prodigios más sublimes de la naturaleza.

Y sumidos en el profundo sopor de aquella calma inalterable, vagaba nuestro pensamiento por las fantasías de lo desconocido, sin darnos cuenta del tiempo que transcurría y sintiendo la inefable alegría de la vida contemplativa, soñábamos con la visión remota de las pasadas dichas y con lo incierto é inseguro de las futuras.

No sé cuanto tiempo permanecimos tendidos sobre la hierva, entre la gruta y la cascada, sumidos en extraño arrobamiento, cuando el sonido de estridente voz que partía del camino, nos hizo volver á la realidad, advirtiéndonos que no debíamos retrasar por más tiempo el regreso á la ciudad si habíamos de continuar aquella misma noche nuestro viaje á Argel.

Bien á pesar nuestro nos alejamos de tan poéticos lugares, y recorriendo de nuevo los contornos de las agrestes selvas y atravesando las gargantas espléndidas de la Chiffa, que no nos cansábamos de admirar, desembocamos en la inmensa llanura, que se nos presentó bajo nuevo aspecto iluminada por las últimas claridades de la tarde.

Si la Metidja nos sorprendió por la mañana, cuando el sol vivificaba y coloraba los campos y doraba la montaña, más encantadora nos pareció aún en el incierto momento que sigue inmediatamente al fin del día y precede á la obscuridad de la noche. Y mientras el globo luminoso se sumergía en un baño

de oro líquido con reflejos tan brillantes que la vista no podía resistir su esplendor, la sombra avanzaba suavemente envolviendo la campiña en los ténues arreboses del crepúsculo vespertino.

Ya era de noche cuando entramos en Blida, y apresuradamente marchamos á la estación, donde ya el tren se disponía á salir para Argel.

Desde la ventanilla de nuestro wagón contemplamos una vez más la perfumada ciudad, que pronto desapareció de nuestra vista, quedándonos el grato recuerdo del hermoso día pasado en sus verjeles: día inolvidable que consideramos como uno de los más deliciosos de nuestro viaje.

XV

ARGEL.

El engrandecimiento de Argel data de los tiempos en que el famoso corsario Barba Roja, comprendiendo todo el partido que podía sacarse de su ventajosa posición, sentó en ella sus reales haciendo de la antigua *Djezaïr* el centro de sus poderosos dominios.

Vista desde el mar, la ciudad argelina parece desde lejos una cantera de blanquísimo mármol ó una escalera de gigantes. El viajero que cree encontrar una ciudad morisca con altos minaretes terminados por la clásica media luna, con el conjunto irregular y compacto de casas concluidas por amplias azoteas, se ve en extremo sorprendido por la perspectiva que presentan los elegantes edificios con extensas líneas de balcones, los jardines y parques á la inglesa, las altas chimeneas que denuncian la industria moderna, el hermoso boulevard de la República, embellecido por magníficas casas y sostenido por arcadas que lo levantan á considerable altura sobre el mar, y, en una palabra, por la

grandeza característica de las capitales europeas.

Sobre esta población esencialmente moderna se extiende en anfiteatro por la ladera del monte la antigua villa morisca coronada por la *Kasba*, antigua fortaleza residencia de los *Beys* turcos y de los Barba Roja.

El puerto es artificial, y su entrada está bien defendida por baterías colocadas á uno y otro lado y por una central situada en un islote dentro del puerto que ha venido á reemplazar las rocas, cortadas á pico, contra las cuales las olas se rompían con estrépito.

Anchos muelles se elevan sobre el mar conteniendo grandes almacenes abovedados, formando varios pisos unidos entre sí por fáciles rampas para los carruajes y por cómodas escalinatas que conducen al boulevard que se prolonga entre el arrabal de San Eugenio y el de Mustaphá.

Desde la balaustrada del magnífico malecón se disfruta de incomparable panorama. A la izquierda el cabo Caxino con su poderoso faro; después la Punta Pescado; la aldea de San Eugenio, dominada por Nuestra Señora de Africa, edificada sobre una mezquita; el barrio de Bab-el-Ued, separado de Argel por las fortificaciones, y más cerca el jardín Marengo, á los piés de la mezquita de Sidi-Abd-Er-Rahman.

A la derecha, los arrabales de Bab-Azun y de Isly; Mustaphá sembrado de *villas* moriscas; Kubba dominada por la cúpula del Gran Seminario, y el golfo que termina en el cabo Matifú señalado por un punto gris destacándose entre el azul del cielo y el del Mediterráneo. En esta dirección se descubre

todo un lado del Sahel y todo el Hamma, es decir, una larga terraza vestida de bosques y un enjambre de casitas diseminadas entre la más risueña de las vejetaciones.

Hacia la desembocadura del Arrach se puede percibir, cuando el sol lo hace brillar, el macizo blanquecino de la Maison-Carrée medio escondida entre eucaliptus, y más próxima al cabo la aldea de Fort-de-l'eau en el sitio donde desembarcó Carlos V y donde pereció su flota. Detrás de la Maison-Carrée se adivina una extensión vacía y sin movimiento: es la entrada de la Metidja. La vista se detiene en el cabo Matifú sobre el cual se alza la poderosa cordillera del gran Atlas mostrando las nevadas cumbres del Yurgura y la cadena dentada de las montañas kábitas cerrando el magnífico horizonte de cuarenta leguas.

Puede decirse que Argel se compone de dos ciudades muy distintas: la parte francesa ó europea que ocupa los barrios bajos y la marina, prolongándose hoy sin interrupción hasta el barrio de Aghá, y la villa árabe que no ha salido del límite de las murallas turcas y se apiña como en otro tiempo alrededor de la Kasba, donde los zuavos han reemplazado á los jenízaros.

Francia ha tomado del viejo recinto todo lo que tocaba á la marina ó donfinaba las puertas, lo que era fácil de demoler y de cómodo acceso. Ha convertido el palacio de los pachás en habitación de sus gobernadores; ha destruído las horribles prisiones de los piratas, reforzado las murallas y mejorado el puerto; ha poblado las calles de construcciones parisienses, y repartiendo las mezquitas ha de-

jado unas al Korán, dando las otras al Evangelio.

Todo lo que era administración civil y religiosa, magistratura y alto clero, lo ha conservado entre sus manos, bajo su cuidado. Garantizando á cada uno la libertad de su fe religiosa y moral, ha querido que los tribunales y los cultos fueran especiales. y para explicar mejor con un hecho la idea que preside en su política, ha permitido á sus sacerdotes católicos llevar la larga barba viril de los ulemas y de los rabinos. Ha dividido en dos las escaleras que unen la ciudad alta con la baja, ha creado plazas como centros de fusión de las dos razas y ha destruído la puerta Bab-Azun, donde se colgaban las cabezas de los decapitados; y para construir el teatro, los ingenieros han transformado en terraza la enorme rampa que formaba el glacis escarpado de los bastiones turcos.

Una vez franqueados los antiguos límites, el ensanche ha continuado por el lado Este, pues al Norte y al Oeste el mar sirve de obstáculo insuperable.

En fin, la Puerta Nueva, por donde entró el ejército vencedor en 1830, ha sido colocada á unos centenares de metros más lejos, y lleva hoy el nombre de Puerta d'Isly, en honor del general famoso á quien han erigido allí una estatua como emblema definitivo de la victoria y de la posesión.

Por lo dicho se comprenderá que el barrio europeo reúne las condiciones exigidas por la vida moderna: las calles no son muy anchas porque lo impide la posición de la ciudad y la proximidad de la montaña; pero son rectas, las forman buenos edificios, y á derecha é izquierda las casas tienen en mu-

chas de ellas pórticos que puedan mitigar el ardiente sol del verano.

Tal es la ciudad francesa. La árabe permanece sumida en el más completo olvido; no pudiendo suprimir el pueblo que la habita, le dejan el espacio estrictamente necesario para su existencia, es decir, el elevado belbeder de los antiguos piratas. Allí disminuye poco á poco por sí solo, afianzándose todavía á su inútil paladium y contemplando con desconsuelo constante el mar que ya no le pertenece.

Entre tan distintos barrios no existen, después de tantos años, más barreras que la eterna antipatía y desconfianza de las razas: lo bastante para separarlas. Se tocan y se mantienen en la más estrecha vecindad, pero sin confundirse ni corresponder más que por lo que peor tienen: el lodo de sus arroyos y sus vicios.

Abajo el pueblo argelino está entre nosotros: arriba podemos creer en la actualidad que estamos en su casa. En una parte se hablan todas las lenguas de la Europa, en la otra la lengua insociable del Oriente. De una á otra, y como en mitad del camino entre los dos barrios, circula un idioma internacional y bárbaro llamado *sabir*.

Hay atracciones imposibles, lo mismo en química que en moral, y toda la política de los siglos no cambiará en ley de amor la ley de las enemistades humanas.

Aparentemente la paz queda hecha: ¿pero á qué precio? ¿Será duradera? ¿Cuáles han de ser sus efectos? Grave cuestión que se debate en Argelia y en todas partes donde el Occidente y el Oriente se re-

parten una pulgada de territorio, y en donde por circunstancias y competencias fortuitas, el Norte se halla cara á cara con su eterno enemigo el Mediodía.

XIV

La ciudad moderna.—Monumentos y curiosidades.—La mezquita de Adb-er-Rahman.

Argel tiene una población de 75.000 habitantes, entre los cuales figuran próximamente 24.000 franceses, 18.000 musulmanes, 8.000 israelitas y 25.000 de diferentes nacionalidades. A la importancia oficial que le da ser la capital de la rica colonia francesa, une los encantos de su clima privilegiado, la exhuberancia de su vegetación y las ventajas de su situación admirable, que le presta los recursos del mar y del campo.

El Boulevard de la República puede considerarse como el paseo más frecuentado de Argel. Allí se pasan largas horas en agradable entretenimiento siguiendo el movimiento del puerto ó dejando vagar la mirada por el panorama incomparable del mar, cuyo tono azulado se confunde á lo lejos con el del cielo transparente. Bajo los pórticos del alegre Boulevard se han instalado grandes cafés, tiendas de objetos árabes, elegantes almacenes parisienses, despachos de banqueros y consignatarios de vapores; y en la línea de edificios iguales que se prolonga á

lo largo del Boulevard, se destaca la casa Ayuntamiento, el Correo, el Banco de Argelia, el Tesoro y varios hoteles suntuosos.

La Plaza del Gobierno, situada en el centro del Boulevard, es el corazón de Argel. En ella desembocan las calles comerciales de Bab-Azun, Bad-el-Ued y de la Marina, arterias principales de la villa central, y las que descienden de la villa alta trayendo oleadas bulliciosas de una población constantemente renovada. En medio de la inmensa plaza rodeada de plátanos se eleva la estatua ecuestre del Duque de Orleans, y más allá el palacio Malakoff, habitado por el Gobernador general, antigua casa morisca que los franceses han tenido el buen gusto de conservar tal cual era, sin modernizarla para las necesidades del servicio.

Está, pues, como en tiempo de la conquista, con su arquitectura prodigiosa por la intensidad de sus colores y por la exquisita gracia de sus combinaciones. Por todas partes mármoles y porcelanas pintadas, columnas esbeltas que unen los mármoles de los patios interiores con los mármoles de las galerías, corredores misteriosos, gabinetes con huecos inexplicables, vacíos hoy, ocupados en otros tiempos por tronos y sofás.

En las paredes armarios elegantes con puertecillas de fino tallado, revelando un trabajo y una paciencia imponderables.

Todavía se conservan los viejos cerrojos que encerraron los secretos de las sultanas, y que gastados y medio rotos guardan hoy expedientes administrativos.

Uno de estos armarios se resistía á abrirse. En-

pujamos con más fuerza, cedió un secreto y sorprendidos vimos girar el mueble dentro del muro, sobre un eje invisible, apareciendo un agujero profundo. Tiramos una moneda que tardó dos segundos en llegar al fondo. ¿Para qué serviría aquel agujero? ¿Conduciría á un misterioso haren? ¿Esconderían en él sus tesoros las sultanas? Y esta curiosidad quedó sin satisfacer, pues no pudieron explicarnos el uso de aquel pasaje, ni existe leyenda alguna que á él se refiera.

Desde el terrado del palacio la vista abraza toda la ciudad y sus alrededores. La impresión de la primera mirada es el azul y el blanco. El mar y el cielo forman una amalgama de dos tonos: el mar es el más pálido, como si hubiera caído en leche una gota del azul profundo del cielo.

La ciudad, blanquísima en las alturas habitadas por los árabes, es menos brillante y pura abajo donde moran los cristianos. Alrededor, y más allá del palacio, las casas trepan en desorden por la pendiente escarpada, como pugnando por llegar antes arriba para ver pronto el mar que miran las unas por encima de las otras por sus ventanillos y por sus terrados dominados por torretas cuadradas.

Abajo las grandes casas europeas, insignificantes y banales como en todas las ciudades, y más allá el puerto con sus muelles y sus barcos, y como fondo del panorama el mar, siempre el mar, y la bahía con sus riberas pintorescas recortadas por cien goifos encantadores.

En la calle de la Marina se encuentra la mezquita de *Yamua-Kebir*, la más antigua de Argel, pues su fundación se remonta al siglo x. Su pórtico está for-

mado por catorce arcadas, apoyadas en esbeltas columnas de mármol. No lejos de allí llaman la atención las cinco cúpulas de la mezquita *Yamaa-Yedid*, construída en forma de cruz griega, lo que, según la tradición, fué motivo para que fuera quemado el arquitecto que se atrevió á dar á una mezquita la forma de una iglesia. En el minarete cuadrado se ve el gran reloj de la ciudad, colocado allí después de la demolición de la Yenina.

Al N. de la plaza, la calle de Bab-el-Ued conduce á la del mismo nombre, circunscrita por el mar, por el cuartel de artillería, por el fuerte Nuevo erizado de cañones y por el jardín Marengo trazado en las pendientes abruptas que eran en otro tiempo la continuación del cementerio musulman y plantado de palmeras, plátanos, eucaliptus y otros arboles frondosos que adquieren gran desarrollo, merced á la bondad del clima y al esmero del cultivo que les dedican.

La rampa Valée conduce desde el jardín á la mezquita *Yamaa-Abd-er-Rahman*, célebre por su antigüedad y muy venerada por los musulmanes, por encerrar las tumbas de muchos personajes y de varios santos y marabuts piadosos.

En lugar de un pesado edificio con cúpula, esta mezquita se compone de una série de monumentos diseminados bajo los árboles y entre las flores de un frondoso huerto, que se tocan y parecen comunicarse entre sí, formando en el interior un sin fin de oscuros rincones apropósito para la oración.

Un guardian endormiscado nos franqueó la entrada y, contra lo que esperábamos, nos permitió conservar nuestras botas, con condición de no pisar

las alfombras y de agradecer este favor con alguna propina.

Nada de particular observamos en el interior de la mezquita.

En el suelo esteras y alguna alfombra; en el techo lámparas; en los rincones tumbas de madera, simulacros de sepulcros cubiertos de telas ordinarias y vistosas, amuletos, rosarios, ningún emblema, nada que hable á los ojos, nada que oculte la desnudez de las paredes, ¡el vacío del edificio, la nada de los misterios!

Pero el exterior es exquisito. Su arquitectura sencilla y graciosa, delicadamente adornada sin esa profusión que abruma. Su minarete esbello, blanco, elevándose en el azul como la oración virginal de un alma sin pecado. El jardín está lleno de flores y de pájaros; parece un oasis en el desierto de piedras que lo rodea, un rincón de paz y de reposo como un cementerio de aldea. Así, muchos santos marabuts y muchos sabios doctores han querido reposar allí en tumbas modestas y pequeñas rodeadas de piedras puntiagudas, dominadas por un pilón terminado en figura de turbante con inscripciones en elogio del muerto.

En algunas tumbas colocan pequeñas pilas que recogen el agua de lluvia para que beban los pájaros, y en otras, manos piadosas ponen el grano para su alimento. Los muertos lo han ordenado así con objeto de hacer el bien después de su fallecimiento.

¡El símbolo más puro del alma desconocida é indefinible, será siempre el pájaro volando á los cielos!

Nos cuesta gran trabajo alejarnos de aquel recin-

to apacible y tan tranquilo que la vida parece recogerse en la inmovilidad.

El guardian vuelve á dormitar en un rincón á la puerta de su casa, en la que distinguimos una mujer vieja acurrucada, inmóvil, con los ojos cerrados como un Budha de bronce. Una cabrilla reposa tendida como los gatos, y las gallinas, cuya turbulencia ingobernable no respetaría el general reposo, están atadas á los árboles con sogas.

A la salida nos asalta una turba de mendigos que nos acecha desde nuestra llegada. Jamás vimos reunión semejante de pingajos informes é incoloros, de deformidades más repugnantes, ni seres de todos sexos más decrepitos y desagradables. Del montón se destacan mujeres sin edad ni sexo, y sin velo, precisamente cuando sería más necesario.

Todos estos mendigos se empujan y se nos meten entre las piernas, alargan las manos implorando con acento plañidero, y gritando: *Merci, merci*, antes de recibir la limosna.

Volviendo á la ciudad moderna, recorreremos hermosas plazas y animadas calles con pórticos, y llegamos á la plaza de Chartres, notable por su mercado de frutas y flores, al que acude un personal abigarrado de moros, mahoneses, franceses, negros, soldados y turistas que representan un espectáculo muy curioso y pintoresco, advirtiéndose cuán variadas razas han contribuído á poblar el territorio que más bien que colonia es un pedazo de la Francia.

Otro de los sitios más amenos y animados es la Plaza de la República, en el boulevard del mismo nombre, en la cual han construído recientemente un magnífico teatro y han creado un jardín esplén-

dido decorado con estatuas de marmol. Los jueves y domingos la música del regimiento de zuavos de la guarnición, hace allí las delicias de los argelinós y de la elegante colonia extranjera, cada año más numerosa y más distinguida.

La catedral de San Felipe es uno de los monumentos más interesantes de Argel. Edificada sobre los restos de una gran mezquita, ha conservado en su conjunto el sello de la arquitectura árabe con sus arcos adornados de mosaicos y brillantes azulejos, sus columnatas de mármol de distintos colores y sus preciosos arabescos. La fachada consta de un pórtico con tres arcadas y dos torres octógonas, al que se llega por una escalinata de una veintena de escalones. En uno de los altares se guardan los huesos del venerable Jerónimo, moro convertido al cristianismo y enterrado vivo por orden de Alí-Pachá, hace más de tres siglos.

Enfrente de la catedral se halla el palacio del Arzobispo, antiguo edificio morisco cuyo interior contiene maravillosos azulejos, revistiendo las paredes y los arcos de herradura, techos de madera tallada en caprichosos dibujos de flores pintadas de vivos colores, puertas artísticamente cinceladas, patios enlosados de marmol y en las habitaciones, que el público puede visitar, un verdadero museo de obras de arte moriscas, colecciones de armas muy curiosas, tapices y sederías riquísimas y no pocos fragmentos de estatuas romanas y bronce, regalados al Arzobispo por los fieles de su extensa diócesis.

XVII

La Kasba.

En Argel se entiende generalmente por la *Kasba* la parte de ciudad comprendida entre la Kasba propiamente dicha (antigua fortaleza habitada por el bey Kussen) que domina la comarca y el barrio europeo, es decir el barrio árabe, cuyas blancas casas se alzan en anfiteatro sobre el flanco del mamelón que da frente al mar.

Las calles en pendiente, mal empedradas, parecen más bien canales dispuestos al desagüe de la montaña que arterias de una población populosa. Recorriéndolas durante media hora es difícilísimo salir, sin grandes esfuerzos de la memoria, del laberinto de callejones sin ventilación unas veces, sin salida otras, serpenteando hacia el centro, que hacen perder muy pronto la dirección del punto de partida. En sus calles abovedadas parecidas á tenebrosos desfiladeros, se ven casas de muy pobre apariencia, de estrechas puertas adornadas con clavos enormes y sin otras ventanas que dos ó tres agujeros redondos, por los que apenas penetra la luz. En muchas se ha formado con maderas de cedro un

cuerpo saliente á la altura de las ventanas, que se toca casi con el de la casa de enfrente, cerrando ambos la calle por la parte superior.

Tiendas de reducido tamaño donde el silencioso moro, sentado en el suelo, tiene al alcance de su mano frutas y legumbres, preciosas joyas y riquísimas telas, perfumes y armas; cafés árabes sobre cuyas esteras los indígenas pasan largas horas saboreando el precioso líquido, medio adormecidos por el kiff y por el monótono sonido del *tan-tan* nacional; industrias de primitivo aspecto; mezquitas casi invisibles; casas de baños donde la mujer árabe acude diariamente á descansar, en interminable conversación con sus amigas, del aburrimiento del haren; y en fin, una masa compacta y confusa de edificios uniformes y de barrios extravagantes, en cuyas bizarras calles, parecidas á escaleras misteriosas que conducen á la mansión del reposo, la alegría y el sol no han osado nunca penetrar.

Moros desnudos de pie y pierna descienden despacio por las escaleras, cruzándose, sin mirarse, con árabes blancos como espectros, corpulentos y silenciosos, mientras otros forman en las esquinas grupos y celebran en voz baja extraños conciliábulos.

Singular silencio reina en estas escalinatas, que son calles. Se distinguen terrados, celosías, agujeros profundos, escaleras empinadas y rincones misteriosos, donde se conciertan sombras blancas que no se mueven si se las tropieza. De vez en cuando la palidez de los muros se ilumina con bruscas claridades en que se destaca un cafetero de pie atizando su hornillo, ó árabes recostados escuchando á un narrador que acompaña con gestos expresivos su relato.

Por todas partes puertas cerradas y tras las rejas murmullos y risas. A veces una plazoleta, un rayo de sol abriéndose paso por entre azoteas y porches, un girón de cielo dando alegría á aquellas calles fantasmagóricas.

Tal es la extraña ciudad donde se esconde, extinguiéndose poco á poco, encerrado en un silencio que es su encanto, sepultado en la inacción que lo destruye, rebelde á todo progreso, é indiferente al bienestar que le imponen, un pueblo que fué rico, activo, emprendedor, y que conserva todavía su traje, sus usos, su religión, sus supersticiones y sobre todo su odio terrible hacia sus vencedores cuyo yugo sufre con paciencia, pero no resignado, mientras llega la hora, siempre esperada por el árabe, de la venganza y del exterminio del aborrecido francés.

Por la noche el barrio moro, aunque alumbrado por algunos faroles y vigilado por buen número de gendarmes y agentes de policía, infunde cierto respeto mezclado de vaga inquietud. A la luz mortecina del gas, el europeo que se interna por las tortuosas callejas vé cruzar mujeres completamente blancas, que parecen fantasmas, y hombres envueltos en albornoces que al mover la mano lo mismo pueden dirigir un saludo que clavar una gumia, y se experimenta cierto mal estar considerando que detrás de las pesadas puertas de las casas puede ocultarse algún moro acechando el paso del cristiano para robarle ó asesinarle, seguro de escapar sin tropiezo por el intrincado laberinto de la persecución de la fuerza pública; y no cabe imaginar que entre aquellos paredones quepa un átomo de cultura ni

un rasgo de generosidad, á pesar de la corta distancia que los separa de la parte europea donde bulle una civilización deslumbradora.

Toda esta parte alta de la ciudad se compone de construcciones cuadradas de uno ó dos pisos, blanqueadas con cal y sin aberturas á la calle; las habitaciones generalmente reciben la luz de los patios interiores.

Casi todas las casas moriscas de Argel están edificadas bajo el mismo modelo, presentando un aspecto exterior pobre y triste, salvo la diferencia de dimensiones para el pobre y para el rico, consistentes en un cuadrilátero cuyos pisos están cubiertos por su terrado. Las puertas de entrada, macizas, guarnecidas de clavos de cabeza gorda, encajan en jambajes de mármol ó de piedra, cuyas rosáceas forman el adorno.

En algunas casas principales la puerta está precedida de un pórtico con tejadillo sostenido por vigas de madera de cedro más ó menos labradas ó pintadas.

Franqueada la puerta de la calle, que generalmente no da acceso directo á las habitaciones, se llega á un vestíbulo *kifa* amueblado en dos de sus lados con bancos ó divanes. Allí recibe el dueño de la casa sus visitas, despacha sus negocios, siendo muy contadas las personas, aun de la familia, que tengan permiso, salvo en ocasiones extraordinarias, de pasar más adentro: un gran patio central, rodeado de columnas sosteniendo elegantes arcos con adornos de madera y yeso, sin que falte la fuente de mármol y el pozo de anchísimo brocal. Las habitaciones del piso bajo dan al patio y las del segundo

se abren sobre el corredor formado sobre las columnas y los arcos del piso inferior.

Las galerías sostienen un terrado donde pasean de día los hombres y de noche las mujeres; sirve también para poner á secar la ropa blanca. En uno de los lados hay ordinariamente un pabellón donde poder resguardarse de los rigores del viento y observar lo que pasa en el mar, pues la atención de los argelinos estaba siempre pendiente de la llegada de sus corsarios que les traían el botín de sus escursiones.

Las habitaciones están generalmente blanqueadas con cal, y el techo formado con vigas de madera de cedro. En las casas ricas las paredes ostentan azulejos y porcelanas, y los techos lucen rosáceas, flores, frutas y dibujos delicadamente tallados ó pinturas de vigoroso colorido. Las puertas y ventanas de las habitaciones se abren sobre las galerías y son de dos hojas, con infinidad de recortes esculpidos.

El mueblaje se reduce generalmente á divanes anchos y bajos que sirven de cama, armarios embudidos en la pared, espejos, tapices árabes ó esteras finísimas en el suelo, que es el mejor asiento, algunos objetos de cristal y de cobre, y grandes cofres donde encierran sus joyas y sus armas.

En suma: nada tan bien comprendido en un clima cálido como las casas moriscas con sus galerías, sus pórticos, sus ventiladores, sus habitaciones oblongas abiertas sobre un patio interior refrescado por una fuente y cuyo toldo suaviza la temperatura haciendo perder su fuerza al calor y quitando á la luz su intensidad y sus reflejos brillantes.

En cuanto á la vida privada está protegida por

impenetrable misterio, como en todo el Oriente. Todo es sombrío en aquellas singulares construcciones donde el árabe toma toda clase de precauciones, tanto contra las indiscreciones del exterior, como contra la curiosidad del interior. Detrás de aquellas puertas macizas y de aquellas rejas de hierro, el árabe guarda sus dos grandes misterios: la fortuna y las mujeres. De una y otra se sabe muy poco: el dinero circula apenas, y las mujeres salen rara vez y siempre veladas.

Ligeras cortinas de muselina que el viento levanta suavemente y algún tiesto de flores en una ventana, señalan esos gineceos que nos hacen soñar. De estos retiros se escapan ruidos inexplicables, murmullos que parecen suspiros, voces que llegan á la calle como canto de pájaro invisible, gritos infantiles ó el sonido de las *darbukas*, marcando lentamente el compás de un canto que apenas se oye, y cuya nota única y cortada parece que acompaña la melodía de un sueño; el cautivo, se consuela así, soñando con una libertad que nunca ha gozado y que no puede comprender.

Hay un proverbio árabe que dice: «cuando la mujer ha visto al huesped, ya no quiere á su marido.» Toda la política conyugal está basada en este precepto, y es cosa sabida que la morada árabe, rica ó pobre, es una prisión bien defendida, y cerrada como un tesoro. El amo avaro tiene la llave bajo la cual reúne todos sus secretos, y nadie sabe ni puede precisar el valor ni la cantidad de lo que posee.

El árabe vive, pues, tranquilo, en la antigua villa que los franceses han respetado como uno de los más raros monumentos de la arquitectura de los mo-

ros que subsisten aún en Argelia, conservando sus defectos y sus cualidades, y rodeados de una discreción y una impasibilidad que los envuelve en una corteza tan uniforme y monótona como el albornoz blanco que los cubre.

En el barrio moro vive también parte de la población pobre de Argel, y se observan tiendas europeas, rótulos franceses, balcones y ventanas. Hay calles habitadas exclusivamente por judíos que, más tolerantes que los árabes, permiten lucir á sus mujeres sus poderosos encantos, y se las ve en los balcones, junto á las fuentes, en la entrada de las casas, reunidas en grupo en las tiendas, y en todas partes, haciendo gala de sus trajes vistosos, de la esbeltez de sus formas y de miradas atrevidas y provocativas.

Saliendo del barrio árabe se tropieza con una serie de callejones poblados de casas sospechosas habitadas por gentes mal famadas, sembrados de cafetines y tabernas donde se reúne lo más repugnante de la población cosmopolita: la indigencia, el cinismo y el vicio. El extranjero curioso que se aventura en esta parte de la *Kasba*, se expone á no pocos peligros, y á verse mezclado en las frecuentes riñas de marineros y soldados, emigrantes y obreros que, excitados por la bebida, se disputan los agasajos de alguna judía de ojos rasgados ó de alguna española de costumbres ligeras.

Más arriba, una aglomeración de casas sin nombre, falausterios del vicio. En las ventanas, rostros sonrientes; en las entradas y en las puertas, seres ostentando oropeles vistosos, túnicas rojizas, amarillas, azules, trajes de paje, ropajes griegos, mallas de saltimbanquis.

Es un bazar de carne humana y un mercado de esclavas, una feria de mujeres de todos los países, de todas las razas y de todos los tipos, en cuyo cuadro domina la melancolía del amor á precio fijo.

En las calles del barrio moro se ven no pocas negras circulando con paso varonil, llevando alegremente pesadísimas cargas y ejerciendo los oficios de sirvientas, panaderas y nodrizas cuando no se dedican á bailar en las fiestas públicas, gesticulando y gritando al compás del *tan tan* y de las castañuelas, ó diciendo la buenaventura y adivinando los misterios del porvenir. El *haik* que cubre incompletamente sus abultadas formas, hace resaltar con su blancor purísimo el tono mate de sus rostros y los detalles típicos de tan sufrida raza.

Atravesando la parte alta de Argel que he intentado describir imperfectamente, se llega á la *Kasba*, situada sobre el punto más culminante de la ciudad. La inmensa ciudadela servía de residencia á los beys de Argel, y sus formidables murallas encerraban preciosos jardines, ricos pabellones para las mujeres de los soberanos, baños, mezquitas, almacenes, cuarteles y cámaras donde se amontonaban los tesoros fruto de las correrías de los piratas argelinos y de la codicia de los gobernadores turcos.

Los franceses han convertido el soberbio edificio en cuartel espacioso, y de su antiguo esplendor quedan solamente algunos patios rodeados de pórticos, unas cuantas galerías adornadas de columnas de mármol, y como curiosidad histórica, el pabellón donde Hussen-Bey dió al embajador francés el famoso abanicazo causa de la guerra y de la invasión en 1830.

Desde la plazoleta que da acceso á la *Kasba* se goza de magnífica vista sobre la ciudad, el puerto, la rada de Argel, el cabo Matifú y las montañas de la Kabilia.

XVIII

Los árabes de la ciudad.

Recorriendo las calles argelinas experimentamos desde luego dos impresiones bien distintas. Por una parte nos sorprendió agradablemente la mezcla de gentes, de tipos y de trajes, pero nos contrarió observar por doquier la confusión del elemento oriental con el europeo. Exceso de *Rumis* (cristianos), abundancia de cafés, de tiendas de modas, de especierías, de casas de cuatro pisos; movimiento incesante de ómnibus y de tranvías, y en una palabra, un girón de la falda de Marsella asomando ostensiblemente bajo la capa de Argel.

Hay, pues, que abstraerse de la parte vulgar de la ciudad, de su abigarramiento desconsolador, de sus trajes salidos de las manufacturas europeas, y fijarse en las cosas indígenas. Todo el mundo ha visto árabes, aunque sólo sea en estampas, en las ferias ó en los circos, presentándose en tribus, ejecutando fantasías, saltos y juegos prodigiosos. Así, su traje no sorprende, pero sí el aspecto de toda una población, que produce en el viajero un efecto real de extrañeza, al que nosotros no pudimos sustraer-

nos. Doce grados sobre cero á últimos de Diciembre cuando habíamos dejado pocos días antes la templada Murcia con fríos, facilitaron tal sensación.

No me detendré á describir el traje de los árabes de Argel, parecido al de todos los del Norte de Africa, y teniendo por prenda principal la *gandura* larga sin mangas, el albornoz y el *haich*. En cuanto al calzado, babuchas, botas de cuero y de otras clases, no son considerados por los indígenas como de gran necesidad, y se les ve descalzos pisar sin molestia alguna guijarros puntiagudos y terrenos casi inaccesibles aun con calzado europeo. Vimos algún árabe pasearse tranquila y majestuosamente con una sola babucha, y en más de una ocasión nos detuvimos observando á otros, que tendidos en la calle, utilizaban las babuchas como almohada metiendo una dentro de otra y apoyando la cabeza para dormir.

Salvo las chaquetillas y los chalechos, que en general son de seda y bordados, las ropas son de lana blanca. Las gentes bien acomodadas las lavan y las cambian, pero las de la clase baja, cuando se han endosado una *gandura* y un albornoz, no se los quitan ya ni de día de noche, puesto que no se desnudan para dormir. De este uso continuado resultan andrajos de una suciedad inconcebible, y como los agujeros se remiendan con hilos, el hombre parece vestido de redes.

Un buen albornoz se trasmite de padres á hijos, sobre todo si está fabricado en el país, pues los que tejen en Francia é Inglaterra, de donde se expiden muchos con gran descontento de los industriales indígenas, aunque son más baratos, duran mucho menos. Hay que consignar que no es el trabajo de

su dueño lo que estropea el traje: envuelve su cuerpo y nada más, nada lo roza, nada lo desgarrá gracias á la eterna vagancia de su amo.

De todo esto resulta una exposición de harapos incomparables, una suciedad enorme que sale de lo ordinario y que nos choca y hasta nos admira, porque juzgando á este pueblo con nuestras ideas propias, apreciamos que desdenea los detalles del traje como preocupación indigna de un hombre y de un guerrero.

Al ver aquellos hombretones cubiertos de trapos sin forma ni nombre, con su aspecto grave, su aire majestuoso, aquellos pliegues del vestido que caen con noble armonía, realzando la forma generalmente bella del cuerpo, siéntese el observador asombrado y juzga al hombre según su aspecto, suponiéndole los sentimientos que su actitud revelaría en un europeo, y hallándole severo, imponente y superior, sobreponiéndose á las mezquindades de la vida material, é indiferente á preocupaciones poco elevadas.

Pero en realidad se tiene delante un personaje absolutamente sucio por pereza, que no desdenea nada porque ignora lo que es desdén, incapaz de hacerse cargo de su falta de aseo, noblemente envuelto, porque los pliegues de su traje, de telas espesas, ciñen bien todo lo que revisten, aunque fuese un maniquí.

Tan lisongeros juicios dieron por resultado un sentimentalismo exagerado de los franceses hacia los indígenas, que fué quizás uno de los mayores obstáculos al primer desarrollo de la colonización.

En todas las esquinas, apoyados en todas las pa-

redes, se ven árabes acurrucados. Nada dicen, nada hacen, ni duermen siempre, sus ojazos negros fijos en el vacío, en la nada. El europeo ve quizás en esta mirada el signo de un pensamiento elevado, y deduce que el árabe es un contemplativo, un meditabundo, y lleno de respeto, casi de admiración, suele tratarlo según esta apreciación, quizás falsa, que puede tener malas consecuencias en el trato frecuente del cristiano con el musulmán.

¿Pero qué contempla y en qué medita el árabe callejero? No comprendemos la meditación sin la acción, ni una contemplación sin resultado lógico. Si es posible encontrar en los árabes bien acomodados que han recibido de su familia, además de tradiciones fieles, una instrucción suficiente y sentimientos de cierto valor, nada de esto se encierra ni por asomo en las gentes del pueblo ni aun en la clase media.

Hay que reconocer que no piensan en nada, absolutamente en nada. Este es el secreto de su actitud indiferente.

No falta quien sostenga y afirme que la tristeza del árabe obedece al recuerdo de su libertad perdida y á la esperanza de su emancipación. Este razonamiento, aplicable sin duda al árabe de las tiendas, cuyos abuelos ejercían la jefatura y el poder absoluto ó á aquel cuya familia, rica antes de la conquista y arruinada actualmente, no parece suficientemente sólido al referirse al árabe ignorante y perezoso que no se preocupa de saber quiénes son sus amos, aunque odia al cristiano por espíritu de raza, de religión y de antipatía tradicional.

Además, resultaría sobrehumano el estado de

contemplación continua, y el árabe conserva indefinidamente la misma actitud indiferente, como realizando un bello ideal consistente en no hacer nada y en no decir nada.

Cierta mañana que íbamos á tomar el tren muy temprano para una expedición á las cercanías de Argel, vimos extendidos en la acera, delante de la estación, como una veintena de paquetes largos, parecidos á sacos de patatas. Uno de nosotros pisó por casualidad uno de aquellos paquetes, que se movió, gritó, se levantó y volvió á tenderse. Eran árabes que habían dormido allí al sereno. A nuestro regreso, al mediodía, nos costó poco trabajo reconocerlos, sobre todo al que habíamos incomodado. Habían hecho durante aquellas horas el árduo esfuerzo de levantarse, arrastrarse hasta el muro cercano y seguir durmiendo.

Otro día, subiendo á la *Kasba*, nos fijamos en un viejo que marchaba delante de nosotros con un niño de cinco á seis años de la mano. Cuando llegamos á lo alto, cerca de la prisión civil, el hombre, sentado sobre la hierba, tenía al niño acurrucado entre sus piernas cruzadas, y ni el uno ni el otro hablaban ni se movían. Los contemplamos largo rato sin que hicieran un gesto, ni cambiaran una sola palabra. Algunas horas después el azar nos hizo pasar por el mismo sitio, y con gran sorpresa hallamos al viejo y al niño en la misma postura, en la misma actitud, inmóviles como estinges de granito.

¡Hé ahí la inercia de los árabes! ¡Viven, y esto les basta!

A fuerza de conservar ciertas actitudes de reposo desde hace tantos siglos, parecen haber sufrido

cambios de estructura anatómica que las facilitan. De otro modo no se explica que permanezcan tanto tiempo acurrucados, con la barba escondida entre las piernas, ó tendidos á lo largo con la cabeza apoyada en la pared y en otras posturas parecidas que nosotros no podríamos adoptar ni sostener más que unos cuantos minutos.

La violenta pasión por la inmovilidad de todo su ser, se manifiesta en el árabe desde su más tierna infancia. Es un fenómeno de atavismo, cuyas raíces arrancan del pasado más remoto. Los chiquillos se cobijan, como los hombres, en sus pequeños albornoces y se sientan como ellos en cualquier rincón sin variar de postura.

Nuestras rápidas observaciones y el examen de algunos hechos nos llevan á una conclusión forzosa. El espíritu del árabe se halla tan encogido, tan paralizado como su cuerpo, y desde hace tanto tiempo, que se ha anquilosado y acaso no se levante más. Buena prueba de ello es que la vida de la inteligencia árabe está detenida, que el manantial se ha agotado, y que desde el siglo duodécimo la civilización árabe no produce nada, ni ha añadido nada al tesoro común de la humanidad.

¡Ocho siglos dura ya este sueño no interrumpido!
¡Ocho siglos que el árabe permanece tendido en las calles, recostado contra las paredes, retirado en su morada, sentado sobre cogines, en el embrutecimiento del gineceo y del harem! ¡Ochocientos años sin poesía, sin música, sin teatro, sin ciencias, sin artes, sin letras! ¡Ochocientos años, durante los cuales este pueblo no hace sobre la tierra otra cosa que aguardar la muerte!

Las causas de tal estado de cosas, son sin duda complejas y múltiples. Sin embargo, dos aparecen á primera vista aun para el observador superficial ó el turista ligero. La primera es la religión de Mahoma, cuyas tendencias fatalistas detienen necesariamente todo esfuerzo individual. ¿Para qué sirve pasar trabajos y penas? Lo que está escrito ha de suceder, sin que nada pueda evitarlo.

Tal doctrina había de paralizar necesariamente y detener la vida de sus adeptos, y así ha sucedido. La civilización árabe de antes del islamismo fué quizá más brillante que la que de él naciera. En tiempos de la Guerra Santa, cuando los creyentes, inflamados de fanatismo y de rabia se esparcían por el mundo para inundarlo de sangre, necesitaban obrar y precisaba á su acción el apoyo de cuanto puede sostener una conquista. Debían ser más fuertes que los pueblos vencidos, no solamente por el hierro, sino por la idea. Cultivaban, pues, la ciencia que habían recibido de sus antepasados y que era un agente indispensable, aun bajo el punto de vista material, para la extensión de sus dominios.

Cuando vieron dominado su arranque, cuando el mundo latino puso vallas al *Korán* y el mundo oriental fué definitivamente conquistado, los esfuerzos de la ciencia fatalista no tardaron en dejarse sentir. Los árabes desfallecieron, y el resplandor que había de iluminar el mundo se apagó para siempre.

La segunda parte de la causa del letargo del pueblo árabe se desprende también de la religión, no como resultado de una doctrina aplicada, sino como su consecuencia inmediata. Esta causa, que se com-

prende fácilmente, es la repulsión que inspira al árabe todo contacto con otro pueblo, repulsión que obedeciendo evidentemente á preocupaciones religiosas, ha acabado por penetrar en su sangre.

Es un odio de raza tan antiguo y tan vivo que no hay cruzamiento que logre cambiar los instintos adquiridos é infundir á este pueblo en decadencia una sangre nueva que despertara su energía de su abatimiento.

Ninguna modificación, ningún progreso ha penetrado en el pueblo árabe, que es hoy lo que era ayer, lo mismo en las cosas de la vida intelectual que en los detalles vulgares de la existencia material. Rodeado de adelantos que se han desarrollado ante sus ojos, ni los ha comprendido, ni aceptado, ni ha tomado de ellos una sola idea, un solo procedimiento industrial.

Permanece inmóvil en medio de un mundo nuevo, como un islote en el Océano resiste sin ser destruido el choque eterno de las olas. Los demás pueblos viven y se transforman; él no se agita ni se conmueve, sumido en su pesado sueño como los moradores de los castillos encantados de los cuentos fantásticos.

¿Quién lo despertará, si alguna vez despierta?

En el fondo, los árabes de Argel piden muy poca cosa á sus conquistadores, que desgraciadamente no pueden conceder. Querrian la integridad y la tranquilidad de su último refugio en las ciudades ó en los campos, pagando un alquiler como lo han hecho desde hace tres siglos á los turcos, que como propietarios, eran sin duda peores que los franceses.

Aspiran á vivir tranquilos, según sus gustos, con-

tinuar haciendo lo que sus padres, poseer sin que fiscalicen sus tierras, construir sin que alineen sus calles, viajar sin que sigan sus pasos, nacer sin que los inscriban en el registro, crecer sin que los vacunen, y morir sin que se llene formalidad alguna.

Como compensación de lo que la civilización les ha quitado, reclaman su derecho de ir desnudos, de mendigar en las puertas, dormir al raso, dejar yermos los campos, despreciar el suelo de que los han despojado y huir de una tierra que no les ha protegido. Los que poseen, ocultan y atesoran; los que nada tienen se refugian en su miseria, y de cuantos derechos han perdido quizás el que más les duele es el derecho de resignarse y la independencia de su pobreza.

Lo que detestan de los conquistadores, no es la administración, más equitativa que la de los turcos; la justicia, menos corrompida; la religión más tolerante para con la mujer; no es la industria que podría aprovecharles, ni el comercio que facilitaría sus transacciones, ni tampoco la autoridad, puesto que están acostumbrados á la sumisión y al despotismo. Lo que aborrecen es el cristiano, su vecindad, sus costumbres, su carácter, su traje, su ingenio. Temen hasta sus beneficios; no pudiendo exterminarlo, lo toleran, y no pudiendo huir de él evitan su encuentro y su contacto.

Su principio, su máxima, su método, consiste en desaparecer cuanto sea posible y hacerse olvidar. Sabe callar, cualidad rara que el europeo no suele poseer, y de este modo no necesita demostrar talento. Una de sus máximas es: «La palabra es de plata; el silencio es de oro.»

El árabe ha conservado íntegros sus usos, su traje, sus supersticiones, y el aparato casi completo de su existencia pertinaz en la religión del pasado. Podrán despojarlo completamente, expulsarlo de su último refugio, sin obtener de él nada que signifique el abandono de sí mismo. Lo destruirán antes que hacerlo abdicar, y desaparecerá antes que mezclarse con sus conquistadores.

Entretanto, oprimido por todos lados, empujado, sofocado por una colonia invasora, rodeado de cuarteles y cuerpos de guardia que nada le importan, alejado voluntariamente del curso real de las cosas, indiferente al destino que le preparan, sin comercio, casi sin industria, subsiste en virtud de su inmovilidad propia, en un estado parecido á la ruina, sin que se pueda imaginar si se desespera ó aguarda.

Cualquiera que sea el sentimiento verdadero que oculta la profunda impasibilidad de aquellos pocos millares de hombres desarmados: aislados para siempre entre los franceses, y que existen sólo por tolerancia, les resta un medio de defensa poderoso; son pacientes, y la paciencia árabe es un arma de extraordinario temple, cuyo secreto les pertenece como el de su acero.

Permanecen, pues, allí solos, cual se les ha visto en todo tiempo, en sus calles lóbregas, huyendo del sol, cada vez más alicionados á sus casas cerradas, desdeñando el tráfico, reduciendo sus necesidades, aislándose por precaución contra la multitud, y previniéndose con el silencio contra la invasión de una plaga para ellos tan grande como todas las demás: los importunos. Su ciudad, cuya estructura es el más significativo de sus emblemas, *su ciudad blanca*

les abriga como su albornoz nacional con una cubierta uniforme y grosera. Calles en forma de desfíladero, oscuras y abovedadas; casas sin ventanas, puertas pequeñas y estrechas, tenduchos del aspecto más pobre; mercancías amontonadas y revueltas, como si el mercader temiera enseñarlas; industrias casi sin herramientas, comercios amenudorisoribles y riquezas entre barapos; ningún jardín, ninguna verdura, ni más plantación que alguna parra medio seca ó alguna higuera raquitica, entre los escombros de alguna plazoleta; mezquitas invisibles, baños á donde se llega misteriosamente, una masa confusa y compacta de albañilería, especie de sepulcro donde la existencia se oculta sin alegrías: tal es el extraño retiro donde se extingue un pueblo que no fué tan grande como se supone, pero que fué rico, emprendedor, activo.

El árabe cree vivir en su *ciudad blanca*, pero en realidad está en ella enterrado, sepultado en la inacción que lo destruye, aplastado por el silencio que es su encanto, envuelto en reticencias y muriendo de languidez.

XIX

Moros y moriscas.

Argel es una ciudad árabe habitada por moros: dos pueblos muy parecidos si se les compara con nosotros, abundantes en rasgos de semejanza que sorprenden á primera vista á quien acaba de desembarcar de un país europeo; muy distintos, si se les observa y examina separadamente.

Restituyamos, pues, á cada uno el nombre que le agrada; dejemos el árabe en los campos, bajo sus tiendas y en las aldeas y parajes de su preferencia, y hablemos de los moros.

En Argel los moros componen más de la mitad de la población indígena. El resto está formado por árabes negros, emigrados biskimos ó mozalitas, zurlis y judíos.

Mucho han escrito los historiadores acerca de los moros. ¿De dónde vienen? ¿Quiénes son? ¿A qué familia pertenecen? ¿Son de la raza aborigen? ¿Proceden de los moros de España, refugiados en los estados berberiscos, ó descienden directamente de una invasión árabe anterior á la de los kalifas? ¿Serían.

como suponen muchos autores, un producto resultado de todas las invasiones y no existiría en las venas de este pueblo, de rasgos indecisos, una mezcla de sangre bárbara y de sangre greco-romana?

He aquí una parte exigua de las hipótesis. La cuestión es dudosa y la filiación exacta de los moros está todavía por resolver.

Cualquiera que sea el parentesco de los árabes y de los moros, que se puedan ó no aproximar en su origen, es de todo punto imposible confundirlos, y ellos tienen también empeño en no serlo. Quizás no formen dos razas, pero sí dos ramas, dos familias que sólo tienen común la lengua y la religión, pero que no se parecen ni en el tipo, ni en las costumbres, ni en el temperamento, ni en el carácter, ni en el traje, ni en las cualidades y vicios; tan opuestas en sus intereses, que sin la dominación francesa vivirían como enemigos, no teniendo entonces para unirse entre sí el lazo común de las antipatías y la fraternidad de los rencores.

El uno, es decir, el árabe de los campos, el nómada, es un pueblo todavía feudal de campesinos, guerreros, viajeros, numeroso, grande por su origen, por su historia y por sus costumbres; heroico al modo de Alejandro; como él, aventurero, considerando la guerra como un viaje con armas; padre de una religión que casi dominó al mundo; esparcido hasta los extremos del Oriente, sin ser, hablando con propiedad, amo en ninguna parte; viviendo en países incomparables y llevando siempre marcada en su rostro, como un aire de nobleza, la misma belleza dá su destino.

El otro es un pequeño pueblo de artesanos, ten-

deros, letrados, propietarios, burgueses, un tanto mezquino en sus hábitos, elegante, pero sin grandeza, agradable más bien que hermoso, acomodado, nunca pobre, sin alcanzar jamás lo grande en su lujo ni en su miseria.

Cada cual tiene su orgullo, y sería injuriarles igualmente equivocarse sus nombres como si se tratara de dos individuos consanguíneos. Lo que falta á los moros es precisamente lo que los árabes poseen con exceso, algo que podría llamarse la grandeza, ó como diría un pintor: el estilo, el género. Éste depende probablemente de su persona y también del medio en que viven y en que se les ve. En efecto, todo contribuye á disminuirlos. Sus calles estrechas, sus tiendas casi inhabitables, su vida sedentaria, su costumbre de sentarse á la turca, en vez de tenderse como los árabes, su traje que los viste graciosamente, pero no los envuelve por su escasez de pliegues: pues con su jubón ciñendo el talle, su calzón en forma de falda y su faja, que suelen llevar suelta, es tan difícil que los viejos resulten majestuosos, como que los jóvenes no tengan cierto aire afeminado.

Esta palabra es quizás la más adecuada para definir su carácter, se adapta á sus gustos, precisa sus aptitudes, los resume en lo físico como en lo moral y hasta los juzga.

¿No es, sin duda, propio de los países de gineceos producir una especie de confusión en los sexos y debilitar el uno en relación con la degradación del otro? ¡Cosa bizarra! conforme desaparece de la vida pública, la mujer se manifiesta en el temperamento de la raza, y cuanto menos importancia ex-

terior se le concede, mayor influencia adquiere por la sangre. La desprecian en razón al abuso que de ella hacen. Enclaustrada y ociosa, la asimilan á objetos de lujo y de placer. Pero entonces el hombre la reemplaza, sustituyéndola en ocupaciones que lo rebajan. La mujer se venga rebajando la especie, y la especie sufre el castigo de los errores de la sociedad.

A la inversa del pueblo árabe, que considera la ociosidad como derecho del hombre, el moro es el que trabaja, es decir, el que maneja la aguja. Prepara las lanas, las tiñe, fabrica las telas, cose, confecciona no solamente sus propios vestidos, sino los de su mujer y sus hijos, su calzado, sus joyas, sus toilettes. El sólo posee el arte de la pasamanería y del bordado, sabe combinar los colores y cruzar la seda con los hilos de oro. Tiene sus telares, sus devanaderas, sus bobinas, sus madejas, sus ovillos, sus tijeras, todo un arsenal de instrumentos extraños en sus manos y que lo hacen despreciable para sus vecinos apasionados del sable.

En vez de la fuerza que le falta posee la habilidad, la destreza de los dedos, la delicadeza y la gracia; es inteligente, calculador y dócil.

Sin embargo, su actividad no llega á ser excesiva. Tan indolente en su taller como indiferente en su tienda; tan poco diligente para coser como poco diligente para vender, considera el comercio y la industria como pasatiempos, y el trabajo más bien como medio de entretener sus ocios que de ocupar su vida, como distracción del reposo fastidioso.

Los moros son poco aficionados á caballos; rara vez los poseen, y los manejan mal. Su aspecto in-

significante se despega del pesado equipo del caballo árabe, pues se necesita ser muy buen jinete y aprestos guerreros para ocupar dignamente la silla de alto respaldo y calzar los estribos turcos.

Usan la sandalia negra de cuero propia de las gentes que van á pie y que andan poco, calcetas en invierno y nunca botas. Por la noche suelen encontrarse algunos de los más ricos, dirigiéndose á sus jardines cabalgando sobre mulas, sentados en sillas anchas y planas, tapizadas como literas y gobernando su montura por medio de varas, sin servirse de las riendas ni de los talones.

Y, detalle desconocido para los árabes, muchos moros ancianos usan gafas. Son los que se ocupan en contar dinero, los escribas, maestros de escuela, ó sea los *tolbas*, gentes á quienes se vé escribiendo con una caña en pedacillos cuadrados de papel que sostienen en la mano izquierda, y cuyo largo tintero de cobre asoma en un pliegue de la faja, debajo del corazón y en el sitio donde las gentes de guerra llevan el puñal.

El escritorio, el estilete de caña, unos pliegos de papel, un viejo *Korán* manuscrito que pocas gentes leen y menos entienden: he aquí todo lo que recuerda las letras, y esto basta para distinguir los moros de los árabes menos letrados todavía. El verdadero pueblo lee poco y escribe menos; reza, cose, fuma, sueña, mira y habla mientras trabaja con los dedos. Pasa en la sombra y en la humedad de los bazares los días largos que las gentes de su misma raza emplean fuera de sus casas. Para ellos el bazar representa á la vez el taller y la plaza pública, y cada cual se halla en su casa y en la de todos.

Hay allí cafés, esencias, flores y pájaros. De los tejadillos de las tiendas penden jaulas de caña donde cantan ruiseñores sonoros; y debajo de las jaulas, sentados en bancos, se ven muchachos con bordados sobre sus rodillas, madejas de sedas é hilillos de oro sujetos detrás de la oreja, limpios, de rostros de color de ambar pálido, poco vestidos, pues llevan cuello, brazos y piernas desnudos, con chaquetillas de colores bien elegidos, fajas que varían del rojo al rosa más vivo y calzones blancos cuyos múltiples pliegues se abren y ensanchan cuando están sentados, actitudes elegantes en el reposo y en el trabajo, mucha languidez en la mirada, á veces teñidos los párpados, y flores colocadas cerca de la mejilla. Fuman tabaco olorífero, el *tekruri*, ó sea la hoja de cáñamo picada, conocida más bien bajo el nombre de *haschich*, á lo que ellos llaman hacer el kiff, que significa propiamente el reposo del bienestar llevado á la embriaguez producida por cualquier bebida ó cualquier humo narcotizador.

Significa también el efecto del sorbete y de la pipa, y por abuso de palabra suele aplicarse al objeto mismo que produce el efecto.

La afición al *haschich* es entre los moros compañera fiel de la pasión por los pájaros. Sobre todo en Constantina, y también en Argel, cada fumador de kiff posee por lo menos un ruiseñor.

En el Africa septentrional y en Marruecos suelen dar el nombre de moros á los indígenas habitantes de las ciudades y especialmente del litoral. Pero en las generaciones que se han transcrito este nombre hay más bien tradición de residencia, de costumbres y de intereses que de sangre.

En el aspecto, en las maneras y en la arrogancia de algunos moros muy contados suelen observarse los vestigios del antiguo esplendor adquirido por sus ascendientes en España.

Generalmente tienen la piel más blanca, el rostro más lleno, la nariz menos aguda, el perfil menos anguloso, el cabello más fino y todos los rasgos de la fisonomía menos acentuados que los árabes, de entre los cuales se reclutaron muchos de ellos, efectos naturales de su estancia en las ciudades.

En Argel los orígenes berberes, españoles y árabes, dividen la raza de moros, que desaparece poco á poco al contacto de los franceses, cuya presencia ha hecho obscurecer la vida material, disminuyendo al mismo tiempo los ingresos anteriores producidos por la propiedad de tierras y casas en la industria y en el comercio.

Muchos moros tienen en sus venas sangre europea ó asiática por consecuencia de la conversión al Islamismo de cantores y aventureros españoles, italianos, griegos y circasianos. Todavía se encuentran grupos, designados bajo el nombre de *Andalus*, en memoria de la estancia de sus padres en Andalucía, que muestran con orgullo melancólico las llaves de sus casas de Córdoba y Granada.

Religiosos en extremo, cumplen exactamente todas las prácticas impuestas por el Korán. Cuando suena la hora de la oración se prosternan en cualquier parte donde se hallen, y rezan con el mayor fervor, haciendo todas las reverencias marcadas y besando el suelo, sin cuidarse para nada de las miradas curiosas de cuantos los rodean.

Sus mujeres, llamadas *Morisca*s, son blancas y de

singular belleza. Por sus alianzas con los Tolvas nació la familia de los *Kuluglis* en las tres antiguas regencias de Argelia, Túnez y Trípoli.

Bajo el nombre de Moriscas se designan actualmente las mujeres indígenas que habitan las principales ciudades argelinas, siendo muy pocas las que verdaderamente descienden de antiguas familias emigradas de España. Son en su mayor parte de muy diversos orígenes, debiendo su nombre al traje que ostentan.

Precisamente su traje les ha valido la fama de hermosas que se les atribuye, y que en general no merecen. El pantalón y jubón bordado hacen principal papel en su existencia, y no se comprende fácilmente cómo algunas consienten en cambiar de vez en cuando su traje oriental por las galas europeas.

Nada hay en su aspecto que justifique su representación de belleza; las imperfecciones de sus formas, aunque ocultas por la amplitud del sameil (pantalón anchísimo), por la faja y por el corpiño, las hacen resaltar más sensiblemente, gracias á su gordura, al parecer muy estimada por los moros que la consideran como encanto superior á la belleza del rostro y á la regularidad de las facciones. Pero que á nuestros ojos las hace aparecer muy poco graciosas.

Para agradar á sus esposos y dueños, estas mujeres no saben qué inventar para engruesar; si para conseguir su objeto no basta la vida del haren ociosa y sedentaria, recurren á alimentos farináceos y á manjares tan poco apetitosos como escarabajos, usados también por las mujeres egipcias que se hallan en el mismo caso.

Generalmente estas moriscas del *forniente* en-

gruesan hasta el punto de adquirir formas tan exuberantes que llegan á entorpecer sus movimientos dando á su andar habitual un aire parecido al paso de los patos de corral. Por una afectación de maneras, las mujeres que no logran proporcionarse los inconvenientes físicos propios de tal modo de andar no tardan en adoptar el aspecto de las otras; esto les sirve para diferenciarse de las mujeres de las clases bajas, cuyos movimientos son ágiles y naturales.

La verdadera morisca, la que ha conservado el tipo de sus antepasados, suele ser muy bonita en su juventud; es bella y bien formada, posee esa cabeza encantadora tantas veces celebrada en todos los tonos por los poetas orientales.

Pero todas estas gracias desaparecen pronto bajo el régimen enérgico de que antes hemos hablado, y de tan seductora persona sólo quedan formas pesadas y groseras, que para ellas son sus más irresistibles atractivos.

La morisca que se encuentra á menudo en los barrios escéntricos de las ciudades es de la clase más ordinaria, vulgar en sus maneras, con sus formas groseras y sus rasgos pronunciados, en nada se parece á la morisca de raza, y si alcanza algún mérito á los ojos de los que se hacen ilusiones acerca de su hermosura, es ciertamente debido á su traje, á sus costumbres ligeras y al abandono de sus maneras.

Su existencia es de las más insignificantes. Pasan el tiempo en el reposo, en el baño ó en el tocador, y su inteligencia, muy poco desarrollada, se resiente más con tal género de vida, no siendo ex-

traño que en tales condiciones no se rebelen contra el yugo que las costumbres y los usos les imponen.

De entre las moriscas se recogen siempre las bailarinas y cantoras indispensables en las fantasías y en todas las fiestas árabes. Las que poseen tal talento, se ven muy miradas y agasajadas, ganando á menudo fuertes sumas en ferias y mercados.

La morisca envejece pronto, en razón á su precocidad; de niña no goza de ninguna de las ventajas concedidas á los muchachos, y no se le enseña absolutamente nada, pues para los musulmanes la mujer es una cosa, un objeto, un mueble que se posee y que no debe pensar ni obrar. Si es de familia pobre, se ve de continuo maltratada y sucumbe víctima de tantas fatigas; si pertenece á una familia acomodada, vive relegada al olvido en un rincón al cuidado de una sirvienta negra, y su aspiración constante es la libertad.

Pobre, su único deseo es escaparse del hogar paterno para entregarse á la prostitución, en el caso de que sus padres no la hayan ya vendido. Rica, come, crece, se casa, sin más objeto que la coqueteoría y las intrigas de la vida del harén.

Su traje de casa se compone de zalihualmes, una camisa de gasa con manga corta, pasando apenas de la cintura, y de un pantalón *sermual* de calicote blanco ó de indiana, ancho, bufado, sujeto más abajo de la rodilla, las piernas desnudas y los pies calzados con babuchas. Este traje de interior suele completarse con un jubón, á modo de corsé, ó con un corpiño de tela de seda bordada en oro.

Cuando usa el jubón anuda sobre las caderas

una tela de seda rayada llamada *futa* cayendo hasta el suelo, y rodea su cintura con una faja de seda ó de oro, cuyas puntas caen por delante.

A la cabeza lleva un pañuelo de seda de colores fuertes ó el casquete bordado de pesada borla, cayendo sobre uno de los hombros.

Para salir conserva solamente el jubón, el corpiño y el calzón, ata detrás de la cabeza un pañuelo que le tapa la cara dejando ver solo los ojos, y envuelve su cuerpo en el haik, pieza de lana de género fino y ligero que de lejos le da apariencia de un paquete de lienzo.

Las moriscas como las kaloias y en general todas las mujeres del litoral berberisco, se adornan parte del cuerpo con tatuajes fijos y variables. Además del *kohol* aplicado alrededor del ojo para agrandarlo, emplean el polvo de antimonio para trazar en la frente y en la barba signos simétricos y lunares esparcidos por el rostro. Estas señales de un color negro azulado duran cinco ó seis días, otras se conservan eternamente sin que las borre el polvo colorante de la hoja de hemne, tintura rojo naranja usada como en Persia y en Indostan, para teñir las uñas y las palmas de la mano. Las cortesanas se coloran las plantas de los piés, las uñas del pulgar y los tobillos.

Como las mujeres árabes, las moriscas se adornan con abundantes joyas. Sus collares, brazaletes y diademas son muy originales y, aunque de fabricación grosera, combinados con singular gusto y riqueza. Los collares más apreciados son los de monedas de oro: representan generalmente la fortuna de su propietaria y sirven de reclamo á sus admiradores.

XX

El Korán.

El Korán es un conjunto informe é incoherente de preceptos morales, religiosos, civiles y políticos, mezclados con exhortaciones, promesas y amenazas relativas á la vida futura, y de relatos tomados más ó menos fielmente de la antigüedad bíblica, de las tradiciones árabes y de la historia de los primeros siglos del cristianismo.

También contiene alusiones á acontecimientos contemporáneos, á los esfuerzos de la nueva religión para conquistar el ascendiente sobre el culto idólatra, y á las luchas encarnizadas que sostuvo para conseguirlo; pero estas alusiones están concebidas en términos tan generales y vagos, que sería difícil comprender muchas veces su sentido sin el auxilio de los comentadores del Korán y las noticias históricas sobre la fundación del islamismo.

La palabra *Korán* significa lectura, recitación; los musulmanes le aplican los títulos de *Libro de Dios*, *Palabra divina*, *Distinción*, *Volumen*.

El capítulo XII, versículo 2 dice: «*Jó hemos hecho*

descender en lengua árabe para que lo comprendáis mejor.»

El capítulo XIII, versículo 37: «*Te hemos revelado este KORÁN para que sea un código en lengua árabe;*» y el versículo 107 del capítulo XVII: «*Hemos dividido el KORÁN en secciones para que lo recites poco á poco á los hombres.»*

El Korán consta de 134 suratess (capítulos) divididos en 5.239 versículos. A la cabeza de todos los capítulos—excepto el IX—se lee la invocación siguiente: «*En el nombre de Dios clemente y misericordioso.»*

Los *tolbas* (sabios letrados) lo aprenden de memoria, y se esfuerzan en recitarlo del principio al fin y del fin al principio, operación comparable con la de aprender á recitar el código.

Hé aquí cómo define Mahoma la religión de que es fundador:

«*Mi religión es la de Abraham, que creyó en la unidad de Dios, y negó el incienso á los ídolos; es la doctrina de Ismael, Isaac, Jacob, Moisés, Job y David, de las doce tribus, de los profetas y del mismo Jesús, el Verbo de Dios, pero no hijo de Dios.»*

«*La religión de Dios es el Islam, que significa la resignación á la voluntad de Dios.»*

Los principios fundamentales del islamismo, resumidos en pocas palabras, són: unidad absoluta de Dios, rechazando la Trinidad y negando que Jesús sea el hijo de Dios; el Espíritu Santo es el ángel Gabriel; los ángeles son mensajeros de Dios, que morirán como todas las demás criaturas para resucitar cuando suene la trompeta del juicio final; sin la creencia en un solo Dios Todopoderoso y en

la vida eterna no hay salvación posible; el infierno será el castigo de los réprobos, pero sus penas no serán eternas si Dios lo dispone así; existe el purgatorio, y para los buenos, el Paraíso con sus goces eternos.

Para satisfacer las aspiraciones del hombre más allá de la tumba, Mahoma le presenta risueños horizontes. La esperanza sostiene el velo que oculta á nuestra mirada inquieta el misterio terrible del porvenir. Las imágenes de que se vale el Profeta para pintar las felicidades que nos aguardan al lado de Dios, son vigorosas y despiertan ideas de placeres sensuales.

Mahoma quiso, sin duda, que en el terrible instante en que el alma se separa de su envoltura material, la confianza en la bondad divina sirviera de consuelo bienhechor al hombre sobrecogido y angustiado.

Los encantos del Edén están descritos minuciosamente en varios pasajes de Korán.

Es un delicioso conjunto de jardines, siempre verdes y frondosos plantados de viñas, palmeras y granados, cuyas sabrosas frutas caerán á los piés de los elegidos. Por todas partes corren abundantes manantiales de límpidas y frescas aguas.

Los buenos creyentes permanecerán reclinados sobre blandos tapices y cojines de brocados y sedas al rededor del trono del altísimo, revestidos de telas brillantes de raso y de seda verde—color predilecto de los mahometanos—sin que sientan los calores abrasadores ni los fríos glaciales, y se adornarán con brazaletes de oro y pedrería.

Hermosos mancebos, resplandecientes como pie-

dras preciosas, les servirán en copas de plata dulcísimas bebidas que no ofuscarán su razón ni les causarán embriaguez.

Los fieles servidores de Dios tendrán á su disposición mujeres eternamente vírgenes, jóvenes y puras, de hermosos ojos negros, parecidas á perlas, al jacinto y al coral, de mirada dulce y apasionada y de tinte semejante al de los huevos de avestruz conservados cuidadosamente (La tez de estas bellas es comparada á la de los huevos de avestruz por su color blanco, mezclado de un tinte paja que constituye la más bella carnación, y que, como á los huevos escondidos en la arena, no los mancha el aire ni el polvo.)

Las promesas, repetidas de manantiales abundantes y frescos, de jardines y praderas deliciosas y de mujeres siempre jóvenes y bellas, eran las más á propósito para atraer á un pueblo tan sensual como el árabe y el colmo de la felicidad para hombres quemados constantemente por el sol, rodeados de llanuras y montañas áridas, escasos de agua, y que, considerando á la mujer como principal objeto de placer, sólo gozaban de sus encantos durante el corto período de la existencia.

El Korán removi6 el mundo dando vida á una religión que cuenta cien millones de adeptos y no cesa de extenderse por Oriente y por el interior de Africa, porque todos los pueblos diseminados desde el Eufrates al Atlántico tienen el mismo genio y las mismas pasiones: la poesía, el amor, la esperanza y la fe.

La predestinación y el fatalismo aparecen inscritas en el *Korán* bajo diferentes formas, entre otras:

«El alma viviente no muere sin permiso de Dios y según el libro eterno de los decretos divinos, en el que el destino y el término de la vida de cada sér está marcado con anticipación.»—(Cap. III, versículo 139.)

«Cuando lanzas una flecha, no eres tú quien la lanza, sino Dios, para poner á prueba á los fieles.»—(Capítulo VIII, vers. 17.)

«¿Ignoran los creyentes que Dios podría guiar todos los hombres por el camino recto si quisiera?»—(Capítulo VIII, vers. 30.)

«Dios estravía á quien quiere y salva á sus elegidos.»—(Cap. XXXV, vers. 9.)

«Ninguna calamidad cae sobre la tierra ó sobre nuestras personas sin que estuviera inscrita en el Libro antes que fueran causadas.»—(Cap. XLVII, versículo 22.)

«El elegido y el réprobo están predestinados á la dicha ó á la desgracia cuando se hallan aún en el seno de su madre.»

Sin embargo, los ulemas, apoyándose en otro versículo: «El bien viene de Dios, el mal de tí mismo,» han defendido constantemente el libre albedrío.

No es ocasión oportuna de extenderse en consideraciones sobre el valor del *Korán*, considerado como sistema religioso, como código sagrado, fuente de la legislación musulmana, ó como producto del espíritu, que pueden entrar en paralelo con las Escrituras del Viejo y del Nuevo Testamento.

Es un código de libertad, de moral y de fraternidad que reconoce y consagra todos los preceptos morales de los otros pueblos, pero sin referirse en

términos tan positivos como el cristianismo, á toda la raza humana.

Si se considera que el pueblo árabe de tiempos de Mahoma, en contacto continuo con el judaismo y y con el cristianismo, no se dejó conquistar por estas dos religiones tan poderosas en el resto del mundo, se deduce que el culto formulado por Mahoma era el que mejor se adaptaba al carácter de aquel pueblo inaccesible á otra acción civilizadora.

Los pueblos aceptaron el *Korán* porque las doctrinas que enseña son sencillas, buenas y consoladoras y no contienen ninguna de las ideas escabrosas que ofuscan la razón. Las siguen fielmente porque en ellas encuentran la paz del espíritu juntamente con la fe.

Los musulmanes desconocen esos sistemas filosóficos en lucha perpétua, vencidos para nacer de nuevo, sin que ninguno logre sentar verdad alguna ajena á toda controversia.

Prefieren su vida llena de poesía, de indiferencia y de fe, á las inquietudes, las dudas, las teorías variables y sistemas abstractos que convierten nuestra ciencia filosófica y religiosa en una tela de Penélope, condenada á renacer constantemente y á no llegar jamás á su término.

Mahoma no combate la razón. Teólogo y Profeta, no se ocupa de ella. La razón, en el sentido moderno de la palabra, que significa crítica, no existe para el Profeta, aunque respeta el sentido común, la razón natural.

El *Korán* considera al hombre bajo el triple aspecto de la moral individual, social y religiosa.

«El musulmán debe tener siempre ante sus ojos

la necesidad de dar una buena dirección á su inteligencia y á sus facultades espirituales.»

«Debe conservar y cuidar su cuerpo, y le está prohibido atentar á su vida.»—(Cap. IV, vers. 33.)

«Hay que socorrer á padres, parientes, huérfanos, pobres y caminantes, y ser tolerantes é indulgentes para con el prójimo.»—(Cap. VI, vers. 211.)

La calumnia, el robo, la violencia, el asesinato, están prohibidos severamente.

El musulmán no debe obediencia más que á los musulmanes. Sus deberes para con el Estado se confunden con sus deberes religiosos. Los musulmanes deben amar, servir y temer á Dios, pero Mahoma trata de irrespetuosos á los que osan dar el nombre de padre al creador del universo.

Tal es la moral del Evangelio, y sin embargo, las gentes que practican el islamismo son embusteros, crueles, ladrones, fanáticos, egoistas, roídos por los vicios é incapaces de cualquier virtud. Los principios de humanidad, de tolerancia, de perdón de las ofensas y de verdad en los actos de la vida consignados en el precioso Libro, han quedado en la práctica como teorías abstractas.

Los pueblos que aceptaron el islamismo le impusieron sus pasiones deduciendo el fatalismo, la intolerancia, el fanatismo, y junto á las precripciones más austeras, han sabido descubrir estímulos para el sensualismo de las sectas más corrompidas. Estas naciones que han desvirtuado el islamismo, pertenecen en efecto á las razas más indomables, á las que han resistido al brillo de la civilización romana, al cristianismo y al ideal que hizo reinar sobre la humanidad.

Pero la inferioridad de las razas autóctonas no es la única causa de la impotencia en que se halla el islamismo en su lucha contra las pasiones humanas. La falta de disciplina, la absoluta independencia concedida á la conciencia, la moral independiente de toda sanción material visible, condenan al islamismo á permanecer como ideal sublime en las esferas de la teoría pura. En efecto, los musulmanes limitan sus deberes religiosos al cumplimiento de prácticas materiales, sin buscar de modo alguno el progreso moral, la depuración de la conciencia, en una palabra, la realización en la práctica diaria de los elevados principios que forman la base de su religión.

El cristianismo combate los goces sensuales; el islamismo ha hecho de estos goces un medio de mantener los pueblos fieles á sus dogmas. El Profeta tuvo sucesivamente doce mujeres, y sintiendo acercarse la muerte, quiso exhalar su último suspiro en los brazos de Aicha, su esposa amada.

Los pueblos africanos rechazaron constantemente las doctrinas de castidad, de ascetismo y de desprendimiento, predicadas por los misioneros católicos, mientras se arrojaban sin vacilar en brazos del islamismo que no les exigía más que una fórmula de oración sin pretender modificar su naturaleza grosera y sensual y su espíritu egoísta y astuto.

Bajo el punto de vista histórico, la conversión al islamismo de cerca de cien millones de sectarios en menos de un siglo, es uno de esos hechos difíciles de explicarse, no teniendo en cuenta que el arrianismo había preparado el camino; y se recordará que los pueblos orientales, asombrados de haberse

dejado sorprender por el cristianismo, pedían con todas sus fuerzas una reacción. Esta doctrina sencilla, sin prestigios y sin milagros, no tardó en apoderarse de los espíritus, que la adoptaron con ardor.

Todavía hoy, aunque el movimiento religioso se haya parado, el islamismo se mantiene lleno de savia y de amenazas provocativas para la civilización europea. En Argelia el sentimiento nacional se ha escondido bajo el manto de la religión, y en todo el mundo musulmán el odio á los cristianos es un signo de alianza y de solidaridad.

Tomado en su esencia más levantada, el *Korán* no es incompatible con la civilización. La historia prueba que en Siria, en Egipto, en España y hasta en el Norte de Africa, el *Korán* y la lengua árabe han dado singular brillo al progreso.

Viardot, en su *Estudio sobre el Korán*, define así la obra de Mahoma:

«El carácter distintivo de la obra cumplida por Mahoma, como Profeta y conquistador, es la unidad: unidad de Dios, unidad de ley, unidad de poder.

»Fundando al mismo tiempo una religión y un imperio, operó la unión íntima del culto y del gobierno. Tal unión domina todas las instituciones de su pueblo. Mahoma, pontífice, legislador y rey, su ley fué igualmente civil, religiosa y política, y como las tablas de Moisés para los judíos, el *Korán* fué á la vez la Biblia, el Código, la Carta de los musulmanes. Añadamos que como Profeta se atribuyó la infalibilidad.

»Toda nueva ley es una novación, toda innova-

«ción un extravío, y todo extravío conduce al fuego eterno.»

El *Korán* es para los musulmanes el libro de los libros. Abraza todas las relaciones de la vida política, civil y religiosa; todo lo reglamenta: desde la conciencia de los individuos, á los deberes del Estado; desde el gobierno de las naciones, á los detalles del matrimonio.

Varios pasajes del sagrado libro consignan como gran pecado decir que Jesús es hijo de Dios, y condenan enérgicamente á los cristianos por mantener esta creencia, que califican de gran mentira, como asimismo tienen por falso el dogma de la Trinidad, y amenazan con el fuego eterno á quien dude de la unidad de Dios.

El Mesías, hijo de María, es para los musulmanes solamente un apóstol á quien reveló Dios el Evangelio para que lo predicara á los hombres.

Pero apesar de la persecución que Mahoma recomienda eficazmente á los infieles, el Korán contiene los dos versículos siguientes en el Cap V, que merecen citarse:

«Reconocerás que los que alimentan el odio más violento contra los infieles son los judíos y los idólatras, y los que parecen más dispuestos á amar á los fieles son los hombres cristianos; es porque tienen monjes y sacerdotes y carecen de orgullo.

»Cuando escuchan los versículos del Korán verás cómo sale de sus ojos copioso llanto, pues han reconocido la verdad.»

El primer capítulo del Koran lleva por título *fatiha* (principio) y también lo designan con los nombres de *el esencial*, *el de las alabanzas*, *el complementa-*

de los demás, el remedio, la salvación, el tesoro. Los musulmanes recitan sus siete versículos más á menudo que los demás y lo consideran como oración de milagroso poder.

He aquí la traducción literal de este capítulo, que puede considerarse como el Padre nuestro musulmán, aunque dista mucho del sentimiento conmovedor que contiene el que enseñó á sus discípulos el Redentor de los hombres, repetido por el mundo cristiano desde hace dos mil años:

»I.—Alabanzas á Dios Señor del Universo.

»II.—El Clemente, el Misericordioso.

»III.—Soberano y árbitro el día del juicio final.

»IV.—A ti te aclamamos y acudimos implorando socorro.

»V.—Dirígenos por el camino recto (el islamismo.)

»VI.—Por la senda de aquellos que colmaste de beneficios.

»VII.—Y no por la senda de los que incurrieron en tu cólera y se extraviaron.

Después del último versículo los musulmanes dicen *amin* (amén), costumbre tomada de estas palabras de Mahoma: «Gabriel me ha enseñado á decir amén cuando concluya de recitar la *fatíha*.»

Abundan en el *Korán* los pasajes relativos al juicio final, á la vida eterna, á la resurrección, á la bondad y poder de Dios, á las penas del infierno, á los actos de fe, á las obras piadosas y á la práctica de las virtudes, y al respeto y cariño que los buenos creyentes han de profesar á sus padres.

También se dictan en él reglas sobre las prácticas religiosas, sobre el matrimonio y el divorcio, so-

bre las herencias, testamentos y pago de impuestos.

Hay versículos referentes al robo, al asesinato, á las represalias, á la pena del talión, á la usura, á la creación del mundo, á los vientos y á los astros, á los demonios y á los ángeles, y repetidamente se alude á Abraham, á Moisés, á José, á los profetas, á Jesús y á María.

Reproducimos los versículos siguientes, por parecernos en extremo curiosos:

«Te interrogarán sobre el vino y el juego; contéstales que en uno y otro encuentra el hombre goces y ventajas, pero en ambos el daño es superior á los beneficios que proporcionan. Son abominaciones inventadas por Satanás para perder á los buenos creyentes.» (Capítulo II, versículo 216.)

«Os está prohibido comer animales muertos, sangre, carne de puerco y todo animal que no se haya sacrificado invocando el nombre de Dios.» (Capítulo II, versículo 168.)

«¡Oh creyentes! No entreis en casa ajena sin pedir permiso y sin saludar deseando buena salud en nombre de Dios.» (Capítulo XIV, versículo 27.)

«No hagais muecas ni gestos desdeñosos, que Dios no ama á los hombres orgullosos, presuntuosos, ni altivos.»

«Procura moderar tus movimientos y bajar la voz, pues la voz más desagradable es la del asno.»

Solamente tres personajes contemporáneos de Mahoma son mencionados en el *Korán*, aunque muy á la ligera, y aun el mismo Profeta no figura sino como á modo de apóstrofe dirigido por Dios, resultando que el sagrado libro, apenas ofrece detalles

de la vida y de la persona del fundador del islamismo, particularidad perfectamente de acuerdo con el carácter universalmente reconocido del *Korán* que es la palabra divina revelada á Mahoma y transmitida por su boca al pueblo árabe.

Al citar un pasaje del *Korán* el musulmán no dice: «Mahoma lo dijo,» sino «el Todopoderoso» y naturalmente no había de revelar á los conciudadanos del Profeta detalles de su origen, de su familia y de los incidentes de su vida.

Este silencio del Libro está compensado sobradamente por la tradición, pues los compañeros del Profeta, sus auxiliares y sectarios que se expatriaron por la causa del nuevo culto, cuantos siguieron á Mahoma y sus descendientes, todos consideraron como un deber conservar fielmente y transmitir á sus descendientes los detalles más insignificantes de la vida de su apóstol, legislador y jefe espiritual y temporal.

El nombre Mahoma, en árabe Mohammed, significa el glorioso, el glorificado, y fué el primer árabe que lo usó.

Un extracto, por reducido que fuera, de la vida del Profeta y del nacimiento y propaganda del islamismo, uno de los hechos más extraordinarios en los anales de la humanidad, nos apartaría demasiado de la índole de este libro.

Sólo consignaremos que Mahoma era de talla regular, bien formado y robusto, de ojos y pelo negro, nariz aguileña, mejillas sonrosadas, y los dientes un poco separados; en su edad avanzada, apenas se le veían algunos cabellos blancos, y acostumbraba á teñirse los según el uso de los árabes,

como asimismo pintarse las uñas con *hemna* y darse colirio, *kohol*, en los párpados. Se complacía en mirarse á un espejo ó en una zafra llena de agua para arreglarse su turbante verde, signo distintivo de sus descendientes.

Sus gustos están consignados en estas palabras:

«Las cosas que más amo en el mundo, son las mujeres y los perfumes, pero lo que reconforta mi alma es la oración.»

Una expresión marcada de bondad y de afabilidad realzaba su aspecto simpático. Nunca se separaba el primero de quien se le acercaba, ni retiraba su mano antes que lo hiciera quien se la apretaba. En uno de los capítulos del *Korán* se dirige una fuerte reprimenda por haber recibido con malos modos á un pobre; pero tuvo buen cuidado de precaverse contra las groserías é importunidades de sus conciudadanos con pasajes del *Korán* que enseñan la urbanidad y la política.

La tradición ha conservado muchos rasgos de la vida de Mahoma que lo pintan como hombre muy humano, muy benévolo y muy paciente para sufrir los insultos y las injurias que sus enemigos le prodigaron durante su azarosa existencia.

Murió en el año XI de la Egira (632 de J. C.), á la edad de sesenta y cuatro años, habiendo tenido quince mujeres y nueve hijos, uno varón de la primera, y cuatro varones y cuatro hembras de la segunda, *Khadidja*; pero sólo vivieron las cuatro hijas.

Las nueve esposas que le sobrevivieron, no volvieron á casarse, pues en un versículo del *Korán* se prohíbe á los creyentes contraer matrimonio con las que fueron esposas ó esclavas del Profeta.

Aunque el número de mujeres no puede ser mayor de cuatro, además de las esclavas, para todo musulmán, Mahoma tenía á su muerte nueve esposas legítimas además de las esclavas, pero este privilegio que se atribuyó como jefe espiritual y como Profeta, está sancionado en estos términos en el capítulo XXIII, versículos 49, 50, y 51:

«¡Oh Profeta! Te será permitido casarte con las
» mujeres que dotares, las cautivas que Dios hiciera
» caer en tus manos, las hijas de tus tíos y tías ma-
» ternos y paternos que huyeran contigo, y toda mu-
» jer fiel que se hubiere entregado al Profeta si quie-
» re hacerla su esposa. Es una prerrogativa que te
» concedemos sobre los demás creyentes.»

«Podrás dar promesa de casamiento y recibir en
» tu lecho á cuantas quieras, y á la que desees de
» nuevo después de haberla abandonado. No serás
» culpable obrando así.»

Los historiadores de Mahoma no se han puesto de acuerdo sobre el punto de si sabía ó no leer y escribir, pues los pasajes del Korán que á ello se refieren están en frecuente contradicción.

En cuanto á la instrucción tal cual existía en aquella época entre los judíos y los cristianos, apenas la había recibido, y no conocía las Escrituras más que en fragmentos oídos en conversaciones y relatos imperfectos. Así se explica que algunas historias bíblicas reproducidas en el Korán estén desfiguradas y confusas, y que lo falso y apócrifo aparezca mezclado con lo verdadero y auténtico. Por lo demás, el mismo Mahoma reconoce su falta de ilustración é ignorancia; pero tal confesión no impidió que sus compañeros, y las generaciones sucesi-

vas, le atribuyeran el don de leer en el porvenir y de hacer milagros que calculan en más de un millar.

El *Korán*, tal cual ha llegado á nosotros, es la reproducción tan exacta como posible del ejemplar original confiado por el primer califa Abubekr al cuidado de *Hafsa*, una de las viudas de Mahoma.

En una sangrienta batalla librada contra el falso profeta Mocailama, el mismo año de la muerte de Mahoma, perecieron más de seiscientos de sus compañeros, en cuyo número se encontraban no pocos *kurra*—lectores del Korán—y muchos de los llamados portadores del *Korán* que sabían de memoria el libro sagrado, no solamente por haberlo leído sino por haberlo escuchado de los labios del mismo Profeta.

Temiendo Abubekr que se extraviara el libro sagrado, encargó á una asamblea de los lectores y compañeros más instruidos que recogieran todos los fragmentos del libro y formaran un volumen. Este conjunto de las partes dispersas del Korán lleva señales evidentes de manos distintas á las del Profeta, y al observar la falta de cohesión y de orden cronológico de algunos capítulos y la confusión de algunos relatos referentes á sucesos de actualidad histórica, parecería que el Korán no existía como libro en tiempos de Mahoma, y, sin embargo, Mahoma lo llama así en diferentes pasajes, y especialmente en los capítulos X y XII se habla del Korán y de sus capítulos, como de un todo y de una parte, lo que haría suponer que Mahoma había introducido en él algún orden.

Pero los musulmanes, sin preocuparse por estas consideraciones que dan lugar á controversias y co-

mentarios entre críticos y aficionados á estudios sobre el islamismo y su Profeta, profesan al sagrado libro la más profunda veneración. No lo abren sin grandes muestras de respeto; lo leen, lo citan y lo aplican sin cesar y escriben versículos en los muros de sus monumentos, en las paredes de sus casas, en las cúpulas de sus mezquitas, considerándolo como guía de sus actos y regla de su vida.

Unos lo han representado unas veces como código de moral y de mausedumbre y otras como compendio malsano de las herejías griegas y de los libelos que los judíos escribían contra el cristianismo. Otros lo han hecho responsable de los crímenes innumerales, de los desórdenes sensuales y sanguinarios á la vez que nos presenta la historia de las diversas dinastías de los califas, de las destrucciones bárbaras, de los asesinatos y de las carnicerías llevadas á cabo por sus sectarios.

Pero hay que pensar que aun cuando el *Korán* no haya inspirado tales catástrofes, quizás fuera su causa, y que el espíritu de las masas cuyos pensamientos inspira, está aún imbuído de un fanatismo peligroso en extremo para la civilización.

XXI

Prácticas religiosas musulmanas.

Como hemos dicho en el capítulo anterior, el islamismo ha sido infecundo bajo el punto de vista moral. Las ideas del deber, la creencia de lo justo y de lo injusto, el discernimiento de lo verdadero y de lo falso son tan confusos, tan dudosos en el espíritu de los pueblos que practican el islamismo, que habría que suponer que no existen, si la conciencia pudiera morir.

Por el contrario, los musulmanes se muestran muy aficionados á las prácticas externas, justificando las palabras de Montesquieu: «Cuantas más prácticas externas tiene una religión, más fieles se conservan sus sectarios.»

He aquí de qué modo explica las prácticas religiosas la ley tradicional musulmana:

«Las prácticas externas del islamismo son cinco:

»Primera. El testimonio: *No hay más Dios que Dios y Mahoma es su Profeta.*

»Segunda. Las cinco creaciones (las abluciones forman parte de ellas.)

- »Tercera. El pago de los impuestos.
- »Cuarta. El ayuno del Ramadán.
- »Quinta. La peregrinación á la Tierra (la Meca) para los ricos.»

La peregrinación á la Meca es de precepto religioso y confiere gracias especiales.

Sólo los pobres están dispensados. La guerra y la inseguridad de los caminos pueden sólo aplazarla.

El musulmán hace oración cinco veces al día: al amanecer, al mediodía, á las tres de la tarde, al ponerse el sol y al cerrar la noche.

El muezin proclama la hora de la oración desde el minarete ó desde cualquier sitio elevado, gritando: «Dios es grande. Atesto que no hay más que un Dios y que Mahoma es su Profeta. ¡Venid á la oración, venid á la salvación! ¡Dios es grande y único!»

Para orar, el musulmán se vuelve hacia la Meca.

El islamismo ha hecho de la oración una obligación absoluta, de la que sólo están dispensados los niños menores y las mujeres durante sus indisposiciones periódicas. Lejos de considerarla como un acto de debilidad ó de ridiculizarla, la oración honra y atrae el respeto universal sobre quien la practica.

La oración debe ir siempre precedida de la ablución; pero si el creyente no se halla cerca de un arroyo, de una fuente ó de una vivienda, simula la ablución extendiendo las dos manos sobre una piedra lisa ó sobre cualquier terreno limpio. La arena puede reemplazar el agua.

Hay dos clases de abluciones: la grande y la pequeña.

La pequeña se hace del modo siguiente:

Después de pronunciar esta fórmula: «En el nom-

ñore de Dios misericordioso. Mi intención es hacer mis abluciones para tal oración,» el musulmán se echa alternativamente agua por tres veces con la mano derecha en la izquierda y con la izquierda en la derecha, y se las lava, teniendo cuidado si lleva alguna sortija de darle vueltas, para limpiar su huella.

Enseguida gargariza tres veces y aspira tres veces agua por las narices.

Por tres veces, forma con sus manos una taza, la llena y se lava la cara de la frente á la barba, pasando por los ojos, y después de oreja á oreja.

Se lava luego también tres veces alternativamente, hasta el codo, empezando por el brazo derecho.

Una sola vez mete en el agua las dos manos unidas por las puntas de los dedos, las lleva á la frente, donde las separa para llevarlas á la nuca, de donde las sube de nuevo á la frente, lava las orejas y la parte posterior del cuello.

Finalmente, se lava los dos piés hasta las clavículas, empezando por el pié derecho.

La gran ablución es impuesta en las circunstancias designadas por la ley como para purificar grandes pecados. . .

El fiel, sin más traje que una faja atada á la cintura, ejecuta todo cuanto está prescrito para la pequeña ablución, salvo el lavatorio de los piés, después se echa tres copas de agua por la cabeza, tres sobre el hombro derecho, tres sobre el izquierdo y sobre el pecho un número indeterminado de copas, de modo que no quede en todo el cuerpo un sitio, por pequeño que sea, sin ser purificado por el agua. Se frota el cuerpo con las dos manos, y acaba la

operación lavándose los piés como en la pequeña ablución.

Para hacer oración deben dejar los trajes suntuosos y las alhajas. Las mujeres no rezan públicamente con los hombres, sino en su casa ó en la mezquita, durante horas especiales en que ellos no concurren.

Hechas las abluciones el creyente está colocado de pie sobre un tapiz, una estera ó una prenda de ropa, el rostro vuelto hacia la Meca, y levanta las manos colocando los pulgares en la parte inferior de las orejas y recita la oración preliminar llamada *telebír*. Después dice tres versículos del *fátirab*, primer capítulo del *A'orán*, teniendo las manos cruzadas bajo la cintura, la derecha sobre la izquierda y la vista fija en el suelo.

Luego se prosterna varias veces, apoya el rostro en el suelo, se arrodilla, se levanta, vuelve á inclinarse, repitiendo diferentes oraciones, y termina la ceremonia con un saludo á derecha é izquierda, que dirige á los dos ángeles de la guarda que supone siempre á su lado, uno para excitarle al bien, el otro para inducirlo á obrar mal.

La limosna no es de absoluta obligación religiosa, pero constituye un deber para todo musulmán cuyos medios le permitan hacerla.

Hé aquí unas máximas tomadas de un libro de uno de los más eminentes escritores religiosos mahometanos, textos que contrastan extrañamente con el egoísmo y avaricia sórdida que se observa en los sectarios de Mahoma:

«En el Islam no hay príncipes ni mendigos, todos son musulmanes.

»La oración conduce á la mitad del camino que va á Dios, el ayuno nos lleva á la puerta de su palacio: las limosnas nos hacen penetrar en él.

»La limosna es el despertar de los que dormitan. El que la hubiere practicado reposará en el Paraiso cuando el día del juicio juzgue Dios á los hombres según sus actos.

»La limosna dada con fe, sin ostentación, en secreto, apacigua la cólera de Dios y preserva de muerte violenta.

»Estingue el pecado, como el agua apaga el fuego.

»Cierra sesenta puertas al mal.

»Dios concederá su misericordia á los misericordiosos: dad pues limosna aunque sólo sea de la mitad de un datil.»

De todas las obligaciones materiales impuestas á los musulmanes, el ayuno es quizás la más estrictamente observada. A los ojos de estos hombres groseros es un verdadero mérito para con Dios, que les será recompensado en esta vida y en la otra. El mismo Korán presenta el ayuno como un deber impuesto por Dios y sólo accidentalmente viene á servir de penitencia.

«La luna del Ramadán, durante la cual descendió de lo alto el *Korán* para servir de dirección á los hombres, de esplicación clara á los preceptos y de distinción entre el bien y el mal, es la época del ayuno. Todo el que apercibiere esta luna, se dispondrá enseguida á ayunar hasta la nueva luna. El que no pueda cumplir este precepto por enfermedad ó viaje, ayunará después un número de días igual al que estuvo interrumpido.»—(Cap. II, vers. 181.)

Debe ayunarse diariamente durante el Ramadán desde el momento que precede al alba, y en que puede distinguirse un hilo blanco de uno negro, hasta la postura del sol. Está prohibida toda relación carnal con la mujer durante el ayuno, pero esta prohibición no se aplica á las noches, durante las que está suspendida el ayuno.

El ayuno es obligatorio para los hombres y las mujeres desde la edad de la pubertad. Las mujeres pueden suspender el ayuno en ciertas épocas. Es el primer acto de virilidad de los adultos y les da derecho para ser testigos ante la justicia, y para casarse.

Sin embargo, no hay tratado que prohíba el casamiento antes del ayuno (catorce años) ni antes de la pubertad.

Se rompe el ayuno del día comiendo, algunos momentos después de la postura del sol, alimentos ligeros, como dulces, dátiles y bebiendo tres tragos de agua después de decir esta oración:

«Dios mío he ayunado para obedeceros y rompo el ayuno comiendo de vuestros bienes.

»Perdonadme mis culpas pasadas y futuras »

Algunos musulmanes devotos ayunan los lunes y los jueves de todo el año.

El ayuno es una ley tan higiénica como religiosa, y los musulmanes la cumplen con orgullo y satisfacción. El Ramadán es siempre una época de excitación y de cólera contra todos los incrédulos del universo.

El Ramadán cae sucesivamente en todas las épocas del año, pues el año musulmán, contando sólo 352 ó 353 días, retrasa anualmente sobre nuestro ca-

lendario un número de días, que, en razón de los años bisíestos, varía entre 11 y 13.

En las ciudades provistas de un destacamento de artillería, un cañonazo disparado á la postura del sol anuncia á los musu lmanes el momento de romper el ayuno. En los campos y ciudades pequeñas el muezín da la señal desde el minarete.

Entonces los árabes acuden á los cafés moros y se desquitan de la abstinencia del día comiendo y entregándose á excesos que se prolongan hasta bien entrada la noche.

Después del Ramadán se celebra la fiesta del carnero ó Beiran. Hay dos clases de Beiran: el primero llamado el grande, dura tres días y tiene lugar el primero de la luna después del Ramadán. El pequeño se celebra setenta días después del primero, dura cuatro días y es una fiesta esencialmente religiosa, y en este caso el sacrificio del carnero recuerda el que el ángel Gabriel colocó bajo el cuchillo de Abraham para salvar la vida á Isaac.

Durante las fiestas del Gran Beiran los musulmanes no trabajan y se entregan á toda clase de regocijos siempre acompañados por el ruido de trompetas, tambores y tan-tan. En todas partes pobres y ricos, en los gublí y bajo las tiendas, después de sacrificar el cordero, gozan sin reserva de los placeres de la mesa. Multitud de mendigos acuden á las mezquitas donde se les da limosna de comida y de sopa.

La peregrinación á la Meca y visita á la Kasba, están inscritas en el Korán de este modo:

«Cumplid la peregrinación á la Meca y la visita á los santos lugares; si os lo impide el estar rodeados de enemigos, enviad alguna ofrenda.

»El peregrino deberá abstenerse de las mujeres, de la caza y no afeitarse la cabeza ni cortarse las uñas.

»La peregrinación se efectuará en los tres meses fijados que conoceis. Si no teniendo nada que temer de vuestros enemigos, os contentais con cumplir la visita á los lugares sagrados y dejais la peregrinación para otra época, hareis una ofrenda. Si no teneis medios, tres días de ayuno serán una expiación durante la peregrinación y siete á la vuelta. Igual expiación será impuesta á aquél cuya familia no se halle presente en el sagrado oratorio.»

El lugar donde reposan los restos mortales del fundador del islamismo, es objeto para los musulmanes de gran veneración. Todos los que no estén impedidos deben ir en peregrinación por lo menos una vez en su vida como los antiguos árabes.

Al volver de la Meca los peregrinos se distinguen por su intolerancia y por su fe, un tanto agresiva. Sus correligionarios les colman de alabanzas y veneraciones, y entre otros privilegios tienen el de ostentar el título de *hadji* que les da gran prestigio entre sus conciudadanos. Casi todos los grandes agitadores antes de predicar la rebelión fueron á templar su valor y su fe en la cuna remota del islamismo.

La profesión de fe «¡No hay más Dios que Dios y Mahoma es su Profeta!» es el Credo del musulmán. Basta creer para salvarse y obtener el perdón de todas las culpas pasadas; y con tal de que el musulmán pronuncie estas palabras sagradas antes de morir, todos sus pecados le serán perdonados en este mundo y en el otro.

Si el moribundo no tiene ya fuerza bastante para

hablar, levanta el índice de la mano derecha; y si no lo puede hacer por sí mismo, sus parientes le ponen el dedo en la postura indicada. Esto basta para hacer la profesión de fe y morir como buen musulmán.

Las hordas mahometanas arrastradas por ciego fanatismo, en otros tiempos invadían las comarcas cristianas al grito de «¡No hay más Dios que Dios y Mahoma es su Profeta!» Y esta profesión de fe ha venido á ser el grito de guerra, el símbolo, el lazo de unión del mundo musulmán y el estandarte bajo cuyos pliegues habrán de reunirse los buenos creyentes cuando suene la hora de la Guerra Santa.

Esta profesión de fe es también la fórmula de aceptación de la nacionalidad islámica, pues basta pronunciarla para ser considerado como sectario de Mahoma. Y esta fórmula de naturalización, la más sencilla, la más general y la más amplia que jamás se ha podido inventar, ha contribuído poderosamente á la adopción de las leyes del *Korán* en el mundo oriental y en el mundo africano.

XXII

La Guerra Santa.

Entre las prescripciones fundamentales de la religión mahometana, una de las que más preocupan los espíritus es la de la Guerra Santa (*El-Djehad*).

El-Djehad es para los musulmanes un deber, aunque no obligue tan estrechamente como la oración y el ayuno. El Profeta dijo:

«Tengo misión de combatir á los fieles hasta que digan: *No hay más Dios que Dios*. Una vez pronunciadas estas palabras, su sangre y sus bienes quedarán resguardados de todo ataque de mi parte; en cuanto á sus creencias, ya darán cuenta á Dios.»

En virtud de esta cláusula, tienen aplicación estas palabras del *Korán*: «No hagais violencia á los hombres por causa de su fe.»

Para el Profeta, el mundo está dividido en dos partes: *Dar-el-Islam* (la casa del Islam) y *Dar-el-Hab* (la casa de la guerra ó el país de los infieles).

«Acabad mi obra—dice Mahoma;—extended por todas partes la casa del Islam. La casa de la guerra

es de Dios: Dios os la da. Combatid á los infieles hasta exterminarlos. Cuando encontréis infieles, haced con ellos gran carnicería; matadles donde quiera que los halleis, y arrojadlos de donde ellos os han arrojado.»

Como se ve, Mahoma ha establecido la guerra, como el estado normal del Islám, y en este sentido, los comentaristas del *Korán* han estudiado y precisado las reglas que presiden la guerra y sus consecuencias, el derecho de hacer la paz, el reparto del botín, y los estatutos políticos y religiosos de los pueblos vencidos.

Según los sabios tratadistas mahometanos, no puede haber paz con el infiel, pero si los musulmanes no cuentan con fuerzas suficientes para resistir, no hay mal en que renuncien al *Djehod* por un tiempo determinado, lo que es á su modo hacer también la guerra.

Pero hay muchas maneras de tomar parte en la Guerra santa. Mujeres, niños y viejos, pueden hacerlo, asociándose con el corazón á los combatientes, y sino les es posible salir de la ciudad á pelear contra los infieles, cumplirán el santo precepto permaneciendo dentro de su casa con la puerta abierta.

Así, según los casuistas musulmanes, las ocupaciones sedentarias, los empleos retribuidos, la aparente indiferencia en los cuidados de la tierra y del comercio, pueden aliarse con las ventajas espirituales que contiene el deber cumplido de la Guerra santa.

Las hermandades religiosas, cuyo carácter pacífico va alterándose en Argelia día por día, según lo indican los acontecimientos, han llevado muy

lejos el estudio de los títulos especiales de la Guerra santa, y sus casuistas se encargan de calmar ó excitar los escrúpulos de los musulmanes sometidos muy de cerca á la dominación cristiana.

Los conquistadores del Africa Septentrional no dejan de preocuparse de las consecuencias directas ó indirectas que pueda tener en el porvenir de la Argelia el precepto de la Guerra santa que quizás amenace algún día la seguridad de las florecientes posesiones francesas.

A pesar de la decadencia del mundo islamita, sería ceguera desconocer que el *Djehad* es un peligro constante para los establecimientos europeos del Norte del Africa, y *Mul-es-Saa* (el amo de la hora) será el hombre de genio que sepa reunir algún día en un mismo arranque todas las fuerzas del Islám, para arrastrarlas á la conquista política y religiosa del mundo.

¡Quién sabe si este deseo vehemente de todo buen musulmán, dejará de ser una quimera irrealizable!

XXIII

El matrimonio entre los musulmanes.—El dote nupcial.—Poligamia y divorcio.

Los indígenas definen el matrimonio como un acto religioso, mediante el cual un musulmán del sexo masculino se asocia con una ó varias personas del sexo femenino, vírgenes, divorciadas ó viudas, con el fin de procrear ó satisfacer las necesidades de la carne.

El musulmán puede tener cuatro mujeres legítimas, y poseer tantas esclavas concubinas como su fortuna le permita; puede también despedir á una esposa y reemplazarla por otra.

«Si teméis no ser equitativos, no elijais de las mujeres que os gusten, más que dos, tres ó cuatro, y si quereis ser justos, no os caseis más que con una ó con una esclava».—(*Korán*, cap. IV, vers. 3.)

La procreación es el objeto del matrimonio: la satisfacción de las necesidades de la carne es como su atractivo; pero la ley islámica con un pensamiento de mansedumbre para con la humanidad, no ha querido separar dos ideas tan íntimamente enlazadas.



das y cuyo origen se esconde, lo mismo en los pliegues misteriosos del corazón humano que en las necesidades más imperiosas del organismo físico del hombre.

La ley musulmana prohíbe los casamientos *in extremis*, y se opone hasta al matrimonio de los enfermos, cuyo estado es poco grave, porque en tales uniones no puede haber procreación ni goce.

De las once condiciones requeridas para que sea válido el casamiento de los musulmanes, una de las más curiosas es la relativa al dote nupcial. El matrimonio, á pesar de las modificaciones introducidas por la ley islámica, conserva todavía los caracteres de un contrato de venta en el que la mujer es el objeto vendido.

El esposo debe entregar un dote nupcial á la novia, análogo á un precio de venta, y compuesto de valores ú objetos conocidos de que pueda hacerse uso y sacar un beneficio material.

La ley dicta reglas sobre las diferentes clases de dotes nupciales, la forma de entregarlo y los casos y maneras en que ha de devolverse después del divorcio ó del repudio, tan frecuentes entre los árabes.

La situación de la mujer musulmana bajo el punto de vista de los bienes, es muy favorable, porque el casamiento, en lugar de demostrar en principio la incapacidad de la mujer, puede ser considerado como una emancipación, puesto que confiere á la esposa el carácter de persona civil, le asegura un dote y le deja el libre goce de sus bienes personales, sin obligarla á contribuir á los gastos de menaje.

Mientras que en la mayor parte de los países occidentales la mujer necesita, á título de dote, una suma más ó menos considerable para procurarse un marido, en Oriente el marido es quien viene precisado á poner en las manos de su mujer ó de sus representantes una suma variable, según el estado de su fortuna.

Repudiada la mujer musulmana, tiene con que vivir y conserva la libre disposición de su aporte personal sin estar sujeta, como en muchas naciones europeas, á la pensión, á veces ridícula, que el marido le otorga. Si enviuda es mantenida por cuenta de los herederos, y recoge, á título de herencia, una parte de los bienes del marido.

La constitución de un dote á la esposa es la consagración de una costumbre general entre los orientales, y aunque Mahoma, en diferentes pasajes del *Korán* insiste en que el dote conserva siempre el carácter de don voluntario, el matrimonio resulta en la práctica, para la generalidad de los musulmanes, un verdadero contrato de venta.

El matrimonio entre los musulmanes puede, pues, resumirse en dos términos de una misma fórmula: poligamia y divorcio.

Admitiendo la poligamia, el Profeta ha dejado una parte demasiado amplia á los placeres sensuales. Mahoma conocía demasiado la flaqueza de los pueblos á quienes destinaba su doctrina para entrar en lucha con ellos, y la complacencia marcada con que él mismo se entregaba á los placeres carnales habría sido motivo suficiente para que no se opusiera á la poligamia.

La pasión del Profeta por el bello sexo era tal.

que tuvo á la vez once mujeres, y habiendo visto casualmente en ropas ligeras á la esposa de su hijo adoptivo, experimentó tal deseo de poseerla, que el esposo hubo de divorciarse para cederla á su bienhechor. Los partidarios de la naciente secta se mostraron escandalizados, pero el angel Gabriel, con quien Mahoma estaba en buenas relaciones, declaró correcta la operación, inscribiendo su aprobación en el *Korán*, y haciendo enmudecer así á los murmuradores.

La poligamia somete la mujer á eterna tutela, á prematura vejez; endeble y delicada, ofrece al marido corto tiempo de goces, tras el que viene el repudio, el divorcio y el abandono.

En el matrimonio no existe igualdad, amistad ni afecto, porque el marido, señor y dueño, no puede repartir su corazón entre sus varias mujeres, cuyas rivalidades dan lugar á contiendas, divisiones é intrigas domésticas. Los hijos de cada esposa tienen tantas madrastras como favoritas su padre, y cada uno defiende los intereses de su madre contra las demás que considera como enemigas encarnizadas.

No es, pues, extraño que las esposas abandonadas, celosas y vengativas, se dejen arrastrar por irresistible impulso, al adulterio, que da lugar á dramas terribles y destruye la armonía de las familias.

En los primeros tiempos del islamismo se emparedaba á la mujer culpable; este castigo fué sustituido luego por la lapidación. En los aduares, en las llanuras y en las montañas el marido suele tomarse la justicia por su mano. El hombre celoso que cree

tener motivo para quejarse de su mujer, la mata sin hacer caso de la ley, que exige que dos testigos hagan constar el adulterio, no condenando á la última pena si no en caso de flagrante delito.

A veces los parientes de la mujer toman con empeño su defensa, surgiendo violentos odios que dan lugar á que vengan á las manos tribus enteras.

Las mujeres son el alma de tales pependencias, excitan á los hombres y toman parte en el combate. Los efectos de los celos dan lugar á menudo entre los indígenas á represalias bárbaras, á crueldades increíbles y á suplicios sangrientos; actos inauditos de ferocidad que desgraciadamente no logran mejorar las costumbres, pues la opresión injusta que sufre la esposa, los malos tratamientos, la falta de pudor, las asechanzas de que es objeto, el espíritu de venganza, todo la induce á fallar á la fidelidad conyugal.

En toda sociedad polígama el divorcio es indispensable. La poligamia necesita el divorcio, y el divorcio conduce á la poligamia.

El islamismo admite el divorcio y el repudio. Uno y otro tienen por objeto la separación entre marido y mujer, pero estos actos difieren esencialmente entre sí. El divorcio tiene lugar por mutuo consentimiento: es el resultado de una sentencia pronunciada sobre los actos de uno ú otro cónyuge.

Por el contrario, el repudio se efectúa por voluntad y en beneficio de una de las partes, independientemente de la voluntad y de la conveniencia de la otra.

El divorcio, hijo al parecer de una determinación meditada, debe tener carácter definitivo; el repudio,

que proviene muchas veces del apasionamiento y de la irreflexión momentánea, puede en ciertos casos no ser definitivo.

Tal era la antigua legislación romana. Los legisladores musulmanes que habían conservado algunas de las tradiciones del derecho romano, han tratado someramente estas diferencias; pero hay tal vaguedad en sus razonamientos, tal confusión en sus comentarios, que resulta siempre difícil definir la situación respectiva de los cónyuges en instancia de divorcio ó de repudio, antes y después del cumplimiento de los dos actos jurídicos.

Parece que han cuidado exclusivamente de apretar las ligaduras de la esclavitud doméstica y restringir la iniciativa de la mujer en materia de separación.

El *Korán* contiene diversas prescripciones y máximas que han servido de base á los legisladores para formular las complicadas reglas que han de observarse para declarar el divorcio y el repudio y para determinar sus consecuencias legales y la situación de los hijos, reglas no siempre aplicadas fiel y correctamente por los *Cadíes* musulmanes.

Dos son los sistemas de divorcio entre los indígenas argelinos: por rescate y por autoridad judicial.

El primero es el medio de que puede valerse la esposa para recobrar su libertad con ayuda de un don compensativo. El marido tiene sólo derecho de provocar el divorcio, pero la mujer puede reclamarlo mediante la entrega de un valor determinado é indeterminado... Pero el marido no está obligado á concederlo.

Generalmente, la mujer se rescata renunciando

á su dote; y se comprende cuán graves han de ser las faltas del marido para que ella abandone el dote nupcial, cuando largos años de casamiento han ajado su belleza y disminuído sus fuerzas.

La joven impuber no tiene derecho á reclamar el divorcio, ni el impuber puede provocarlo.

El marido es dueño de conceder el divorcio y de no aceptar el don compensativo.

El divorcio por mandato judicial se pronuncia contra el marido en casos de malos tratamientos, escasez de alimentación, inaptitud para cumplir los deberes conyugales, vicios del contrato nupcial y otros varios motivos de que conocen los Cadíes y resuelven según la legislación establecida.

Para el repudio hay que llenar infinidad de requisitos, esperar ciertos términos y cumplir interminables formalidades.

El marido no tiene derecho á reclamar el don compensativo. La ley no concede á la esposa la facultad de pedir el repudio, pero el marido puede dejarle la iniciativa.

Efectuado el repudio mediante la fórmula de «yo te repudio» ó «me separo de tí por repudio,» la mujer se separa inmediatamente del marido, no debiendo existir entre ellos relaciones matrimoniales. Pero hasta pasado el término legal de diez meses, la esposa no puede contraer nuevas nupcias. Durante este período si se observaran fielmente los preceptos de Mahoma, la esposa no abandonaría el domicilio, siendo tratada con las mayores consideraciones. Pero los legisladores antorizan al fiel creyente para arrojar de la casa á la esposa, y esta costumbre es practicada generalmente.

Si después del repudio los cónyuges consienten en contratar nueva unión, el marido debe pagar un dote nupcial calculado según su fortuna. Pero cuando por tercera vez ocurre el repudio después del término legal, el marido no se podrá reunir de nuevo con su mujer sin que ésta haya vivido con otro marido.

El sistema de repudio de que nos hemos ocupado no está actualmente en uso entre los musulmanes que prefieren el divorcio por medio del rescate de la mujer, y los legislas adoptan un sistema mixto que consiste en tomar de las leyes de repudio el derecho exclusivo del marido de solicitarlo, y de las del divorcio, la cláusula referente al don compensativo.

Como se considera el casamiento como una venta, al devolver el esposo el objeto comprado se cree con derecho á reclamar el dinero con que lo pagó.

La consecuencia de esta legislación es que la mujer que por su vejez, por sospechas injuriosas, enfermedad, celos ó caprichos llega á ser odiosa para su marido, es arrojada sin piedad de la casa, suponiéndose siempre que se ha rescatado por su gusto. Gracias á una superchería jurídica, el repudio que no da derecho al don compensatorio, es reemplazado por el divorcio, llamado *Kholaaí*, siempre ventajoso para el hombre, puesto que el dote nupcial ó precio de venta le es devuelto á título de compensación, sin que se tenga en cuenta los años de juventud perdidos para la mujer, sus trabajos en la tienda, etc., etc.

De esta suerte, en la sociedad musulmana la vulgaridad de los pueblos que abrazaron el islamis-

mo, ha impuesto y mantenido las costumbres anti-gñas y bárbaras y hecho triunfar la esclavitud doméstica de la mujer.

Para los musulmanes, el divorcio es la facultad de cambiar de mujeres llevada al último límite, sin más freno que el imperio de los sentimientos naturales, para ellos menos complicados que las leyes confusas, siempre necesitadas de la intervención de las gentes de justicia.

Cuanto ocurre en el islamismo prueba precisamente que no basta exponer á los hombres grandes principios de moral, de bondad y de justicia para hacerlos buenos, justos y morales. Hay que aplicar un sistema completo de disciplina, hay que luchar enérgicamente contra el egoísmo y contra las pasiones y acaso para conseguir el triunfo del bien apelar al concurso de muchas generaciones sucesivas. Esto es lo que ha hecho el cristianismo y este el secreto de su feliz y fecunda influencia en las costumbres de los pueblos que tienen la dicha de vivir sometidos á sus humanitarias leyes.

Nada hemos dicho de cómo son tratados los hijos después del divorcio ó del repudio. Los hijos pertenecen al padre, pero su educación y el cuidado material de su infancia están confiados especialmente á la madre, que, divorciada, se lleva á sus hijos menores y los conserva á su lado hasta la edad de la pubertad, siendo de cuenta del marido su manutención.

Si la divorciada vuelve á casarse, los hijos vuelven al poder del padre.

Para terminar este largo capítulo, consignaremos que los indígenas se divorcian impulsados por dos

causas principales. La primera es el deseo de sustituir una mujer joven á una vieja; la segunda, la incompatibilidad de carácter. En medio de una sociedad sin freno, entregados á sí mismos, sin la educación que introduce en la práctica de las relaciones la reserva, la modestia de lenguaje, la prudencia y el hábito de los sacrificios, los indígenas son violentos, caprichosos, egoistas y viciosos.

Estos defectos comunes á ambos sexos hacen intolerable la vida común á menos que el imperio de los sentimientos naturales aporten una influencia moderativa. A pesar del palo que siempre la amenaza, la mujer árabe está lejos de ser dócil; por el contrario, es violenta, irascible, insultante y provocativa. El mismo Profeta se lamenta de ello en varios pasajes del Korán, y con toda su santidad tuvo frecuentes disgustos con sus mujeres: «No conozco, les» decía, defecto alguno más poderoso que una de vosotras para rebajar el sentido moral del hombre.»

Khadidja, su primera esposa, lo había mimado con su sumisión absoluta; pero *Aicha*, su esposa muy amada, le hizo pagar caras sus dichas pasadas, dando lugar su conducta á continuas maledicencias que tomaron tal consistencia que el Angel Gabriel creyó deber disipar las dudas surgidas en la mente del Profeta y certificar la virtud de la bella. Este certificado está inscrito en el Korán (cap. XXIV, la Luz, versículos 10, 11 y siguientes).

El Profeta solía decir que en el mundo sólo existían cuatro mujeres perfectas: *Ascia*, esposa de Faraon; *María*, madre de Jesús; *Khadidja*, esposa del Profeta, y *Fatima*, su hija muy amada.

Dejó mandado que el rostro de la mujer permanezca velado y no se deje ver por los extraños—(capítulo XXXIII). Consagró su incapacidad exclamando: «Un país gobernado por una mujer es un país desgraciado.»

El *Korán* deja indecisa la cuestión de saber si las mujeres tienen alma. Sin embargo, confía en su redención final, y en el paraíso serán huríes, vírgenes siempre bellas y adoradas eternamente.

La mujer se rebela frecuentemente, porque para el hombre es un conjunto de defectos; ella á su vez lo juzga compuesto de vicios innumerables. A veces para huir de un marido odiado ó reunirse con el amante preferido, se escapa del hogar doméstico y desaparece durante semanas enteras, escondida en una caverna, en un bosque ó en una tienda lejana. El marido hace esfuerzos vanos para descubrirla, ayudado por sus hermanos y sus parientes, que comparten su vergüenza y su cólera.

Gestiona con los padres de la esposa su regreso al domicilio conyugal, y trata de justificar su conducta ante el tribunal de la opinión pública, que allí como en todas partes es hostil al marido.

Cuando la esposa es joven y bella, sus mismos padres suelen ser los instigadores de la falta de sumisión de su hija, deseosos de obtener, por medio de un casamiento más ventajoso, más elevada dote.

De suerte que la facultad de divorciarse, lejos de ser una condición feliz, da origen á la desesperación y á mil contrariedades.

Hay mujeres que han tenido hasta diez y doce maridos, y maridos que cuentan con más de veinte esposas sucesivas.

Lo que acabamos de relatar denota un estado social agitado, que priva al hombre de toda iniciativa para el bien, pues la familia es la base de toda sociedad y de todo progreso.

El divorcio y la poligamia serán quizás en Argelia obstáculos insuperables para la fusión de las dos razas. La religión sanciona estas instituciones, y sabido es que la idea religiosa se impone como reflejo divino y como revelación indiscutible y perfecta.

Júzguese el dominio que ejercerá sobre los hombres, autorizando y permitiendo la satisfacción de las pasiones más imperiosas de la naturaleza humana.

XXIV

La mujer en el gineceo y en el harén.

En uno de los primeros capítulos, tratando de las tiendas de los indígenas, dijimos ya que en la vida de familia la mujer sirve á su esposo, prepara las comidas y fabrica las telas para los vestidos y para las tiendas. Ellas van por agua y por leña, muelen el grano, ordeñan las vacas y las cabras, hacen objetos de barro, levantan las tiendas, ensillan los caballos, toman parte en la siega, lavan, cardan y tejen la lana, fabrican mantas y tapices, dirigen talleres y confeccionan un sin fin de objetos de esparto.

Estas industrias de la tienda, que tanto lugar ocupan en la existencia indígena, obedecen al principio de que cada familia debe fabricar todos los objetos de que ha de servirse.

El tiempo considerable dedicado por la mujer á las industrias caseras, estaría mejor empleado en el ejercicio de una vigilancia general de los intereses diversos de la granja agrícola, de la alimentación, de la economía doméstica, de la educación de los hijos y de la limpieza y conservación de efectos y de muebles.

Tales trabajos materiales son el origen y la consagración del servilismo impuesto á la mujer árabe.

Entiende el Profeta que la mujer fué creada para el hombre y le es inferior. Así lo declara el *Korán* en el cap. X, vers. 220, en estos términos:

«Los hombres son superiores á las mujeres á causa de las cualidades que Dios les ha concedido para elevarlos sobre ellas, y porque los hombres emplean sus bienes en dotarlas. Las mujeres virtuosas serán obedientes y sumisas y conservarán cuidadosamente, durante la ausencia del esposo, lo que Dios ha ordenado conserven intacto. Refiréis á las que sean desobedientes, las relegaréis en lecho separado y les pegaréis; pero en cuanto obedezcan no las busquéis querella.»

Las supone seres imperfectos, aficionadas á galas y adornos, dispuestas siempre á disputas sin razón, debiendo tratarlas con bondad, pero sin dejar de castigarlas cuando sea oportuno.

Respecto á la recomendación de llevar el rostro cubierto, dice el sagrado libro en el cap. XXXIII, versículos 55 al 59:

«¡Oh Profeta; prescribe á tus esposas, á tus hijas y á las mujeres de los creyentes, que dejen caer el velo hasta los piés!

»Vuestras esposas no se descubrirán sino en presencia de sus padres, hijos, sobrinos y sobrinas y esclavas.»

En Oriente sólo las mujeres del pueblo bajo, las campesinas y las de costumbres ligeras dejan ver su rostro en todo ó en parte.

«Ordena á las mujeres creyentes que observen la continencia y bajen los ojos; que no muestren

sus adornos interiores, (se refiere á los anillos de las piernas) que cubran su seno con el velo y sólo se descubran ante sus padres, esposos, hermanas, hijos, sobrinos, esclavas y criados eunucos y niños de corta edad. Que las mujeres al andar no muevan los piés de modo que enseñen sus encantos ocultos.»—(Cap. XXIV, vers. 31.)

Si la mujer indígena gozara de las inmunidades ó derechos que le confiere la ley musulmana, sería solamente la sirviente del marido; pero sabido es que las leyes se modifican en su aplicación y bajo la influencia del egoísmo, el orgullo y los celos tan naturales en el hombre.

La ley del Profeta, ya bastante dura para la mujer constantemente despreciada, sirve sólo de obstáculo insuficiente á las pasiones brutales y á las fantasías egoistas del indígena. El palo es el gran sistema de educación y reprensión empleado por los árabes para conseguir de sus mujeres lo que nunca logran obtener: la fidelidad y la sumisión.

Los comentadores han tratado de enumerar los casos en que se presume que la mujer ha merecido la corrección corporal en virtud del vers. 38 precitado. Al llegar al 99 pretexto legal justificando el uso del palo una, dos, tres y hasta diez veces seguidas, se han detenido, desesperados, sin duda, de poder enumerar todas las maldades de que la mujer es capaz.

Durante los días siguientes al casamiento se produce el fenómeno de la luna de miel como en nuestras regiones; pero su duración es corta, y á menudo en vez de ser la esposa compañera y sostén del esposo, se convierte en su más encarnizada enemiga.

La mujer árabe se venga de la servidumbre con su constante coquetería; su indiferencia es irritante; su imaginación fértil en astucias y su audacia poco común, la inspiran ideas tan diferentes de lo que estamos acostumbrados á ver y á oír, que no sabríamos comprenderla ni analizarla. Arriesga su vida cada vez que olvida sus deberes sin que por eso estime á su amante. Engaña por engañar, considera la galantería como empresa noble y lucrativa; por un brazaletes de mala plata judía, por una participación en un carnero robado olvidará al más hermoso de sus galanes, y por una alhaja de cinco francos, causará la muerte de un hombre.

Apenas hay tienda donde no penetre el adulterio, ni hogar en que dejen de sufrirse los tormentos de los celos; y las más minuciosas precauciones y las vigilancias más diversas no consiguen proteger el honor de aquellos amos tan terribles y desconfiados. La mujer, tratada como ser inferior, se burla de todos los obstáculos; se asemeja á la mujer de *Las mil y una noches*, encerrada en una jaula de cristal, guardada por un genio celoso y engañándolo á pesar de todo.

Ya hemos consignado que hasta el mismo Mahoma no logró estar exento de tales contrariedades, pues la bella Aicha que no tenía diez años cuando fué su esposa, aseguran que le fué á menudo infiel.

Todos los cuentos populares de los indígenas, muestran señales de la convicción tan arraigada entre los Orientales, de que la mujer siente la necesidad de engañar y que su naturaleza la impulsa á hacer traición.

El mérito de la mujer es apreciado: á los doce

años por su rostro; á los veinte por los servicios domésticos que puede prestar y su habilidad para confectionar los diversos trabajos que le son confiados; á los treinta y treinta y cinco años, vieja, decrepita, despreciada, apenas participa de la vida doméstica; es una criatura *declassé* á veces mediadora, casamentera, algo hechicera y siempre desgraciada.

Pero en esta sociedad la belleza impone su ley como en todas partes, y acaso con más poder, porque el indígena desconoce esos derivantes que en nuestra civilización moderan las pasiones, tales como las artes, la lectura y las preocupaciones de la cosa pública.

Para el indígena, el amor es la posesión absoluta, incontestable, á pesar de obstáculos que nos parecerían insuperables, y sus pasiones estallan violentas y terribles.

La poligamia y la licencia llevan consigo su propio castigo. La pasión dá á la mujer mucho más que la ley le arrebató, y si para convertirla en el tipo tan puro de la mujer como la ha hecho el cristianismo para dicha de la humanidad, se intentara operar una reforma moral en la familia indígena, la mujer sería quien se opondría y resistiría con más energía.

Si el Profeta y sus comentadores no hubieran instituido la poligamia, habrían contribuido en gran manera á la emancipación de la mujer, y su legislación se acercaría más á la perfección.

Respecto á los harenes, esas mansiones de placer y de voluptuosidad, objeto de viva curiosidad para los occidentales cuya imaginación se exalta con las fantásticas descripciones de viajeros ilustres, rara

vez admitidos á visitarlos, poco podemos consignar como resultado de observaciones personales, pues nuestras reiteradas gestiones para penetrar en tan misteriosos retiros no lograron, bien á nuestro pesar, satisfactorio éxito.

Sin embargo, de las noticias que nos fueron facilitadas por nuestros amigos, resulta que en la Argelia el número de harenes ha disminuido á medida que va consolidándose la influencia francesa, y los poderosos jefes indígenas, cuya fortuna les permite este lujo, residen en general en las ciudades del interior ó en los confines de Marruecos y del desierto, siendo muy contados los que existen en las grandes ciudades del litoral y del Norte.

En la sociedad musulmana el haren es hoy una excepción y un signo de feudalismo desaprobado y mal visto por los buenos creyentes.

Suele haber en los harenes clasificaciones marcadas: la procedencia y clase, el grado de belleza, la protección de las matronas, la juventud y la gracia, establecen sensibles diferencias entre las reclusas. Ocupan el primer lugar las esposas legítimas, un tanto protegidas por las leyes, menos eficaces que la protección de sus propias familias. Vienen luego las favoritas y tras ellas un rebaño humano, cuyo jefe no conoce ni el número, ni el nombre, ni el origen, y que le presentan de cuando en cuando para excitar sus sentidos gastados. Todo un personal rapaz vive á costa de estas mujeres, cuyo cuidado y alimentación constituyen lucrativa empresa.

Algunos autores han tratado de sostener que en definitiva la mujer indígena es más feliz que la mu-

jer cristiana, lo cual es una blasfemia inconsciente. Los orientales son al mismo tiempo grandes hipócritas y encantadores extraordinarios. El mismo oriental que en un salón europeo proferirá una de esas frases dulcísimas que tanto abundan en su literatura, por ejemplo, «*No hay que pegar á la mujer aun que sea con una flor,*» no se guardará de castigar á la suya con la mayor brutalidad ó, lo que es peor, no vacilará en confiarla al cuidado de su primera esposa, entregándola á las represalias de esta furia.

Han llegado en estos últimos tiempos hasta sostener discusiones en favor del harén. Sin duda el polemista entusiasta recibido por alguna gran señora, cuya fortuna y origen ponen á cubierto de las miserias y violencias tan comunes en los harenes. deseoso de asombrar á sus lectores, ha creído poder establecer que todas las mujeres son tratadas bajo el mismo pie de lujo y de respeto.

La índole este libro nos impide entrar en detalles acerca de tan escabroso asunto. y presentar á nuestros lectores el cuadro preciso de la vida del harén con sus miserias, sus esplendores, sus luchas y sus violentos atractivos, gratos á la molicie y á las pasiones brutales de los árabes, según las descripciones de viajeros ilustrados y de literatos insignes.

Uno de los relatos más interesantes es, sin duda, el que un distinguido oficial francés del ejército invasor hace del harén del bey de Constantina á la llegada de las tropas en 1837.

Había entonces en el palacio 180 mujeres apoltronadas en sus vicios, custodiadas por el personal repugnante propio de tales lugares. No costó gran

trabajo arrancarles los detalles íntimos de su existencia, que pusieron de manifiesto la relajación de costumbres poco conocidas en Europa; y para no sepultar en la más abyecta miseria á aquellos seres entre los que vegetaban algunas europeas, el Gobierno francés juzgó necesario dejar funcionar el harén y pagar el alimento de aquellas desgraciadas.

XXV

**Un nuevo amigo.—El teatro municipal de Argel.
—Karagheuz.**

De regreso de un largo paseo por la ciudad descansábamos en nuestra habitación, recreándonos con el hermoso panorama que nos ofrecía á la caída de la tarde el mar sembrado de velas y el boulevard animadísimo en aquella hora, cuando recibimos la visita del doctor Gallant, amigo del doctor Riera, de Orán, quien además de darnos una expresiva carta de recomendación para su colega, le había escrito anunciándole nuestra llegada.

Pero entretenidos en vagar por la ciudad de los corsarios sin otro guía que el capricho y sin plan ni itinerario fijo, habíamos dejado pasar dos días sin hacer la visita que nos encargó nuestro amable paisano.

El doctor Gallant nos dió sus quejas por nuestra tardanza en ir á saludarle, y se apresuró á ponerse á nuestra disposición para acompañarnos á recorrer los alrededores pintorescos de Argel y los rincones más interesantes de la villa, muy conocidos para él por residir en ella muchos años y por las necesidades propias de su profesión.

Correspondiendo á tan galantes ofrecimientos, invitamos á nuestro nuevo amigo á acompañarnos á la mesa, pasando agradable rato con la chispeante conversación del buen doctor, que se complacía en referirnos incidentes curiosos de su vida en Argelia y de sus peregrinaciones por el interior, hasta que vino á fijarse en la capital. Después convinimos la mejor distribución de los pocos días que nos restaba pasar en Argel, y formamos el plan para el día siguiente, durante el cual visitaríamos los pintorescos pueblecillos de los alrededores, los barrios de Aghá y Mustaphá y el convento de la Trapa de Staneli, regresando por la costa y deteniéndonos en el santuario de Nuestra Señora de Africa.

Mr. Gallant nos llevó á pasar la velada en el Gran Teatro, hermoso edificio que nada tiene que envidiar á los mejores de Europa, en el cual una compañía bastante aceptable ejecutaba *Los Hugonotes*, ante un numeroso público formado por lo más distinguido de la población y de la colonia extranjera, compuesta en su mayor parte de familias inglesas, que prefieren las dulzuras del clima africano y la tranquilidad de la capital argelina, á las fiestas y animación de los inviernos en Niza.

Además del placer de escuchar buena música en agradable compañía, tuvimos ocasión de ver puesta en práctica la costumbre establecida en aquel teatro municipal para la admisión de los artistas. Estos vienen obligados á presentarse al público en tres obras de distinto género, y la noche de la prueba decisiva, los abonados, reunidos durante el último entreacto en el salón de descanso, bajo la presidencia del alcalde, del inspector de policía y del direc-

tor del teatro, acuerdan en votación nominal si el artista ha de ser ó no contratado. Aquella noche se decidía sobre la admisión de un tenor ligero, y era de ver la agitación del público, la gravedad con que los abonados desfilaban depositando su sufragio, y la impaciencia con que todos esperaban la proclamación del escrutinio, que por unos cuantos votos fué contrario al joven artista. Una parte de los espectadores protestó del fallo de la mayoría, haciendo una calurosa ovación al tenor que no tuvo la suerte de gustar á los abonados, cuya sentencia era inapelable.

A la salida del teatro nos detuvimos un buen rato á la puerta de un café, disfrutando de la deliciosa temperatura, impropia de una noche de Enero, que reinaba en Argel; y mientras admirábamos el esplendor del cielo y el reflejo de la luna en el límpido mar, sometíamos á nuestro amable amigo á una sin fin de preguntas hijas de nuestra insaciable curiosidad sobre cosas de los indígenas.

Hablando de teatros y fiestas, preguntábamos si los árabes disfrutaban de algún espectáculo que se aproximara algo á nuestras comedias ú obras musicales, y hé aquí las noticias que nos fueron suministradas de muy buen grado por nuestro solícito *cicerone*:

Los árabes argelinos no conocen más teatro que el de *Garagúss*, cuyas representaciones tienen lugar durante las noches del Ramadán en el patio de alguna casa de la Kasba, y son una especie de sombras chinescas combinadas con pantomimas de polichinelas. El principal personaje es *Karagheuz* ó *Kara-Kuch*, figura grotesca que representa la cari-

catura de un turco de la clase media que, por medio de gestos y piruetas, acompañados de palabras bastante libres y sobresentidos picarescos, representa el primer papel en escenas que tienen por base intrigas amorosas. Este espectáculo, de mal cubierto cinismo, tiene por principales espectadores viejos, jovencillos, y, lo que parece más extraño, niños y niñas de corta edad, que, aunque no alcanzan la malicia y la extravagancia del personaje, aplauden y ríen violentamente las reticencias y las desvergüenzas de Karagheuz.

Karagheuz (pájaro negro) fué, según la leyenda, un famoso gobernador del Cairo que hizo demoler mezquitas y tumbas para levantar una ciudadela, y los habitantes, en venganza, le dieron el apodo de *Kara-Kuch* y lo consideraron como el chivo emisario de todas las lascivias y lubricidades tan comunes en la vida oriental.

Las representaciones de Karagheuz son muy frecuentes en Constantinopla, siendo muy de notar que el turco, que considera como ofensa que le hablen de su mujer, que no la acompaña nunca y que en la apariencia parece el pueblo más casto de la tierra, envía á sus hijos á un espectáculo tan repugnante que corrompe su imaginación antes que despierten sus sentidos.

Este detalle basta por sí sólo á dar una idea de la profunda corrupción que se esconde bajo el velo de la austeridad musulmana.

XXVI

Los alrededores.—El jardín de Hamma.—Mustaphá superior.

A las ocho de la mañana el Dr. Gallant vino á buscarnos con un carruaje descubierto. A todo escape atravesamos la población, y cruzando las murallas por la puerta Bal-Azun, salimos al campo. Siguiendo una carretera perfectamente cuidada, bordada de álamos, eucaliptus y captus, pasamos junto á un antiguo fuerte turco, destinado hoy á prisión militar, y pudimos admirar la belleza indescriptible de aquel paisaje, alumbrado por un sol espléndido que hacía resaltar el tono claro de los elegantes *châlets* construídos en las faldas de las colinas, vueltos todos hácia el mar y medio escondidos entre el follaje de los naranjos y de las magnolias.

Pronto apareció ante nosotros el pueblecillo de Agha, que puede considerarse como arrabal de Argel, en el que se han fundado muchos establecimientos industriales en el lugar de los antiguos cuarteles, y en el que vive una numerosa población obrera.

Continuando tan ameno paseo llegamos á Mustaphá inferior, alegre pueblecillo donde se halla el magnífico cuartel de caballería de cazadores de Africa y el monumental edificio del hospital civil. Dos pasos más allá se encuentra el campo de maniobras, vasta llanura donde tienen lugar las revistas militares y sirve también de hipodromo para las frecuentes carreras de caballos que se verifican muy á menudo, en las que franceses é indígenas se disputan con entusiasmo los premios. Ambos barrios están en comunicación constante con la capital por medio de una línea de tranvías y un sinnúmero de ómnibus.

A la derecha de la carretera nuestro solícito guía nos señaló la *Kubba* de Sidi-Mohamed-Abd-er-Rahman, y nos explicó que este marabut era el fundador de una hermandad religiosa que por no depender de jefes extraños al país contó desde luego con numerosos adeptos. A su muerte varias tribus se disputaron el honor de guardar sus restos, pero por un milagro especial su cuerpo, según los creyentes, está enterrado á la vez en dos tumbas, lo que aumenta el respeto y veneración de que goza el santo personaje. La orden religiosa de *Abd-er-Rahman* tiene tal reputación é importancia política en el país, que el emir Abd-el-Kader tuvo buen cuidado de afiliarse en ella en la época de su campaña encarnizada contra los invasores.

La famosa *Kubba* está rodeada de un cementerio sombreado por lentiscos, cipreses y captus, visitado todos los viernes por infinidad de mujeres moriscas que acuden allí á hacer sus devociones, y á la vez á pasar la tarde en alegre charla y en animadas gi-

ras, seguidas de abundante merienda. En ciertas épocas del año vienen en peregrinación á la tumba, árabes de las regiones más lejanas del Africa, y se celebran con este motivo brillantes fiestas y mercados importantes.

Mientras escuchábamos atentamente estos detalles curiosos, el carruaje se detuvo delante de la verja del jardín de Hamma, uno de los establecimientos más importantes de Argel, destinado á paseo público, á jardín de ensayo de las plantas útiles que pueden aclimatarse en el país, y á criadero de árboles frutales y plantas raras que se facilitan á los cultivadores.

El *Jardin d'essai* no es en realidad un jardín botánico; mejor que perseguir los altos problemas de la ciencia, tiene por objeto una misión más práctica, la de ensayar qué plantas útiles pueden aclimatarse en el territorio, y qué resultados positivos se obtiene en ellas; bajo este punto de vista ha prestado incalculables servicios en el país. Perteneció al Estado, pero hoy lo administra la Compañía Argelina, y en los pocos años que lleva establecido ha logrado cultivar delicadas especies tropicales, árboles riquísimos de los países cálidos, que son hoy objeto de explotación en la colonia, dando por resultado estos trabajos el aumento de la riqueza pública.

El jardín de Hamma consta de dos secciones muy distintas: la parte llana, destinada principalmente á la horticultura y á los viveros, y la parte montañosa cubierta de vegetales del más alto interés forestal. Entre las especies que figuran en esta parte elevada del Hamma, llama la atención un

plantel de eucaliptus globulus de extraordinaria vegetación.

Como sitio de recreo, es difícil dar una idea del encanto de sus alamedas cuidadas con un esmero superior á toda alabanza. Hay un paseo de palmeras que se termina en un oasis á la orilla del mar, de una belleza maravillosa; otro de plátanos y cocoteros, presenta una perspectiva deliciosa, y, sobre todo, una interminable avenida de bambúes verdaderamente fantástica: las cañas de gran talla y asombroso grosor se inclinan formando un tunel larguísimo y fresco, por el que no penetran los rayos solares.

No faltan las colecciones de rosas, jaranios, jazmines, camelias y otras flores no menos delicadas y olorosas; en medio de un jardín á la inglesa, hay un lago donde crecen las plantas acuáticas, y más allá estufas numerosas encerrando semillas de productos raros, de difícilísimo cultivo.

La inteligente dirección ha completado sus trabajos aclimatando algunas especies de animales de utilidad incontestable en la actualidad, ha conseguido reunir un gran número de avestruces, cuyos huevos y plumas constituyen importante comercio, y el mismo buen resultado se ha obtenido con las gacelas, cebras y lamas.

Hoy la sociedad explotadora se ocupa particularmente en buscar los medios de fomentar la industria de la seda, y se hacen estudios y experimentos para tratar de combatir las epidemias y demás accidentes que perjudican á esta importante y productiva industria.

Todas estas noticias nos fueron suministradas

por nuestro acompañante, mientras recorriamos admirados las alamedas fragantes del incomparable jardín, que abandonamos bien á nuestro pesar, pues el tiempo pasaba insensiblemente, y para terminar nuestra excursión matinal faltábanos aún conocer en la parte más elevada de los alrededores el distrito pintoresco de Mustaphá superior.

Volvimos, pues, á emprender nuestra marcha por un camino que va ascendiendo en suave cuesta por las laderas de la montaña, entre *villas* lujosas rodeadas de jardines, casas moriscas, hoteles y parques agrupados en anfiteatro, dominados por el palacio de verano del gobernador general de la Argelia. Deshabitado entonces, nos fué permitido recorrer rápidamente la antigua residencia de los beys que refleja en sus salones suntuosos, en sus patios elegantes, en sus camarines misteriosos y en sus preciosos mármoles y azulejos, el buen gusto, la indolencia y el lujo de sus antiguos dueños. Frondosos jardines lo rodean, extendiéndose hasta cerca del mar, regados por abundantes manantiales y adornados con cristalinas fuentes de delicados arabescos.

Durante la larga temporada que el gobernador reside en aquel palacio, se dan magníficos bailes y fiestas, tanto más fastuosas, cuanto que los elementos de que dispone permiten realizar prodigios de fantasía, uniendo á los encantos naturales de la mansión morisca los atractivos del confort moderno y el esplendor de los saraos europeos.

El salón destinado á comedor se abre sobre el campo en una espaciosa galería adornada de plantas tropicales, y desde aquella altura abarca la encan-

tadora bahía que se extiende desde Argel al cabo Matifú, y la línea azulada del mar perdiéndose en el inmenso horizonte.

Para regresar á la ciudad seguimos el camino llamado de los Acueductos, pintoresco en extremo, y pronto nos encontramos á la puerta del hotel satisfechos de nuestro paseo y dispuestos á ejecutar al siguiente día la segunda parte de nuestro programa de turistas.

XXVII

Argel á vista de pájaro.—La llanura de Staneli.

Serían próximamente las diez de la mañana cuando emprendimos la segunda expedición por la fértil campiña que rodea á Argel. El tiempo era espléndido, ni una nube, ni una ráfaga turbaban la calma de aquél cielo lleno de caricias, alumbrado por las poderosas claridades del Oriente.

Bajo la influencia de aquel clima suave, animados por la velocidad de la marcha de los caballos árabes que arrastraban el coche en un torbellino de luz, de polvo y de ruido, experimentábamos un indecible bienestar y nos abandonábamos á una alegría silenciosa.

Mr. Gallant, cuyas ocupaciones le habían impedido acompañarnos, nos había dado los detalles necesarios á nuestro itinerario recomendando á nuestro cochero se detuviera en los sitios más interesantes del hermoso territorio que íbamos á recorrer.

Era nuestro auriga un joven moro bastante cortés é instruído, hablando francés correctamente, y salpicando su conversación de palabras españolas

pronunciadas con gran energía. Guiaba sus caballos á gran trote excitándolos con gritos vigorosos en árabe, y se complacía entonando con voz cadenciosa cantares de una languidez y de un ritmo deliciosos. Su traje nos llamó desde luego la atención por su semejanza con el de los huertanos murcianos, pues se componía de calzones blancos muy anchos, jubón gris y faja encarnada.

Una vez franqueada la puerta del Sahel, ascendimos por la pendiente de la montaña entre bosques de eucaliptus y espesos matorrales de diversas plantas. Dan tono al paisaje los anchos tallos de las opuncias cubiertas de espinas y las hojas punzantes de los cactus que viven al abrigo de los eucaliptus, á cuya sombre vegetan, trepando por los desmontes hermosas plantas de los países cálidos.

La carretera pasa junto al Fuerte del Emperador, edificado en veinticuatro horas por los españoles cuando Carlos V puso sitio á Argel, y reconstruído varias veces por los turcos. Los franceses se apoderaron en 1830 de la fortaleza cayendo de improviso sobre la guarnición, que sorprendida hubo de entregarse, siguiendo á esta rendición la de la plaza, que capituló obligada por los fuegos del castillo que la domina. Hoy el fuerte está destinado á prisión de oficiales y á polvorín de la guarnición de la capital.

No lejos del castillo se divisa el caserío de El Biar formado por dos filas de casas europeas é indígenas, y por numerosas granjas diseminadas entre vergeles. Allí también está establecido el convento de las Hijas del Buen Pastor, asilo de huérfanas y de jóvenes arrepentidas.

Desde este sitio el camino sube y desciende entre plantaciones de oliveras, almendros y granados que rodean los antiguos aduares árabes, convertidos hoy en casas de labranza francesas; y mientras los caballos se detenían para tomar aliento, sofocados por la rapidez de empinada cuesta, echamos pie á tierra y pudimos abarcar el magnífico panorama que nos ofrecía la ciudad desplegada de perfil en las gradas escarpadas de su verdosa colina.

Nunca la ciudad querida de los árabes se nos había presentado tan blanca y tan hermosa. El altivo recinto de sus murallas turcas, roto por muchas partes, apenas puede contenerla, y la ciudad alta ha perdido sus minaretes y sus terrados blanquecinos. Todas las naciones del mundo vienen hoy á amarrar sus naves de guerra y sus buques mercantes al pie de la Gran Mezquita de los piratas; Bordj-el-Fanar, la terrible fortaleza de Barba-Roja, no asusta ya á nadie, y se empavesa con la bandera tricolor en señal de alianza; y, sin embargo, Argel continua siendo la capital y verdadera reina del Mogreh, y con su Kasba por corona, será por mucho tiempo *El-Bahadja* de los árabes, es decir, la ciudad más blanca del Oriente. Y cuando el sol se eleva para alumbrarla, tiéndola con los rayos dorados que le trae de la Meca, se la creería surgida la víspera de un inmenso bloque de mármol con venas de rosa.

Volviendo la vista en otra dirección apercibíamos llanuras extensas, praderas y vergeles, casas de campo y elegantes quintas, granjas que fueron cuarteles, viejas fortalezas convertidas en pueblos, y por todas partes árboles vestidos de follaje, á pesar del invierno que amontonaba sus nieves en las altas.

cumbres del lejano Atlas, y como fondo encantador de tan artístico cuadro la cortina azulada é infinita de la alta mar.

Dominados por la impresión de la belleza de aquella naturaleza incomparable, desembocamos en las llanuras de Staneli, pobladas por colonos venidos de Francia y de Mallorca, que al cultivo de los cereales han añadido el de los arbustos y árboles odoríferos, cuyos productos destilados les proporcionan resultado lucrativo. Otras varias industrias están en plena actividad en este centro que cuenta con molinos harineros, almazaras y fábricas de ladrillo y crín vegetal.

La aldea de Cherega sirve de centro á la importante población agrícola establecida en el campo de batalla donde los franceses alcanzaron señalada victoria contra los indígenas, que se defendieron bizarramente, causándoles muchas bajas, entre ellas la de un general, cuya tumba señala un pequeño monumento al lado del camino.

No lejos de Cherega se deja la carretera para penetrar en la propiedad de los Trapenses, y no se tarda en divisar la torre del severo convento y las tapias elevadas que lo cercan.

XXVIII

El convento de la Trapa.

Cuando en 1830 el ejército francés desembarcó en la punta de Sidi-Ferruch, encontró las tropas argelinas acampadas sobre una ancha meseta de unos 150 metros de altura, separada del mar por una cordillera de picos estériles y de dunas de arena poco elevadas. En este sitio, conocido por los llanos de Staneli, tuvo lugar la acción sangrienta que abrió á los franceses el camino de Argel, y comenzó la conquista de la hoy floreciente colonia. Trece años después un decreto autorizó á los trapenses á fundar cerca del campo donde se dió la batalla un establecimiento agrícola, concediéndoles unas 1.000 hectáreas de terreno, y poco después los austeros hermanos fijaron su residencia junto á las palmeras á cuyas plantas se habían alzado las lujosas tiendas de Ibrain y de los Beys de Orán y de Constantina.

Al día siguiente de su llegada celebraron los frailes en un altar al aire libre un funeral en memoria de los soldados muertos gloriosamente en Staneli, y se entregaron á su vez con ardor á los combates del trabajo, á la oración y á la caridad. Los pri-

meros años fueron muy penosos, á pesar de las subvenciones en dinero, en animales, en semillas, y del concurso de ciento cincuenta condenados militares para la construcción y el desmonte, facilitados por el gobierno, y en fin, de las limosnas y los recursos personales de algunos religiosos. Pero gracias á su perseverancia y á su celo, que se enardecía ante las dificultades, el desierto ha llegado á ser hoy fertilísimo campo de excelentes rendimientos.

La colonia agrícola de Staneli se compone de una abadía que da asilo á un centenar de padres trapenses, una granja en la que trabajan más de ciento cincuenta obreros; talleres, molinos, considerable material, numerosos ganados, jardines donde cultivan el jeranio rosa para la destilación, viñedos y diferentes plantaciones importantes. Allí, entregados á las faenas campestres ó pasando sus días en piadosas meditaciones, predicán con el ejemplo la resignación á los desgraciados, la caridad á los ricos, el amor al trabajo á los obreros y la fraternidad verdadera á todos, sin contar el bien que producen en el país distribuyendo el fruto de sus economías entre los menesterosos y proporcionando honrado trabajo y enseñanza á un sinnúmero de familias.

A la puerta de un primer cuerpo de edificio nos recibió un fraile de lengua barba y tosco sayal, que nos franqueó la entrada después de haberse asegurado de que no iban mujeres en el coche, pues la regla les prohíbe terminantemente el acceso.

En el patio exterior se halla el grupo célebre de las diez palmeras que rodean la capilla donde se venera la imagen de Nuestra Señora de Staneli.

Otro hermano, de hábito blanco y manto negro,

nos acompañó al jardín donde florecían bellísimas flores y hermosos frutales, y nos hizo ver la viña admirablemente cultivada que produce el renombrado vino de Staneli, principal explotación de la Trapa.

Después nos llevó hasta el cementerio donde nos dejó penetrar solos. Sobre un monumento que se alza severo frente á la puerta, resalta en letras negras esta palabra de esperanza y certeza: *Resurigo*. Al rededor, las tumbas que los trapenses se preparan en vida, alineadas y tan pequeñas que parecen tumbas de niño. La fosa presenta la forma de un ataúd en que la tierra sola sirve de sepultura, sobre la que se eleva una modesta cruz con el nombre del hermano que allí reposa.

Nada tan triste y tan severo como aquellas tumbas geoméricamente semejantes, como símbolo incontestable de la igualdad ante la muerte.

Pensativos y tristes, bajo la impresión de aquel lugar de paz y bienestar eterno, cruzamos el jardín y nos detuvimos ante el portal interior, en cuyo frontal campea esta divisa de combate, de fé y de trabajo: *Euse Cruce Aratro*.

—Entrad y hablad quedo—nos dijo un trapense al abrirnos la puerta. La regla no permite á los monjes desplegar los labios dentro del recinto del convento.

El edificio forma un rectángulo de unos 80 metros cuadrados, y el centro está ocupado por patio con fuente y jardinillo, rodeado de espacioso claustro, con columnas y muros bien enlucidos, en que se destacan en grandes mayúsculas negras sentencias en francés y en latín sobre la vida del alma y

el ejercicio de las virtudes, entre otras, la siguiente: «Si es triste vivir en la Trapa, cuán dulce es morir en ella.» «Una muerte sin dolor, bien vale una vida sin placer.»

Con tan saludables máximas el trapense no pierde de vista que vive para morir, y despojado de las terrenales pasiones y de los goces efímeros de la existencia, cifra su anhelo en preparar su alma con las prácticas estrechas de la penitencia, esperando sin temor el momento de abandonar el mundo, á que ya no pertenece, para lograr en mejor vida la calma y bienaventuranza de los elegidos del Todopoderoso.

El padre nos condujo á la capilla, donde algunos hermanos oraban ó meditaban frente al altar ó prosternados besaban el suelo, los brazos en cruz. Una claridad suave, una paz inefable, reinaba en aquel piadoso recinto y observando aquellos muertos en vida con sus ojos serenos y puros, los grandes sitios de enéina que aparecían en el coro, el Cristo en la Cruz, la mortecina luz de los ciriales y el reposo inmenso que nos rodeaba perdíamos la noción del tiempo, nos parecía respirar otra vida mejor y creíamos hallarnos á millares de leguas del mundo real.

Visitamos después la sala capitular adornada con máximas alusivas á la disciplina, con bancos de madera y pupitres, y en el fondo el sillón de cuero de Dom Abbas, señor y prior de la Trapa.

En el refectorio dos largas mesas de madera gastadas por el uso, bancos incómodos, y cada sitio señalado con un pedazo de pan, una cacerola con legumbres y un jarro de barro con agua. En los desnudos

muros máximas predicando la sobriedad, entre otras: «Alimentaos con mi palabra, no con carne y vino.»

En el segundo piso cruzamos la biblioteca, donde un monje venerable se engolfaba en la lectura de libros enormes encuadernados en viejo pergamino, y nos detuvimos en la gran sala dormitorio. Las celdas, en dos filas á lo largo de las paredes, están separadas entre sí por divisiones de madera, quedando reducidísimo espacio para un camastro estrecho y duro, sin más abrigo que una ligera manta de lana.

Al cruzar el patio para ir á la granja encontramos varios trapistas que, llamados por la campana anunciando el descanso del medio día, regresaban de las faenas agrícolas, cuyas señales se notaban en sus manos endurecidas por el trabajo continuado. Algunos nos llamaron la atención por su aspecto inteligente y por su aire distinguido.

Ya fuera del convento, el hermano, que era un alsaciano de sanos colores y de extraordinaria corpulencia, pudo contestar al sin fin de preguntas que le dirigimos, y nos suministró afablemente los diferentes datos que consigno acerca del monasterio, de su regla y de su explotación agrícola. La bodega contenía enormes toneles, cuyas panzas encerraban vinos añejos, que probamos, reconociendo lo justo de su celebridad. Más allá el laboratorio, donde en grandes alambiques se amontonaban ramas de jeránio, despidiendo perfume penetrante. En otros preparaban licor de mandarina y extractos para esencias.

También visitamos los talleres de carpintería,

cerrajería y demás oficios necesarios á tan importante posesión, dirigidos con gran perfección por los mismos padres. En los corrales se agitaba una verdadera población de aves de todas clases y conejos, y en los establos abundaban vacas y terneras que el buen fraile acariciaba, recibiendo en pago miradas tiernas de agradecimiento y expresivos lametones en las manos.

Las cuadras contenían mulas, camellos, asnos y algunos potros vigorosos y de noble raza.

Mucho nos llamaron la atención las extensas plantaciones de naranjos mandarines cargados del sabroso fruto, cuya venta es una verdadera riqueza para el monasterio.

En la conserjería, el monje se despidió de nosotros después de presentarnos un registro donde todos los visitantes estampan su firma, y, hojeándolo, leímos los nombres de príncipes, generales, obispos y viajeros ilustres. Había también algunos rengiones trazados por el malogrado Emperador Napoleón, Emperatriz Eugenia, Príncipe de Gales, versos de Víctor Hugo, frases de Alejandro Dumas, palabras encomiásticas del gran duque Alexis de Rusia y un pensamiento sublime de D. José Zorrilla.

Pasamos luego al refectorio de los viajeros y nos sentamos en una mesa limpia y humilde con otros turistas y algunos labradores y un sacerdote italiano. Con buen apetito comimos el almuerzo, compuesto de patatas cocidas, habichuelas, habas, alcachofas y otras legumbres; naranjas, frutas secas, arroz con leche y varias confituras, no faltando el esquisito moscatel, agua fresquísima y miel sabrosa.

Durante la comida apareció un instante el Abad

de la Trapa, revestido de finísimo paño blanco, con vivos morados, robusto y con el aspecto arrogante de un templario. Todos nos levantamos respetuosamente. Se acercó á la mesa, dió la bienvenida con frases sencillas y amables, nos bendijo solemnemente y se retiró con majestad, envuelto en los severos pliegues de su manto negro.

En cambio de la hospitalidad recibida compramos rosarios de nacar, medallas de la Virgen, frasquitos de esencia de rosa y de geranio y botellas de aguardiente del famoso vino.

Al alejarnos de la Trapa no pudimos menos de tributar nuestra admiración más profunda hacia aquellos seres que, huyendo de los placeres y goces terrenales, consagran su existencia á la oración, al trabajo y á la caridad, renunciando á todo afecto, privados de todo goce material, y sin más alegrías que la contemplación de la naturaleza y la calma de una existencia sin pecado.

XXIX

El mercado francés.—«La Pecherie».—Un bazar árabe.

Una mañana salimos del hotel mas temprano que de costumbre, y vagando al azar por la ciudad moderna, desembocamos en la plaza de Chartres, muy curiosa por sus pórticos, por la preciosa fuente que ocupa el centro, y sobre todo, por el mercado que diariamente se celebra durante las primeras horas de la mañana.

Malteses, mahoneses y moriscos presentan montones olorosos de naranjas, limones, plátanos, nís-polas, ginjoles y dátiles, cuyos colores brillantes resplandecían avivados por las ardientes caricias del sol. Arabes corpulentos se mantenían sentados detrás de inmensas sarrías de legumbres; vendedores ambulantes judíos ofrecían toda clase de baratijas; biskrinos de elevada estatura con fez y descalzos, llenaban en la fuente barriles de hierro, robustos morabitas transportaban grandes cargas, enseñando bajo su albornoz chaquetas de lana francesa; kábilas de mirada inteligente, albornoz al hombro, traían al mercado los variados productos de sus industrias montańesas; y en las múltiples

tiendas establecidas bajo los pórticos franceses y levantinos, vendían los artículos necesarios al consumo y á las necesidades domésticas.

Muchos desocupados ó turistas como nosotros, circulaban por el mercado, observando las idas y venidas de las criadas francesas, vivarachas y bulliciosas, contrastando con las sirvientas negras, con sus grandes cestas, las mahonesas de pañuelo de seda, y no pocas amas de casa, haciendo por sí mismas sus compras, y regateando á judíos y árabes sus mercancías.

No faltaban mendigos, viejas moriscas andrajosas vendiendo plantas aromáticas y medicinales arrancadas de las rocas de los montes cercanos, y un enjambre de chiquillos árabes, medio desnudos y sucios, asediando á los transeuntes para limpiarles las botas.

Animadísimo resultaba el mercado, y pintoresca en extremo la variedad de tipos y de trajes, el movimiento incesante de la multitud abigarrada y el murmullo de voces chillonas, pronunciando frases españolas, catalanas, árabes, francesas y maltesas, conjunto de sonidos roncós y dulces que producían en nuestro oído extraña sensación.

Largo rato permanecimos paseando por entre tan diversos grupos, recorriendo después las calles vecinas, arterias principales del comercio europeo, y disfrutando de la perspectiva de la calle de la Lyra — una de las más pasajeras, — que á aquella hora estaba muy concurrida, y sus tiendas llenas de compradores.

Una calleja empinada, que seguimos al azar, nos condujo hacia una plazuela solitaria, en un terreno

ocupado en otro tiempo por la puerta Bab-el-Djeddid y que marca actualmente el punto de separación de las dos ciudades. Junto á altísima palmera algunos mercaderes judíos vendían hierro viejo, clavos y objetos de cerrajería, mientras bandadas de chiquillos franceses, moros y judíos se entregaban á bulliciosos juegos.

Allí terminan las calles de la vieja *Kasba*, y de allí parten las que descienden hácia el puerto; allí expiran las costumbres, las industrias, los ruidos y hasta los olores de las dos poblaciones. A la derecha, calles profundas se hunden en Europa; barrios pobres, mezquinos, bulliciosos, con modas desconocidas y rótulos ridículos; callejas sospechosas pobladas de gentes de mal vivir; marineros que correlean; industriales sin industria, agentes de policía, ruidos cosmopolitas y extravagantes, emigrantes que peroran en dialectos incomprensibles, judíos que disputan, mujeres que maldicen, fruteros españoles cantando al son de la guitarra, y, en resumen, las costumbres triviales y la parodia de nuestros pueblos pequeños de provincia, con la depravación de las grandes ciudades: la miseria mal soportada, la indigencia en estado de vicio, el vicio repugnante.

En oposición á esta colonia sin nombre, se abren discretamente los barrios lóbregos del viejo Argel, el silencio, el misterio, la ociosidad, las casas bizarras y las puertas cerradas, restos de la ciudad de los piratas y última trinchera donde se han refugiado árabes y moros, protesta viva de los sectarios del Korán.

No nos internamos en el barrio Moro. Volvimos á la plaza del Gobierno, y pasando junto á la Gran

Mezquita, nos dirigimos al barrio de la Marina por las cuestas y escalinatas que conducen al Puerto y á la Pescadería.

El cielo aparecía profundo y sereno; un sol abrasador bañaba los kioskos, las palmeras, las mezquitas; el mar resplandecía como espejo de oro, y los cristales de las casas, de los tranvías y de los carrioches lanzaban destellos brillantes.

Los escalones por donde bajábamos estaban ocupados por vendedores ambulantes de cocos, tortugas, dátiles, plátanos, pajarillos verdes y monos enjaulados, y más allá, en la plaza Mahón, catalanas y maltesas ofrecían ostras, cangrejos, langostas, almejas y otros mariscos frescos y colorados. A la entrada de la Pescadería sardinas, lenguados y salmone-tes brillaban con reflejos de plata junto á barracas en que se vendían aves, frutas y legumbres.

El penetrante olor del marisco nos abrió el apetito, y pasando revista á los muchos restaurants de aquel barrio, nos instalamos en el ancho balcón del que nos pareció más limpio y mejor situado.

Saboreando ostras y mariscos, apreciando lo esquisito del pescado guisado á la marinera y lo picante de la *bonillabaisse* marsellesa, rociada con esquisito vino blanco de Argel, nos deleitábamos con el movimiento del puerto y admirábamos el maravilloso panorama que se ofrecía á nuestra mirada.

Cerca de nosotros almorzaban alegremente oficiales con pantalón bombacho y chaqueta azul celeste. En otra mesa, un inglés estirado, con su inseparable Guía de viajes al lado, sostenía animada conversación con un yankee moffetudo, con el chaleco desabotonado y moviendo mucho las manos sin

duda para lucir buen número de sortijas de brillantes de gran tamaño. No faltaban en el restaurant marseleses barbudos, marinos levantinos y mulattos, destacándose entre tan variado personal un negro *dandy* vestido á la última moda, y que al salir se cubrió con un gran sombrero de copa gris y encerró sus manos negruzcas en correctos guantes ingleses.

Tomamos el café moro en un establecimiento inmediato, donde la concurrencia era tan extraña como en el restaurant, y mientras observábamos á nuestros vecinos nos apercibimos de que también nosotros éramos objeto de la curiosidad general y de los comentarios, sin duda á causa de nuestras capas españolas.

De regreso en el centro de la ciudad, nos llamó mucho la atención la concurrencia extraordinaria que llenaba la plaza del Gobierno. No tardamos en darnos cuenta de lo que reunía tanta gente. La música del regimiento de cazadores turcos tocaba con notable precisión y armonía lo mejor del repertorio, marchas, trozos de ópera y fantasías de sabor morisco, que el público, sentado alrededor del kiosco ó paseando por la anchurosa plaza, aplaudía con entusiasmo. Aquel público era completamente europeo, así lo demostraban los sombreros y toilettes de las señoras, las chisteras y gabanes de los hombres, los trajes de bebés y niñeras y los tipos franceses de casi todos. A no ser por algunos albornoces que modestamente se dibujaban en las esquinas, por los minaretes esbeltos de las mezquitas cercanas, por las casas moriscas que agrupadas junto á la vieja ciudadela dominan la ciudad moderna, nos hubié-

ramos creído en la plaza principal de cualquier ciudad del interior de Francia.

En las calles de la Lyra, de Rab-Azun y Rab-el Aad, centros del comercio que desembocan en la plaza del Gobierno, reinaba también gran algazara. Era el último día del año, y siguiendo la costumbre francesa, los argelinos se dedicaban á comprar los *etrennes* con que habían de obsequiar á parientes y amigos el día de Año Nuevo.

Los pórticos podían apenas contener la multitud de paseantes y de compradores que miraban los escaparates de las tiendas de modas europeas, se aglomeraban en pastelerías y confiterías, llenaban librerías y bazares y penetraban en las tiendas de artículos kábilas y moriscos.

En la puerta de un bazar árabe, un judío joven y de aspecto simpático, nos invitó á visitar su establecimiento, y aunque manifestamos nuestra intención de no comprar nada, fué tal su insistencia que hubimos de ceder, y dejarnos conducir por espacioso zaguán á un gran patio morisco rodeado de galerías, cuyos arcos de herradura y esbeltas columnas servían de sosten á las galerías del piso superior.

Varios mercaderes judíos enseñaban sus géneros á multitud de compradores, animándolos con palabras melosas, frases aduladoras y exajerados cumplimientos, á dejarse seducir por la baratura y bondad de los objetos que les ofrecían.

Maravillados quedamos del riquísimo y variado surtido de artículos indígenas que en artística confusión llenaban el patio, la escalera y las galerías de ambos pisos. Pisábamos tapices persas y tunecinos, finísimas esteras de vivos colores, pieles de tigre y

de león; de los arcos pendían lámparas de cobre y de bronce, linternas de papel, farolillos, pebeteros y jaulas caprichosas, y los muros desaparecían bajo trofeos de espingardas, sables, fusiles y dagas de maravilloso trabajo, gumias, puñales encerrados en vainas de terciopelo y seda, enormes pistolas y pesadas matracas.

En una de las galerías examinamos un sin fin de sillas de montar delicadamente construídas, cubiertas de terciopelo y seda y de combinaciones admirables del cuero con la filigrana y los ricos bordados; estribos relucientes, espuelas de plata, bridajes y demás arneses, fabricados en el Figuig, en Constantina y en el sud argelino.

Aquí y allá taburetes de finas maderas con preciosos adornos tallados, divanes, cojines, preciosos muebles antiguos, armarillos caprichosos, cofrecillos de maderas olorosas incrustados de nacar y artísticamente trabajados, huevos y plumas de avestruz, y pieles de tafílete traídas del interior por las caravanas.

En armarios y vitrinas se amontonaban los objetos más raros y los efectos más extravagantes, collares, brazaletes, arracadas y broches de oro, plata y metal combinados habilmente por los artífices hábiles, con esmaltes verdes, amarillos y azules, que mezclados con el coral, la plata, las turquesas y otras piedras, dan á las joyas especiales que fabrican incontestable originalidad. Bibelots extravagantes, entre los que se destacaban tinteros de metal y bronce de formas extrañas, jarrones, objetos de barro, pipas y *utryghiles* turcos, collares de monedas árabes, aros de oro, garras de león, colmillos de ele-

ante, pájaros raros disecados, cajas para tabaco, cucharillas, espejos de mano con mango de oro ó de concha y de nacar, y otras muchas baratijas á cual más caprichosas.

Mucho nos sorprendió también la colección de telas y prendas de vestir de las moriscas y árabes. Damascos preciosos, finísimas gasas y muselinas, terciopelos recamados de oro, chalecos cargados de pedrería con enormes botones de plata y de oro, caftanes de paño y de seda, chaquetillas de verano y de invierno, calzones sencillos y de lujo desde el algodón y la muselina de Indias hasta el pesado brocatel recamado de oro y seda; fajas de vivísimos colores y bórdados caprichosos, pañuelos de seda, casquetes cubiertos de lentejuela, hilos de oro y de plata; zapatillas de gran lujo, y en una palabra, el vestuario más completo y más suntuoso de una sultana y los tesoros más variados con que la mujer musulmana se engalana para cautivar y enloquecer á su poderoso señor en las voluptuosidades del haren.

Abundaban también los haicks y albornoces, tejidos por las mujeres de los oasis y de las tiendas; mantas de brillantes matices; rosarios y amuletos, esencias de rosa y de geráneo; pastillas de penetrante perfume; esquisito moka y frascos cincelados, encerrando tinturas muy apreciadas de las musulmanas, que se sirven de ellas para aumentar sus hechizos.

Examinando aquellos magníficos géneros, aquellos artísticos trabajos y tan variados artículos á cual más curioso y más sorprendente, escuchando las ponderaciones del judío, sus explicaciones acer-

ca de la procedencia, mérito y aplicación de cada cosa, resistiendo á los esfuerzos de habilidad del sagaz vendedor para decidirnos á comprar de todo, cuyos argumentos y recursos consiguieron hacernos gastar en bibelots más de lo que pensábamos, transcurrieron insensiblemente las horas de la tarde.

Salimos del bazar acompañados hasta la puerta por el hebreo, cuyas reverencias, cumplimientos y agasajos demostraban su contento por haber realizado un buen negocio, y para llegar á nuestro hotel hubimos de cruzar, con no poco trabajo, por el gentío que recorría las calles y se detenía delante de los escaparates brillantemente iluminados.

XXX

Una fiesta morisca.

Desde hace algunos años existe en Argel una sociedad cuyo principal objeto es dar á conocer en Europa, por medio de inteligente propaganda, las excelencias del clima argelino, las ventajas de su ciudad como estación invernal, y las comodidades y recreos con que brinda á los extranjeros que cada año acuden en mayor número y de más lejanas regiones.

Esta sociedad dedica preferente atención á facilitar á los forasteros los elementos necesarios para hacerles más agradable su estancia en la floreciente capital, y al efecto les ofrece durante la temporada de invierno variado programa de festejos, entre los que figuran zambras moriscas, carreras de caballos, regatas, bailes campestres, expediciones á los pintorescos alrededores, y los espectáculos teatrales propios de las grandes poblaciones europeas. En el período carnavalesco, tienen lugar cabalgatas históricas, bailes suntuosos, iluminaciones fantásticas del puerto, y retretas militares muy celebradas.

Durante nuestra corta estancia en Argel tuvimos la suerte de asistir, gracias á la galantería de nuestro inseparable doctor, á una fiesta morisca nocturna organizada por la junta en la Kasba en honor de la colonia extranjera, y nunca podremos olvidar la agradable velada que pasamos en aquel fantástico festival, cuyos originales detalles no son fáciles de fiel descripción.

¡Hacia las ocho de la noche las estrechas calles de la ciudad alta podían apenas contener la multitud de extranjeros que, acompañados por individuos del comité y provistos de tarjetas personales, se dirigían á la casa árabe, donde había de celebrarse la fiesta.

Maravilloso aspecto presentaba el antiguo barrio mahometano, adornado con vistosos arcos de follaje entrelazados con banderas y gallardetes de brillantes colores; y de los porches y cuerpos salientes de madera pendían arañas de gusto morisco y lámparas primitivas de bronce que hacían magnífico efecto junto á la iluminación de vasos de colores que marcaba la línea de las estrechas puertas de las viviendas indígenas. Ricas colgaduras de preciosas sedas bordadas de arabescos pendían de los terrados cubriendo las macizas paredes de algunas moradas habitadas sin duda por gentes de elevada posición; y hasta las más modestas lucían pabellones de telas de gusto oriental muy característico.

La silenciosa Kasba se había convertido como por encanto en bullicioso centro de alegría, y por todas partes resonaban gritos de admiración, voces de júbilo y exclamaciones de asombro y entusiasmo en todas las lenguas europeas, confundándose con

los ecos de las músicas y de los cantos que se escapaban de los innumerables cafés árabes, profusamente iluminados. De cuando en cuando, en las encrucijadas de aquel extraño laberinto se nos aparecían—como para mantener viva la impresión de los lugares que recorríamos y preparar el ánimo al fantástico espectáculo que íbamos á presenciar—arrogantes moros de amplio albornoz, siguiendo con mirada entre desdeñosa y siniestra la marcha del cortejo europeo; y en los dinteles de las casas asomaban, rebujadas en el impenetrable haick que ocultando la morbidez de sus formas dejaba solamente vislumbrar el brillo ardiente de expresivos ojos, mujeres árabes semejantes á sobrenaturales apariciones.

En aquellas alturas se encontraba también una multitud de curiosos del pueblo francés divirtiéndose á su vez observando el conjunto caprichoso de tipos, trajes y lenguaje que presentaban los expedicionarios; y atraídas por el ruido y esplendor de las calles acudía un buen número de altivas judías, ataviadas con sus más lujosos trajes y luciendo riquísimas joyas, aumentando así la encantadora originalidad de tan indescriptible cuadro.

Con tan agradables impresiones, el trayecto se nos hizo muy corto, y sin darnos cuenta de la larga distancia recorrida ni de la fatiga de la marcha á paso rápido por las empinadas callejas, nos detuvimos delante de una casa de modesta apariencia, pero espléndidamente iluminada, á cuya puerta se apiñaban, pugnando por penetrar pronto, los invitados, que se defendían con ardor de la presión creciente de los últimos llegados, sin que nadie hiciera caso.

de los gritos de las señoras, medio asfixiadas, ni de los esfuerzos de la comisión y de la policía para poner orden y recomendar la calma y la paciencia.

A fuerza de empellones, y ayudados por los codazos expresivos de varias *misses* que nos precedían, logramos alcanzar el zaguán, y nos encontramos en un gran patio cuadrado, rodeado de ancha galería, cuyos arcos servían de sostén á la del piso superior. En el patio, alfombrado de precioso tapiz persa, se habían reservado dos filas de sillas para las autoridades, cuerpo consular y personas principales, dejando espacio bastante en el centro para los distintos cuadros de que se componía el espectáculo. Las dos galerías y el terrado estaban ya ocupadas por triple hilera de invitados instalados en sillas y bancos, y algunos encaramados en las rejas de las habitaciones que daban sobre la galería.

Después de muchas dificultades pudimos situarnos en primera fila en el primer piso, apretados contra el pretil y resistiendo el empuje de los espectadores que se apiñaban detrás de nosotros, y aunque no estábamos muy cómodos, no había motivo de queja, pues veíamos los apuros de la comisión organizadora para colocar á los invitados, que no cesaban de llegar, y que con ademanes descompuestos y grandes voces, se empeñaban en invadirlo todo, sin hacer caso de las enérgicas protestas de las señoras que veían estrujados y pisoteados sus trajes, y reclamaban inútilmente de la galantería masculina la cesión de los mejores puestos.

Una vez colocados, nos hicimos cargo del local, que en nada variaba de los interiores moriscos, pero que presentaba con sus arcos elegantes, sus moldu-

ras, sus mosaicos y columnas de mármol y sus azulejos y arabescos, un estilo purísimo y un carácter muy adecuado á la fiesta que se preparaba. Infinidad de vasos de colores, arañas y farolas iluminaban fantásticamente tan delicado cuadro, al que daban mayor realce los resplandores de las estrellas que bordaban el azulado manto del infinito.

Entretanto, formaba curioso contraste con aquel fondo árabe el aspecto de un público cosmopolita, en el que se veían las toilettes de refinada elegancia de no pocas damas, junto á los excéntricos vestidos é inverosímiles sombreros de las inglesas, y los uniformes y fracs al lado de los sencillos trajes de viaje. Pero en todos los rostros se pintaba la alegría, y de todas las conversaciones salía el mismo murmullo de impaciencia, mientras continuaban llegando convidados; la aglomeración en las puertas era á cada instante mayor, y la junta organizadora no sabía ya cómo ni dónde colocar á tal gentío. Al fin resonó lejana música anunciando el principio del espectáculo, reinó profundo silencio, y todos nos dispusimos á no perder ni un solo detalle de la interesante zambra morisca.

Abriéndose paso por la muralla humana que cerraba las puertas, avanzó hasta el centro del patio la orquesta árabe, formada por media docena de robustos moros, que se sentaron gravemente en una esquina del espacio alfombrado destinado á escenario, cruzando las piernas y dirigiendo miradas arrogantes á los espectadores. Vestían algunos de ellos el clásico albornoz blanco ó azul oscuro, y la larga *gandura* de lana sin mangas, mientras otros llevaban calzón parecido al de los turcos, chaleco bordado de

oro y seda, y á la cabeza un pequeño turbante cubierto de una tela blanca atada con tiras de piel de camello.

En cuanto á sus instrumentos, eran de extraordinaria sencillez y los tocaban con una gravedad sorprendente. Uno de ellos arrancaba á la flauta de caña de dos agujeros sonidos penetrantes, tañía otro pausadamente la guitarra de ocho cuerdas, un tercero agitaba acompasadamente una gran pandera, y los demás llevaban el compás con los tantanes y castañuelas de hierro; y de tan extraños instrumentos resultaba un conjunto de notas agudas y monótonas, á las que daban mayor originalidad los movimientos de cabeza y los gestos y gritos con que acompañaban las armonías árabes los hijos del desierto.

Terminada esta primera parte musical, todas las miradas se dirigieron hacia la entrada, en donde aparecía un grupo de mujeres moriscas cuya extraordinaria belleza arrancó á los espectadores murmullos de admiración y aplausos entusiastas. Con paso lento y mesurado cruzaron el patio y se sentaron sobre cogines de terciopelo al lado de los músicos, y entonces pudimos contemplar á nuestro sabor aquel ramillete encantador formado por ocho mujeres de peregrina hermosura, engalanadas con riquísimos trajes orientales de brocados, gasas y damascos, resplandecientes de joyas y bordados de oro, que hacían resaltar la morbidez de sus formas, el fulgor de sus rasgados ojos, la expresión voluptuosa de su mirada, la perfección de sus desnudos brazos y de sus diminutos piés encerrados en pantuflas inverosímiles, y los mil atrac-

tivos conque las había dotado la naturaleza.

Contrastaban con las moriscas, de tez blanquísima, dos jóvenes kábilas ó berberiscas de color tostado, ojos negros y grandes, facciones correctas y esculturales formas. Su traje se componía de túnica larga de gasa bordada de flores de oro, ceñida á la cintura por ancha faja de colores vivos, y de la cabeza caía hasta los piés una especie de manto amplio encarnado, sujeto al haik, que daba muchas vueltas alrededor de la frente. Grandes collares de cuentas de vidrio y amuletos milagrosos rodeaban su cuello, y en las orejas, brazos y muñecas brillaban aros de oro y curiosos objetos metálicos. Siguiendo la costumbre kábila, se habían pintado en las mejillas y en los brazos extraños signos azules y encarnados y círculos excéntricos muy extravagantes.

Como nos llamara la atención que estas mujeres se presentaran en público con la cara descubierta, nuestro acompañante nos refirió que las que se dedican á lo que pudiéramos llamar vida artística y toman parte en fiestas de cristianos, son consideradas entre los suyos como faltas de decoro y dignidad, perdiendo así la consideración y el respeto de los árabes, para quienes el pudor femenino disminuye á medida que se alza el velo tradicional, tan recomendado por el Profeta.

Entre tanto, los músicos acompañaban los cantos lánguidos de las moriscas, que con sus voces argentinas y sus notas dulces y prolongadas, parecidas á suspiros amorosos, nos recordaban los tonos sentimentales y los compases delicados que tanto abundan en nuestros cantares andaluces.

Pronto salieron del grupo las dos jóvenes kábilas

y al compás de la música y excitadas por el canto melodioso de las moras, empezaron una danza apasionada cuyos movimientos cadenciosos acompañaban con sonrisas voluptuosas y miradas de fuego, que el público acogía con frenéticos aplausos y exclamaciones de admiración.

Cogidas por el talle y formando las dos como un solo cuerpo, tan iguales y acompasados eran sus gritos y movimientos, dieron varias vueltas al rededor del improvisado escenario marcando con pasomenudo el ritmo musical, irguiéndose y encorvándose lánguidamente á los golpes del pandero y del tambor, y poniendo de relieve la flexibilidad de su talle. Luego, separándose, ejecutaron una serie de pasos y de vueltas vertiginosas, en tanto que los instrumentos vibraban con poderosos sonos y los moros lanzaban gritos estridentes, resultando así una algarabía infernal y una escena cuyos detalles fantásticos son difíciles de describir.

Esta parte del espectáculo se terminó con el baile llamado de los puñales, en el cual las tostadas jóvenes simulaban con ademanes enérgicos la desesperación, la lucha y la venganza, acercando las aceradas hojas al corazón, á la garganta y á la frente, unas veces persiguiéndose, y otras abrazándose y presentando grupos plásticos admirables, mientras las cantantes entonaban himnos guerreros de una energía y un brío irresistible.

Tras breve pausa, durante la cual el local ofrecía curiosísimo y animado aspecto, llegó la vez á las moriscas, y al levantarse la primera, resonó triple salva de aplausos, que demostraban la popularidad de que gozaba la gentil bayadera entre los aficiona-

dos á aquella clase de fiestas. Según nos dijo Mr. Gallant llamábase *Muní*, y era la mora más renombrada por sus atractivos, por la riqueza de sus tocados y por el valor de sus joyas, siendo, por esto, muy solicitada en zambras y festejos, á pesar de hacer pagar su concurso á peso de oro, hasta el punto que, solicitada hacía poco tiempo para tomar parte en una fiesta oriental dada en honor de unos personajes franceses, á quienes el Gobernador deseaba obsequiar, exigió la suma de cinco mil francos, sin que lograran que rebajara un solo céntimo, convencida de ser irremplazable gracias á sus encantos y á sus talentos especiales en el canto y en el baile.

Era, efectivamente, *Muní*, una bellísima mora, de aterciopelados ojos, de mirada fija y penetrante, alta y proporcionada, de formas juveniles y tez rosada de delicada transparencia. Su traje, verdadera maravilla de buen gusto oriental, se componía de pantalón de seda color rosa con estrellas de plata, sujeto al tobillo con aros de oro salpicados de brillantes, de una faja de bien combinados colores, rodeando su cintura esbelta, y de tres preciosos castanes, dos de finísima muselina florecada y el tercero de ligera gasa de oro que modelaban su talle encerrándolo como en una armadura deslumbradora.

Sus cabellos de ébano se perdían entre brocados, doblados en graciosos pliegues, apoyándose como mitra asiática en el arco de sus prolongadas cejas, y sobre su frente espaciosa, se destacaba como signo heráldico misterioso una estrella azul casi imperceptible. Sus piés de niña calzaban zapatos cubiertos de pedrería, y los diamantes de sus brazaletes y collares despedían destellos de poderoso brillo.

Contemplando tan portentosa beldad, nos parecieron muy justificados los transportes de admiración y de embeleso que dominaban al público y la atención con que todos miraban cómo Muní ejecutaba una danza lenta y excitante, en que su cuerpo se agitaba en ondulaciones cadenciosas y movimientos de caderas que hacían resaltar los tesoros de su gracia, danza muy parecida, por su compás y expresiva música, á los bailes flamencos andaluces, cuyos detalles parecen significar la eterna leyenda de los amores dichosos.

Cuando Muní terminó su poética danza, el frenesí llegó á su colmo; las damas agitaban los pañuelos, y los hombres, enloquecidos por las miradas insinuantes y las sonrisas incitantes de la hurí, no se cansaban de aplaudir y de lanzar bravos y hurras atronadores.

El silencio no se restableció hasta que se levantó otra joven llamada *Aichuna*, no menos bella que su compañera, aunque más pequeña y más gruesa, es decir, una muestra del tipo de mujer preferido por los árabes, para quienes la exuberancia de formas y la abundancia de carnes son las cualidades más apreciadas.

Su traje era sencillo, pero de maravilloso efecto. Lucía calzón de damasco esmaltado de reflejos metálicos, chaquetilla muy corta y sin mangas, y camiseta de finísima gasa con flores plateadas, cuya transparencia dejaba adivinar los hechizos de su bien modelado busto, aumentando el esplendor de sus torneados brazos y de su pálida y nacarada tez. Llevaba á la cabeza un casquete de seda graciosamente prendido, y sus cabellos caían en largas trenzas en-

trelazadas con hilos de oro. Completaban tan lujosas galas alhajas de gran valor, y destacándose sobre la niveagarganta caía un collar de monedas de oro árabes, francesas y turcas, entre las que distinguimos varias onzas españolas magníficamente conservadas.

Gran ovación alcanzó también esta morisca, bailando primero una especie de tango y luego una deliciosa fantasía, levantando y bajando lentamente los brazos, teniendo un pañuelo de seda en cada mano, mientras sin mover los piés abandonaba su cintura á las contorsiones propias del baile flamenco, dando á la vez á su rostro una expresión de dejadez y de pasión inexplicables.

A este cuadro siguió nueva danza no menos interesante, en la que rivalizaron en soltura y viveza otras dos árabes, no menos agraciadas, haciendo caprichosas mudanzas, inclinándose é irguiéndose con ademanes y posturas de incomprensible suavidad y de infinito arrobamiento.

Cesaron de pronto los monótonos cantos y la adormecedora música, y las bellas moriscas y las arrogantes kábilas se retiraron radiantes y majestuosas, entre los aplausos de los espectadores que las aclamaban maravillados.

La última parte tuvo un carácter, si cabe, más original que las anteriormente descritas. La comisión trataba de dar á la colonia extranjera una idea de las extrañas prácticas á que se entregan los afiliados á la secta religiosa de *Sidi-Mohamed-ben-Aïssa*, famoso marabut que vivió en Marruecos hace próximamente cuatro siglos. Desterrado del imperio por el Sultán, celoso de la preponderancia que sus

milagros le daban de día en día, fué á refugiarse en Argelia, seguido de sus fanáticos partidarios, que veían en él al elegido de Dios, y suponían que Mahoma en persona, apareciéndose en sueños al famoso varón, le había trasmitido los estatutos y ritos de la orden religiosa basada en el Korán que había de fundar, concediéndole además la gracia especial de apropiarse las tres cuartas partes de las enfermedades, heridas y males corporales y espirituales de los buenos creyentes, hasta la cifra fabulosa de 250.000.

Hay así establecidas en Argelia numerosas hermandades religiosas constituídas con una organización poderosa y sencilla que coexiste con el régimen político francés. Los miembros de estas cofradías se dividen en *kuban* (hermanos), *mokhadem* y *cheikh*. Se designa con el nombre de *kuban* á la masa de los iniciados; *mokhadem* es el representante directo del *cheikh* y está encargado de recibir las limosnas, presidir las fiestas religiosas y dirigir la conciencia de los adeptos. El *cheikh* es una especie de prelado en perpetua comunicación con la divinidad; da la investidura á los *mokhadem* y los revoca cuando le parece conveniente. Él trasmite á sus subordinados el *Dikr*, ó sea la fórmula de la oración consagrada para distinguir al iniciado de los demás fieles. El *Dikr* puede servir en algunas ocasiones de santo y seña y de grito de guerra.

Desde hace algunos años las cofradías religiosas extienden su influencia por todas partes y tratan de disciplinar al mundo musulmán empujándolo fuera de las vías del racionalismo y de la religión natural trazadas por el Profeta Mahoma.

Estas hermandades eran en su origen asocia-

ciones de socorros mutuos ó ligas políticas fundadas sobre el prestigio de la aristocracia religiosa. Hoy forman un verdadero clero que reglamenta las prácticas religiosas, exigiendo de sus adeptos una obediencia pasiva, con el fin disimulado de resistir á las innovaciones implantadas por los franceses, oponiéndose á todo progreso y sosteniendo el espíritu de independencia de los musulmanes, excitando ó apaciguando sus escrúpulos religiosos según las circunstancias.

El Gobierno francés tolera estas sociedades, pero ejerciendo sobre ellas constante vigilancia para contrarrestar con firmeza inquebrantable la influencia de los santones, que cuando sopla el viento de la insurrección y los indígenas se agitan y se lanzan contra las bayonetas de los invasores, no permanecen inactivos ni son ajenos á los arranques fanáticos de sus sectarios predicándoles la Guerra Santa.

Volviendo á la descripción de la fiesta de que me he separado con la larga digresión que espero me dispensen mis pacientes lectores, consignaré que la orden de *Aïssa* á que pertenecían los árabes que acababan de presentarse, cuenta en Argelia con millares de afiliados famosos por la exaltación de sus sentimientos religiosos, por el fervor de sus rezos, y, sobre todo, por la virtud que el vulgo les atribuye de comer impunemente toda clase de animales venenosos y por el privilegio milagroso de poder curar las picaduras ponzoñosas de víboras, alacranes y otros reptiles no menos peligrosos.

El aspecto de los *Aïssaua*, ligeramente vestidos con largas túnicas blancas ó rayadas de colores fuertes, mal envueltos en haiks y albornoces y

dejando ver sus piernas y brazos tostados por el sol africano, era bastante repulsivo, sobre todo añadiendo los detalles duros de sus facciones y la expresión de feroz bestialidad de su mirada. Entre ellos había dos negros tan asombrosamente feos y miserablemente vestidos, que atraían las miradas de los espectadores que contemplaban tan extraño grupo con marcado asombro.

Acurrucados junto á los músicos, encendieron en una gran cazuela unos cuantos carbones, sobre los que echaron un perfume penetrante de sobre natural virtud, para alucinar y producir el éxtasis piadoso, entonando al mismo tiempo al compás del monótono tan-tan, oraciones místicas acompañadas con gestos extravagantes, contorsiones violentas y signos misteriosos.

Uno de los moros aspiró largo rato el humo del brasero, y de pronto, como dominado por irresistible impulso, empezó á dar saltos girando en rápido movimiento, arrojándose luego al suelo, desgarrándose el albornoz y queriendo morder á los morazos que le sujetaban, hasta que, rendido, quedó tendido en un rincón con los ojos desmesuradamente abiertos y sumido en profundo sopor.

Los dos negros sintieron después el efecto de la excitación nerviosa propia de los iluminados, y cogiéndose por la cintura, estuvieron largo rato balanceándose, con la vista extraviada, rígido el cuerpo y moviendo la cabeza hacia atrás y adelante, como si estuviera sujeta al tronco por elástica cinta, insensibles á los esfuerzos de sus compañeros, para separarlos y arrancarlos al sueño.

Pero aun no habían vuelto en sí los negros, cuan-

do vimos á un tremendo morazo retorcerse en el paroxismo de la alucinación, dando alaridos salvajes y como si estuviera atacado de locura furiosa. Poco á poco fué calmándose, y entonces le entregaron una hoja de palera llena de pinchos, que empezó á devorar con asquerosa glotonería sin manifestar el menor dolor, mordiéndola con verdadera alegría, dando así pruebas de excelentes tragaderas, y retirándose luego á descansar satisfecho de su poderosa fuerza digestiva.

Otro *Aissana*, también dominado por conmociones pasmosas producidas por el humo y por la sugestión mental, se entretuvo en atravesarse la lengua con varias agujas (que el público había examinado, lo mismo que la pala, para convencerse de que no había engaño) sin que se advirtiera signo alguno de dolor, y luego se atravesó ambos carrillos con una especie de afilado estilete, sin que tan raro adorno le impidiera continuar sus volteretas y sus saltos. Este iluminado nos entretuvo con otras varias pruebas no menos interesantes, con puñales y barras hechas ascuas que mordía desafortadamente ó acariciaba amoroso con sus labios, á pesar de las quemaduras que resultaban y á las que permanecía insensible.

Para terminar el espectáculo, se levantó el que parecía jefe de aquellos exaltados, tipo clásico de los encantadores de serpientes que tanto abundan en Marruecos y en toda la costa de África.

Era un hombre forzudo, mal vestido y desgredado; tenía la cara ancha y la frente espaciosa; imprimía á sus gestos un tono especial, y los ojos, que ensanchaba á veces de un modo considerable ó es-

condía entre la carnosidad de sus cejas, brillaban con siniestros fulgores. De un pequeño saco que pendía de su cintura, tomó una víbora de cuernos, y poniéndola en el suelo empezó á conjurarla.

Agitábase dando vueltas encorvándose en actitud de acecho, gritando palabras que debían ser invocaciones y que repelían en coro los demás Aissaua, y se sentó mirando fijamente la víbora, haciendo signos raros.

Explicó en árabe con gestos horribles, no sé qué cosas que naturalmente no entendimos, señalándose el pecho y los brazos y cogiendo la víbora que se retorció, enroscándose en sus piernas, la metió en el pecho y en la boca, haciendo que le mordiera la lengua; colocándola luego tranquilamente al rededor de su cuello de donde se desprendió súbitamente cayendo al suelo presa de profundo letargo, entre los gritos y contorsiones de los árabes.

No contento con este prodigio el encantador, retiró de un tubo de cristal dos alacranes, los colocó sobre una pandera y los enseñó al público para hacer constar que estaban vivos, y sin temor al veneno se los tragó con verdadero júbilo.

Una serie de volteretas y de juegos ejecutados por los moros puso fin á la fiesta cuyos detalles variados habían entretenido tan agradablemente á la concurrencia que al descender por las calles de la Kasba, aún iluminadas y bulliciosas, hacía interminables comentarios sobre el espectáculo, asombrados aún de las fantásticas danzas de las moriscas y de las extravagancias de los Aissaua, que muchos encontraban ridículas.

Por nuestra parte pedimos explicación á mon-

sieur Gallant de lo que nos había parecido una farsa hábilmente preparada, y escuchamos á nuestro amigo corroborar nuestra afirmación, contándonos que las prácticas de los Aissaua están prohibidas por la policía, porque realmente llegan á excitarse hasta el extremo de volverse locos y de ser peligrosos para los que las presencian. El mismo había estado á punto de ser víctima de su curiosidad, asistiendo en Marruecos á una sesión de iluminados, junto á la tumba de un santón, pues en el período culminante de la crisis nerviosa se lanzaron sobre los extranjeros y difícilmente pudieron escapar á su furor.

XXXI

Un tribunal de justicia árabe.

En uno de nuestros paseos por la ciudad observamos mucha gente que entraba en una casa morisca. No tardamos en informarnos de que allí estaba instalado el tribunal de justicia árabe.

Penetramos en el local, y nos encontramos en un gran patio cuadrado, enlosado de mármol, revestido de azulejos antiguos, cubierto de cristales, y en las paredes ventanas condenadas, parecidas á nichos, y armarios conteniendo legajos y libros.

En el fondo, dando frente á la puerta, un estrado, una mesa-escritorio, un sofá muy ancho y de bajo respaldo y varios cojines. A la espalda campean en el muro, en gruesos caracteres, leyendas tomadas de un versículo del *Korán*.

El tribunal está constituido por el Cadí ó juez, cuatro ó cinco *adul* (ESCRIBAS) encargados de los interrogatorios, del examen de las actas y de la redacción de los fallos, y el *chaneh* ó notario.

Cuando nosotros entramos, numeroso público ocupaba el centro del patio, sentado en las esteras

detrás de dos litigantes que, también sentados á la mora, argumentaban en árabe con tal violencia, que temíamos vinieran á las manos, sorprendiéndonos no poco la impasibilidad de la concurrencia. Un árabe que se hallaba cerca de nosotros comprendió sin duda nuestra curiosidad, y nos explicó que los litigantes no se peleaban, sino que discutían tranquilamente.

Mientras tanto nos fijamos en el Cadí, alto, delgado, de mirada sagaz y dulce, muy distinguido, de palabra lenta y aspecto enfermizo. Los colores de sus vestidos eran negro, blanco y gris, y una faja ancha de muselina plegada sobre un turbante esférico lo cubría, envolviéndolo ámpliamente hasta la cintura. Hablaba poco, interrogaba en voz baja y fijaba su mirada en los litigantes sólo cuando la pregunta merecía toda su atención. De otro modo, escuchaba con indiferencia, el codo apoyado en los cojines, los ojos entornados, entre distraído y pensativo, guardando la actitud de una persona á quien hicieran confidencias de poca importancia.

Los escribas usan un tocado de algodón blanco, muy raro, en forma de calabaza, y una pelliza de seda que cubre enteramente el ancho calzón. Su aspecto grave y digno revela fácilmente el elevado cargo que ejercen en la magistratura y sus funciones como hombres de iglesia, pues el *adel* preside las ceremonias del culto y los entierros, interviniendo así, por sus dobles funciones, en los grandes intereses de la vida presente y de la vida futura.

Las mujeres no pueden entrar en el recinto. Se les reserva una galería separada del pretorio por un

enverjado de madera; pero les está permitido litigar, manteniéndose detrás de la reja.

Precisamente el día en que visitamos el tribunal de justicia árabe, había un asunto entre una mujer y su marido. Todo el mundo miró hacia la reja, tras de cuyas barras aparecía una mora velada, que, según nos explicó nuestro amable vecino, pretendía divorciarse, apoyando su pretensión con gestos expresivos, movimientos furiosos y un chaparrón de palabras pronunciadas rápidamente, refiriendo los disgustos de su vida matrimonial. Nos llamó mucho la atención que la querellante apoyaba su elocuencia y sus gestos violentos blandiendo en una mano una de sus babuchas. ¿Significaba aquel detalle cómico un reto, un símbolo ó un movimiento inconsciente hijo de la excitación del momento? No supieron explicárnoslo en aquel momento, y olvidamos preguntarlo después.

El marido escuchaba sin alterarse las injurias de su mujer, contestando luego con energía á las preguntas del juez, quien, no apreciando suficientes los argumentos y resentimientos de la esposa, lejos de pronunciar el divorcio, aconsejó que tuvieran paciencia y procuraran vivir en paz, suspendiendo la causa hasta el año siguiente.

XXXII

**Punta Pescade.—Los coches en Argel.—
Los horriquillos.**

Una de las excursiones más pintorescas en los alrededores es la de *San Eugenio* y *Punta Pescade*. El camino se prolonga por la costa atravesando barrios de pescadores y bateleros junto á jardines deliciosos que esconden quintas y pabellones, donde pasan el verano las familias acomodadas de la ciudad, y pueblecillos alegres habitados por obreros y cultivadores.

El paisaje cambia continuamente de aspecto, y la carretera, bordeando las ensenadas que se dibujan en la playa, trepa por las laderas de agrestes collados, franquea ramblas y se acerca á simas profundas, pasando alternativamente de la luz á las sombras. A la derecha un viejo fuerte turco, cuyo perfil se asemeja á una cabeza con turbante, avanza sobre el mar apoyando sus desmoronadas almenas en un promontorio de rocas escarpadas.

Más allá los cementerios cristiano y judío, dominados por una eminencia que sostiene la iglesia de Nuestra Señora de Africa, imagen negra muy vene-

rada por los marinos, y que entre un sin fin de ofrendas de gran riqueza guarda las espadas del mariscal Pelissier y del general Yusuf, presentadas por los bravos jefes á la Virgen después de las guerras de la conquista.

San Eugenio es un pueblecillo formado por las casas de campo de los comerciantes judíos, y abundante en cafés y restaurants á la orilla del mar, muy frecuentados por la gente del pueblo los domingos.

Desde San Eugenio el camino se prolonga entre el mar y plantaciones de olivos, áloes, cactus y lentiscos, sirviendo de cercados á propiedades aisladas, llegando hasta Punta Pescade, puertecillo insignificante, muy visitado por su admirable posición que permite gozar del panorama de Argel, de toda la costa y de las montañas vecinas.

Después de descansar breve tiempo en un café á la orilla del mar y saborear esquisitos mariscos, emprendimos el regreso hacia la ciudad. A la caída de la tarde, á medida que nos acercábamos, aumentaba la animación en la carretera.

Paseantes á pie, gentes á caballo, carros militares cargados de forraje, furgones de municiones escoltados por soldados; mendigos, obreros y pescadores; una multitud pacífica, los árabes; grupos turbulentos, los europeos. Aquí y allí camellos que se espantan del tumulto, recuas de horriquillos cargados de arena, de legumbres, desfilando muy unidos y obedientes á los arres de sus conductores, todos biskrinos, caminando al paso detrás de los asnos ó trotando si trotan.

Procesiones de mujeres dirigiéndose hacia el mar, legiones de chiquillos de todas razas, cuyo

placer allí, como en todas partes, es circular entre las multitudes, aumentando con sus juegos y sus gritos la algarabía general, y un sinnúmero de vehículos de todas clases, confundiendo el alegre sonar de sus cascabeles con el lamento profundo de las olas muriendo en la playa.

Es extraordinario el número de coches que existen en Argel, quizás por las duras pendientes de sus calles poco cómodas para los peatones. Plazas insignificantes contienen paradas de coches de alquiler, y hasta las calles más estrechas sirven de itinerario á diferentes líneas de ómnibus.

¡Y qué sorprendente variedad de formas en los vehículos! *Landaux* elegantes, berlinas, jardineras, carricoches, carretas primitivas, ómnibus desvencijados, tranvías relucientes y cómodos, *charrettes* ligerísimas, calesas, carretelas sucias y empolvadas, cubiertas con un inmenso quitasol, se empujan y se cruzan por boulevares y plazas saltando á menudo sobre las aceras con gran peligro del pacífico transeunte.

Pero en su mayor parte los carruajes presentan un aspecto feísimo, y su estado de conservación ofrece pocas garantías de seguridad al viajero. Diríase que Argel es el gran Hotel de los Inválidos, es *el gran capharnaum*, ó más bien el infierno de todos los coches viejos de Europa, condenados á una segunda vida de suplicios. El Mediterráneo sería su laguna Stijia.

A este excesivo movimiento de carruajes hay que añadir el hormigueo de legiones de horriquillos que se deslizan entre las ruedas, bajo las patas de los caballos en los sitios más exiguos que los pa-

seantes dejan libre. Enanos, intrépidos y dóciles caminan sin brida, bocado ni ramal, mandados á viva voz y parándose cuando los tiran del rabo. Son los proveedores y los basureros de Argel. En sus sarrías profundas traen todo lo que come la ciudad y se llevan todo cuanto desprecia. Hay que verlos trepar y descender por las empinadas calles de la Kasba, tomando precauciones para poner las patas con seguridad y no perder el equilibrio de la carga.

El árabe considera su borrico como instrumento, como un carretón, y lo maltrata despiadadamente. Un adagio dice que el borrico lleva por sí solo todo el peso de la civilización, porque el cristiano golpea al judío, el judío al árabe y éste al borrico. Si no hemos podido cerciorarnos de este dicho nos apercebimos de que por lo menos las dos últimas fórmulas son rigurosamente exactas. El árabe trata á su borrico como turco á moro: lo carga con exceso, lo revienta y lo muele á palos. A cada paso encontrábamos hombretones de seis piés montados en asnos como perros. El pobre animal no podría soportar tanto peso sobre el lomo, por lo que el caballero se encarama en la grupa, y como sus piernas tocarían muchas veces en el suelo, las levanta para extenderlas sobre el lomo de la bestia. La capa del jinete tapa esta postura, de suerte que el grupo visto por la espalda en línea recta de modo que las patas estuvieran en justa proyección unas tras otras, resultaría la visión de un animal nuevo y fantástico con busto de hombre, cola de asno y patas de ciervo.

El moro caminaría mucho más de prisa á pie que sobre tan pobre montura, pero su incomparable pe-

reza se acomoda perfectamente y no comprende los tormentos que inflige á su desgraciado asno.

Paseando un día por las alturas frondosas de El-Biar, vimos un burro enano aplastado bajo una carga enorme de leña. Cayendo y levantando cada diez pasos, caminaba ostigado por la lluvia de palos que su bárbaro dueño le propinaba sin cesar y que no tardarían en matarlo. Movidos de compasión interpelamos al árabe para que no maltratara así á su bestia.

—¿Por qué pegas á tu borrico?—le digimos.—Mejor sería que le descargasas y llevaras la leña en dos veces.

—Bueno—respondió el árabe en francés chapurrado.—Si piensas que lo he robado y quieres molestarme, te equivocas. Puedes llevarme ante el juez de paz; no tengo miedo, porque el burro es mío y tengo testigos de haberlo comprado en un duro en Mustaphá.

—No tratamos de denunciarte. Lo que queremos es que no lo castigues así, pues vas á reventarlo.

—¿De modo que reconoces que el burro es mío y muy mío, y no hay ninguna duda de ello?

—Sí, sí, lo reconocemos.

—¿Y pretendes impedir que le pegue á mi burro que es muy mío? ¿Voy yo acaso á tu tierra á prohibirte que pegues á tu mujer, á tu perro, á tu borrico ó á quien quieras? ¡Y si en tu país tratara yo de detenerte cuando le pegas á tu burro, te apresurarías á llamar á los gendarmes para que me prendieran! ¡Entonces eres un hombre injusto; lárgate á tu tierra á castigar á tu burro, y deja á los demás pegarles á los suyos como les cuadre!

Estos razonamientos, expresados con un tono de superioridad y de profundo desprecio hacia nosotros, nos hizo desistir de nuestro compasivo empeño, apresurándonos á alejarnos para no oír el ruido de los palos en las ancas del pobre borriquillo.

XXXIII

La partida.—El mercado de Bu-Farik.—La tienda del Cadi.

Nuestros amigos nos habían ponderado los atractivos de una expedición á la provincia de Constantina, á Tunez y á las ruínas de Cartago, pero para llevarla á cabo se necesitaban más de ocho días, y el limitado tiempo de que disponíamos, llegado á su término, nos precisaba ya regresar á España, dejando para ocasión más oportuna la visita del reino de Tunez y el Egipto, regiones si cabe más interesantes y de más preciosos recuerdos históricos que las provincias argelinas.

Pensábamos embarcarnos en Argel para cualquiera de los puertos españoles del Mediterráneo, pero no habiendo á la sazón ningún vapor con este itinerario, debimos resignarnos á recorrer de nuevo la línea de Argel á Orán y volver por Cartarena.

Deseosos de aprovechar el día que nos quedaba disponible aceptamos la proposición del amable doctor—á quien nunca agradeceremos bastante sus atenciones para con nosotros—de pasarlo en el cer-

cano pueblo de Bu-Farik en donde se celebra todas las semanas importante mercado árabe, ofreciéndose á acompañarnos, lo cual aumentaba el atractivo del proyecto.

No se puede dejar á Argel sin experimentar vago pesar, y en ninguna parte se sufre tan vivamente el sentimiento amargo conocido de todos los viajeros que á la hora de la partida hace nos preguntamos si la brevedad de los años y los contratiempos de la vida nos permitirán volver á ver jamás los lugares que tanto nos han encantado y cuya visión mágica se conserva siempre en los ojos unida con la esperanza del regreso.

¡Cuántas cosas se nos han quedado por ver, y cuántas nos serán siempre desconocidas en el maravilloso suelo argelino! Pero allí, como en todas partes, el tiempo implacable se escapa volando y las páginas del libro de la vida se vuelven por sí solas entre los dedos perezosos.

Hay que partir y cerrar el libro.

Sumidos en estas reflexiones contemplábamos, asomados á las ventanillas del vagón, los minaretes de las mezquitas del puerto, los fortines franceses, las alturas de la Kasba, la línea blanca de los boulevares, las verdosas montañas y los contornos de la costa, panoramas espléndidos que huyeron acaso para siempre de nuestra vista al describir la línea férrea rapidísima curva.

La vía se extiende paralela á la costa entre el mar que se mecía plácido y transparente y la vega tapizada de naranjos, palmeras y álamos. Pronto divisimos los montículos verdosos del Sahel y se desarrolló ante nosotros la llanura de la Metidja, y á lo

lejos el sol iluminó los picos del Atlas coronados por su turbante de nevada gasa.

El tren se detuvo á los 37 kilómetros de Argel, en la estación de Bu-Farik, y nos apresuramos á dirigirnos, por una alameda de eucaliptus gigantescos, á la ciudad, que aparecía recostada lánguidamente en un lecho de azahar y de rosas.

Bu-Farik era en 1830 una laguna fétida habitada solamente por jabalíes y otras bestias feroces. Unos cuantos senderos la atravesaban, desembocando en un sitio algo más elevado, donde se encontraba una kubba dedicada á *Abd-el-Kader*, y un poco sombreado por cuatro álamos, de cuyas ramas pendían á menudo cuerdas en las que se balanceaban los cuerpos de las víctimas de los sanguinarios caídos.

En 1835 se estableció allí el primer campamento francés, y durante muchos años los esfuerzos para colonizar aquel terreno y fundar una ciudad se estrellaron con lo mal sano de un clima que dieztaba con sus constantes fiebres los colonos y soldados continuamente renovados. Pero á fuerza de perseverancia y de trabajos de saneamiento llevados á cabo con energía é inteligencia, la ciudad ha prosperado, el suelo ha llegado á ser fecundo, desaparecieron las fiebres y Bu-Farik es hoy uno de los centros más importantes de la provincia de Argel.

Sin detenernos en la ciudad, parecida con sus calles anchas, sus grandes edificios públicos y sus cuarteles á todas las levantadas en la colonia por los ingenieros militares, llegamos al llano inmenso cercano al camino de Blida, donde se celebra todas las semanas el mercado, cuyo aspecto nos causó muy viva impresión, recordándonos al primer golpe

de vista los mercados murcianos y más aún la feria de los Alcázares.

Figuraos una aglomeración sin orden ni concierto de mercaderes, compradores, colonos de las cercanías, fruteros, árabes, chalanes, judíos, gentes de á pie y de á caballo, circulando en tropel entre piaras de hermosos caballos, ganados de todas clases, dromedarios, camellos y borricos y, en fin, una mezcla abigarrada de todas las razas, marchando pausadamente y formando grupos animados en las puertas de los cafés y alrededor de los juglares y vendedores de amuletos.

Añadid á este cuadro la grandeza del sitio, la extensión de los llanos vecinos, la belleza especial de los horizontes de la Metidja, la crudeza de un sol radiante, y por último, una reunión de tiendas de campaña árabes de forma cónica, emblema interesante cuando es la expresión de las costumbres de una sociedad primitiva, vivienda absurda en Europa donde la tienda es considerada como la guarida sospechosa de las gentes sin profesión honrada, donde se supone que el hombre errante no tiene ni casa ni hogar, y el nómada es siempre un vagabundo. Suponed todavía, para acercarse á la realidad, la novedad de los trajes, casi todos blancos, el murmullo particular de las multitudes árabes y el efecto extraño por su exagerada sencillez de algunas industrias locales, y tendreis una idea aproximada de los mercados árabes.

Los herreros, cafeteros, zapateros y armeros, acuden con sus utensilios y su material primitivo; las gentes del Sur traen sus lanas y sus dátiles; los de la llanura sus granos, y los montañeses el aceite,

la madera y el carbón. Los hortelanos de Blida ofrecen las frutas y todas las legumbres cultivables, desde la mandarina olorosa hasta la humilde lenteja. Los vendedores ambulantes árabes y judíos presentan mercería, drogas, especias, esencias, joyas ordinarias, trajes de todos los países y tejidos de todas las fábricas. Unos se instalan al aire libre, otros improvisan con una tela blanca cuadrada un pintoresco quitasol que les resguarda de los rayos solares, molestos aun en Diciembre, y todos exponen sus mercancías en el suelo, sobre un pedazo de alfombra, ó las arreglan sobre cajones y amontonadas en cestas, únicos enseres necesarios al mercader rural.

Nosotros cruzamos en todas direcciones aquellas calles abigarradas, observando el contraste de las costumbres indígenas en lucha abierta con el progreso impuesto por la conquista, y nos detuvimos á menudo á presenciar las ventas que se hacían á media voz con la malicia del campesino y las argucias del traficante árabe; los pagos hechos como á disgusto, el dinero circula con lentitud y saliendo con visible esfuerzo del pañuelo, donde los árabes anudan como nuestros campesinos esas monedas tan guardadas que defienden con valentía y esconden con sórdida avaricia.

En el centro de este campamento improvisado solamente para unas cuantas horas, se levanta la tienda del Cadí coronada con tres enormes bolas de cobre, terminadas con la media luna, signo distintivo de los jefes militares indígenas. Dos magníficos caballos árabes estaban atados en la puerta, que guardaban unos cuantos soldados del regimiento de Africa.

Mr. Gallant, que conocía al Cadí, nos invitó á entrar en la tienda, alhajada con tapices, cogines, divanes muy bajos y multitud de armas preciosas; silenciosos árabes sentados en el suelo, esperaban vez para exponer al juez sus querellas, ó con la bolsa en la mano se disponían á pagar no se qué contribución francesa.

En el fondo, y sepultado entre cogines, estaba el Cadí dictando órdenes, contando el dinero, dando audiencia á los que acudían en demanda de justicia y decidiendo en pocas palabras las querellas de escasa trascendencia que sometían á su fallo. Sibi-ben-Marsali-Alí (así se llamaba el Cadí), era un hombre de unos cuarenta y cinco años, simpático, alto, delgado, de tez amarillenta, fisonomía dulce y mucha dignidad en sus maneras.

Sobre su finísimo haik usaba doble albornoz, blanco el interior y azul obscuro el otro, á la cabeza una especie de turbante, rodeado de gasa, y sobre su pecho la cruz de la legión de honor.

En cuanto apercibió á Mr. Gallant, se adelantó á recibirlo muy cordialmente, saludándole en correcto francés. Al saber que éramos españoles, redobló sus cumplimientos diciendo sentenciosamente: que árabes y españoles somos hermanos; y suspendiendo su importante ocupación, nos hizo sentar á su lado sobre los blandos almohadones, obsequiándonos con dátiles, naranjas y pastas, y sirviéndonos el café al estilo árabe que encontramos delicioso. Después mandó traer un elegante *narghilé* de tres larguísimo tubos que cada uno de mis compañeros llevó á sus labios, manejando la extraña pipa como si toda su vida hubieran fumado el aromático taba-

co, quedando persuadido de que en España el *narghilé* favorito de los musulmanes está aún en uso y por ello nos felicitó calurosamente.

No queriendo abusar más tiempo del bondadoso, cadí nos retiramos, manifestándole nuestro agradecimiento, mientras él se deshacía en reverencias y acercaba su mano á sus labios después de estrechar las nuestras como prueba de estimación y respeto.

El mercado se hallaba entonces en su mayor apogeo, pero estando la mañana muy avanzada y empezando á molestarnos el sol y el polvo, regresamos á la ciudad, en la que el doctor tenía muchas relaciones por haber residido en ella algunos años.

Uno de los amigos de Mr. Gallant, á quien éste nos presentó, tuvo la bondad de invitarnos á una fiesta campestre que se celebraba en una propiedad suya, no lejos de Bu-Farik, con motivo de la boda de uno de sus colonos—un árabe rico de la Metidja—dispuesta para el día siguiente, y muy gustosos aprovechamos la ocasión que la casualidad nos deparaba de observar las costumbres matrimoniales de los indígenas argelinos.

XXXIV

Una boda árabe.—Fiesta ecuestre.

Mr. Etienne (el amigo del doctor) vino á buscar-nos en un magnífico break tirado por tres arrogantes alazanes árabes para conducirnos á su hacienda. Le acompañaba su señora y una bellísima joven francesa que, para restablecer su salud, había venido á pasar el invierno en Argelia.

Hechas las presentaciones de rúbrica, salimos á todo escape del pueblo, y pronto se estableció entre los expedicionarios una franca cordialidad que hizo se pasara rápidamente el trayecto, amenizado por las anécdotas sobre las costumbres árabes referidas por Mme. Etienne, escuchadas atentamente por todos y más especialmente por la señorita parisiense que se entusiasmaba con las cosas orientales, hallándolo todo delicioso.

Por nuestra parte, no nos cansábamos de admirar á Mlle. Amanda, interesante rubia de mirada dulce y expresiva, facciones delicadas, esbelta y graciosa, y revelando en toda su persona ese *cachet* y ese *chic* propios de las hijas del Sena. Con una alegría suma-

mente expansiva nos contaba sus impresiones en las fiestas moriscas á que había asistido en Argel, su estrañeza de las bizarras costumbres del país y su cariño al clima argelino, que con sus brisas perfumadas y su tibieza le había devuelto la salud, haciendo reaparecer las rosas de sus mejillas.

España despertaba en la simpática joven un mundo de poéticos ensueños, y llena de curiosidad multiplicaba sus preguntas, mezcladas de ingenuidad y admiración, que nos apresurábamos á satisfacer.

Hablando de los dotes nupciales, Mme. Etienne nos refirió que en cierta ocasión uno de sus labradores vino á pedirle prestados 30 francos. «¿Para qué los necesitas?—He encontrado, respondió el árabe, una mujer que sabe hacer el kuskús y tejer el albornoz, y los necesito para casarme con ella.» Unos cuantos días después, el mismo colono vino á devolver los 30 francos, diciendo que á los dos días de casado se había apercebido de que su mujer no tejía bien, y á pesar de sus cualidades culinarias la había despedido. Al poco tiempo volvió á presentarse diciendo haber encontrado por 25 francos la mujer que deseaba, regocijándose de haberse separado de la primera.

Conversando y riendo habíamos llegado á la hacienda; Beni-Salem, el padre del novio, nos recibió con gran agasajo á la puerta de la casa, y condujo á las señoras al departamento donde estaban las mujeres árabes, dejando solos á los caballeros, puesto que no pueden penetrar en las habitaciones reservadas á las mujeres.

Mientras las señoras hacían su visita, que des-

pués referiré, nos instalamos en la tienda de un jefe árabe venido como nosotros á la ceremonia; y entretanto se preparaba el kuskús y volvían las damas, Beni-Salem tuvo la bondad de explicarnos, aunque en mal francés, algo de los preliminares de boda y de la petición matrimonial.

En las tribus semibárbaras campesinas y nómadas, los árabes se casan muy jóvenes. Habitando generalmente toda la familia bajo la misma tienda ó en los *gurbis*, el indígena no conoce ninguna de las precauciones prudentes que sabe tomar el pudor cristiano.

Para sustraer á sus hijos del ímpetu de las pasiones, sin principios morales que refrenen la viveza de su imaginación meridional y bajo la influencia de los malos ejemplos de la poligamia practicada bajo su mismo techo, los padres se deciden á casarlos cuando apenas han acabado de desarrollarse.

Entonces se dedican á buscar la joven que pueda reunir las condiciones apetecidas, y, una vez hecha la elección, la madre procura, bajo diferentes pretextos, acercarse á su futura nuera, estudiando su fisonomía, la solidez de su constitución, sus costumbres y sus aptitudes para el trabajo y la obediencia. Porque según el Profeta, la mujer es un ser imperfecto, inferior al hombre, para quien fué creada, que vive entre adornos y galas, dispuesta siempre á disputar sin razón y á quien hay que tratar con bondad sin dejar de reprenderla, y pegarla cuando sea necesario.

En las familias acomodadas cuya reputación no admite desconfianzas, las mujeres están consideradas como adornadas de todas las cualidades reque-

ridas para el casamiento; así es que las dudas y celos de la suegra pierden su fundamento y su razón de ser.

Si la joven place á la madre, el matrimonio queda acordado en principio. Solamente entonces sabe el joven que le han elegido una esposa que no conoce, pero que le pintan con los rasgos más encantadores; y lejos de exasperarse, da las gracias á sus padres y se dedica á soñar esperando impaciente el día de la boda.

El padre, acompañado de sus amigos y vecinos, se dirige á la habitación de la familia de la novia llevando provisiones de carneros y manjares para preparar el festín. Las negociaciones son largas y animadas, discutiéndose y regateándose el importe de la dote, hasta llegar al fin á un acuerdo mediante regalos á la madre y hermanas de la novia.

Desde aquel momento el compromiso es solemne, y si alguna de las partes se retractara sería condenada al pago de la mitad de la suma estipulada como dote.

Unos días después es entregado el dote á los parientes de la joven, llevándose nota exacta de los gastos, regalos y comidas, etc., con objeto de descontarlos en caso de divorcio. Reunidas las dos familias menos los novios, se dirigen al pueblo ó al mercado vecino para proceder con una alegría infantil á la compra del *trousseau*, que se compone de sederías y telas bordadas de oro, collares, brazaletes, espejos, perfumes, cajas de amuletos, etcétera, etcétera, necesitando grandes esfuerzos para no excederse de la suma destinada á tal objeto, retirada de la dote, puesto que se supone que la novia

ha de entregarse al marido, sin una sola prenda.

Llegado el día de la boda el padre de la novia, seguido de sus deudos y de provisiones y regalos, se encamina á la morada de la novia donde se celebra gran banquete y prolongados regocijos; al despuntar el día la novia montada en un mulo ó en un camello, cubierta de precioso velo, es conducida triunfalmente entre músicas y gritos de júbilo á casa de su marido que la espera impaciente, pero que no se presentará hasta que llegada la noche entre en la cámara nupcial, levante el velo de la desposada y contemple por primera vez los encantos de su compañera.

En algunas comarcas el marido, para manifestar su supremacía, lleva en la mano, al penetrar en el domicilio común, un palo enorme que coloca cerca de su mujer, sin necesidad de explicarle su significado.

En las ciudades, los festejos preliminares se prolongan durante tres días y tres noches. Algunas veces suelen llevar procesionalmente á la novia al baño, con un gran cortejo de músicos y de amigos, y la casa del marido se adorna é ilumina para recibirla.

Naturalmente, estas ceremonias varían según las tribus, la edad y posición del novio y conforme sea la novia, doncella, divorciada ó viuda.

Mientras Beni-Salem nos refería estas interesantes costumbres, volvieron las señoras de su visita á las mujeres árabes, entusiasmadas de lo que habían logrado ver; sobre todo la bella rubia no ocultaba la impresión que le habían producido la novia y su traje, y se lamentaba de la ley que nos impedía penetrar en el gineceo.

Pero en tanto que nos refrescábamos con naranjas y saboreábamos el esquisito moka preparado al uso árabe—pues á pesar de las instancias del huésped no aceptamos el alcuzcuz—Beni-Salem llevó primero á las damas á una gran habitación dividida en dos por una cortina de percal, donde se hallaban reunidas varias mujeres no veladas, y las presentó á su mujer, hermosa árabe, muy morena, ricamente vestida, que se apresuró á decirles por señas, pues no hablaba una palabra de francés, que se sentaran en los cogines, al lado de las moriscas que las devoraban con sus miradas curiosas.

Para ver á la novia pasaron á la casa del marido, y se detuvieron en una sala sin más muebles que cogines y anchísimos divanes.

En un rincón estaban sentadas varias mujeres que, á juzgar por los diamantes de sus brazaletes y collares y por el lujo de las gasas y bordados de sus trajes, debían ser de elevado rango.

La novia, medio tendida en un diván, aparecía rodeada de otras moras, especie de matronas que procedían á dar la última mano á su tocado, desarreglado por la marcha fatigosa que acababa de emprender, viniendo de su casa; y para distraerla tocaban otras instrumentos de sonido lánguido, acompañando danzas árabes y cantos melodiosos.

Era la *arossa* (novia), al decir de las damas, una joven, casi una niña, pero bien formada, arrogante y de mirada viva y ojos negros de poderoso brillo.

Llevaba cuerpo bordado de pedrería, abierto sobre chaleco blanco de damasco, calzón de brocado y la cabeza cubierta de gasa de oro, en la que prendía

un finísimo velo blanco cayendo sobre los hombros como una especie de manto.

Las solícitas sirvientas se afanaban por hermosarla, dando á sus mejillas un tinte rojo, pintando las uñas de *henné* perfumado, untando de pomada lustrosa los cabellos, trazando entre las cejas una raya negra, signo de belleza muy apreciado entre los orientales, y apurando, para cautivar al esposo y dueño, todos los recursos de la *toilette*, ese arte femenino cuyos secretos no han sido jamás enteramente descubiertos.

Varias veces preguntamos por el novio; pero nos dijeron que hasta la noche se mantenía alejado de su futura, acompañado de sus amigos, que tratan de distraerlo con sus bromas y cuentos hasta el momento solemne de reunirse con su esposa.

Mientras tanto, resonaban en la llanura detonaciones de fusilería y gritos estridentes, anunciando la llegada de los caballeros que iban á tomar parte en la fiesta hípica, especie de fantasía guerrera, en la que el humo de la pólvora y el galope de los caballos produce en los árabes la ilusión de los combates, recordando á los viejos las emociones reales de la vida militar, y dando á los jóvenes una idea aproximada de las batallas, desconocidas aún para ellos.

El sitio elegido para las carreras era un inmenso campo apenas cultivado y limitado por ambos lados por tiendas de campaña, á cuyas puertas se apiñaba una multitud abigarrada que manifestaba ruidosamente su alegría y su impaciencia.

Todas las mujeres, excepto la novia y sus sirvientas, con el velo echado sobre la cara, se habían

situado á gran distancia de los hombres, en el sitio marcado como término de la carrera.

Para los invitados habían levantado un pabellón, adornado con banderas, desde donde se dominaba todo el campo, y cerca de él se instalaron los músicos con tambores, flautas y otros instrumentos, produciendo una algarabía infernal.

No tardó en presentarse lucida cabalgata, acogida con estrepitosos aplausos y disparos de fusilería y con los repetidos *yuyu* con que las mujeres manifestaban su entusiasmo.

El primer ejercicio fué magnífico: diez apuestos ginetes avanzaron en correcta línea, con movimientos tan iguales que parecían formar un solo cuerpo, y se detuvieron en el punto de partida. Los caballos lucían sus arneses de gala; los ginetes vestían el traje de combate, compuesto de ancho calzón, bota alta de cuero encarnado, espuelas enormes, haik sujeto á la cintura por un cinto lleno de cartuchos, jubón de finísimos colores y turbante con flotante gasa.

A una señal de Beni-Salem, salieron de frente á gran galope, derechos sobre las sillas, suelta la brida, excitando sus potros con gritos enérgicos y animado su tostado rostro por el placer de su diversión favorita. Muchos de ellos sostenían con perfecto aplomo sus fusiles en la cabeza y manejaban con sus manos libres pistolas y sables.

A diez pasos de nosotros, con un movimiento rapidísimo, lanzaron al aire sus armas, recogiénolas con singular destreza, y, deteniendo instantáneamente sus corceles, quedaron inmóviles apuntando en nuestra dirección.

El sol hizo entonces centellear las armas, las joyas y los arneses, brillaron los estribos y las doradas bridas, y aparecieron refulgentes las sillas de terciopelo y los sedosos trajes. Resonó una descarga y se alejaron los árabes, veloces, envueltos en una nube de humo y de polvo, dejándonos sorprendidos y admirados.

Un segundo grupo siguió al primero, tan de cerca que la humareda se confundió, y la detonación del segundo disparo repitió el primero como instantáneo eco.

Nuevo pelotón de ginetes apareció á lo lejos, llevando á su frente al negro *Kaddur*, famoso en todo el Sahel por su destreza en el manejo de las armas, su marcial apostura, la ligereza de su alazan, fino y fogoso, enjaezado caprichosamente con multitud de cadenitas, cascabeles y amuletos que despedían destellos luminosos.

En el traje de *Kaddur* dominaba el color rojo, haciendo resaltar el ébano de su rostro, y dando á su persona un aspecto feroz y ridículo á la vez. Mantenía en equilibrio sobre su cabeza una espingarda, en la mano derecha llevaba otra, y en la izquierda una pistola que descargó al pasar delante de nosotros, disparando también sin detenerse las otras dos armas: cambiándolas de mano y arrojándolas luego á gran altura las recogía con habilidad maravillosa, continuando su vertiginosa carrera inclinado sobre el cuello de su bestia.

Las detonaciones se sucedían sin interrupción, aparecían nuevos grupos más ó menos numerosos, rivalizando todos en gallardía y apostura, crecía la

gritería, y en aquella atmósfera saturada de pólvora inflamada, pudimos, durante más de una hora, respirar el ambiente enloquecedor de los campos de batalla.

Imaginad el desorden más impetuoso, la velocidad más vertiginosa, y el esplendor de los colores más vivos iluminados por los rayos del sol. Figuráos el chispeante choque de las armas, el reflejo de la luz sobre todos aquellos grupos en movimiento, los haik flotando á impulso del viento, los fugaces resplandores de tantas cosas brillantes y la confusión de tonos en que dominaba el rojo fuerte y el blanco immaculado. Añadid á este lujo indescriptible que fascinaba nuestra vista, el tumulto ensordecedor de los gritos de los jinetes, el murmullo de las aclamaciones femeniles, el estallido de la pólvora, el galope de los caballos y el fragor estrepitoso de miles de sonidos penetrantes. Poned esta escena en su verdadero cuadro africano, bajo un cielo del más límpido azul, en un paisaje de risueño verdor limitado á lo lejos por montañas en caprichosa estribación, con una atmósfera impregnada de azahar, y lograréis quizás entrever el espectáculo, alegre como una fiesta, agitado como un campo de batalla, que presenciámos sorprendidos, participando de la febril excitación que embargaba á las masas árabes; espectáculo grandioso que sólo el pincel podría reproducir fielmente.

De cuando en cuando, mientras volvían á cargar los fusiles y descansaban los caballos, que jadeantes y bañados de espuma parecían no sentir las heridas sangrientas abiertas en sus hijares por

las afiladas espuelas, se presentaron á correr aisladamente algunos caballeros, haciendo alarde de su pasmosa agilidad, seguros de arrancar aplausos considerándose como primeros actores del espectáculo. Otros marchaban dos á dos, tan perfectamente unidos en sus movimientos y con tal precisión en el paso de sus caballos que parecían guiados por una sola mano invisible.

El público sabía apreciar el mérito de estos ejercicios ecuestres, y los premiaba con repetidas demostraciones de agrado.

No dejaba de llamarnos la atención que el nuevo esposo no tomara parte en tan singular fiesta, celebrada en su honor, y esta ausencia turbaba un tanto la alegría de la francesita, que en su imaginación fantástica se lo representaba cabalgando en noble corcel, haciendo él sólo más proezas que todos los demás, y con los requisitos y cualidades extraordinarias que adornan á los protagonistas de las leyendas orientales.

Cuando faltaba ya poco para terminarse la fiesta, resonaron nutridos aplausos é inesperado vocerío y todas las miradas se dirigieron hacia la casa donde se hallaba el novio, que no tardó en adelantarse caballero en fogoso potro bayo magníficamente enjaezado.

Detúvose un instante para saludarnos, y pudimos observar á nuestro sabor al mancebo, que, aunque no resultaba tan perfecto y hermoso como lo había forjado la fantasía de Mlle. Amanda, no dejaba de ser gallardo y de llevar con mucha soltura un traje cuajado de pedrería que sentaba muy bien á su vigorosa juventud.

No tardó en partir á todo galope, medio levantado sobre los estribos, manejando con desenvoltura un precioso fusil, ó empuñando el sable corvo primorosamente cincelado que pendía de su cinto, haciendo dar saltos arriesgados á su brioso corcel y parándolo en seco después de una carrera desenfrenada. Entonces el frenesí del público no tuvo límites y la excitación llegó á su colmo mientras llegaban nuevos convidados y otros grupos atravesaban á todo correr el hipódromo.

Pero el día declinaba y había que pensar en el regreso á Bu-Farik; la fiesta tocaba á su término y sólo faltaba la ceremonia de acompañar al novio cuando llegara la noche hasta el dintel de la morada donde la bella desposada languidecía, sin duda, contando las horas y escuchando las voces de júbilo de la multitud y las detonaciones con que se festejaba su casamiento.

Nos despedimos, pues, de Beni-Salem, manifestándole nuestro agradecimiento por su cordial recepción, y tomamos el camino de la ciudad dando rienda suelta á los comentarios y dejando escapar las vivas impresiones producidas por el original espectáculo á que habíamos asistido.

El breack se detuvo á la puerta del hotel de Mr. Etienne, situado en las afueras de la población entre frondosos jardines y bosques de altísimas palmeras.

Al tratar de retirarnos, nuestros nuevos amigos, dándonos otra muestra de su galantería, manifestaron decidido empeño en que nos sentáramos á su mesa y termináramos tan agradable día en su compañía. Mr. Gallant unió sus ruegos y no

hubo medio de resistir á tan franca invitación.

Mientras cambiaban de trajes las damas y descansaban un tanto de las emociones de la tarde, Mr. Etienne nos hizo recorrer su precioso hotel y admirar infinidad de caprichos árabes, muebles kábilas, telas tunecinas y curiosas colecciones de armas, monedas árabes y romanas, y notables documentos antiguos que había ido recogiendo durante los veinte años de su residencia en Argelia, formando así un interesante museo.

La comida, servida á la francesa, fué exquisita, reinando la mayor cordialidad entre los comensales y girando la chispeante conversación sobre las cosas de Argelia y las cosas de España.

La velada concluyó agradablemente en el elegante *boudoir*, escuchando la purísima voz de Mlle. Amanda, que acompañándose al piano, cantó con exquisito gusto buen número de piezas escogidas del repertorio francés é italiano, y para obsequiarnos *se arrancó* con unas peteneras á la francesa, que aplaudimos furiosamente, dejando persuadida á la agraciada rubia, de que pronunciaba muy bien el español (aunque no lo comprendía) y cantaba mejor que nuestras flamencas más famosas.

Encantados del fino trato de aquella familia que, conociéndonos apenas, nos había colmado de atenciones, y cautivados por la singular gentileza de la francesita, las horas de tan deliciosa noche se deslizaron insensiblemente, haciéndonos olvidar que debíamos madrugar al día siguiente para emprender nuestra última jornada.

La despedida fué afectuosa en extremo, y nos separamos llevándonos la formal promesa de que si



realizaba Mr. Etienne su proyecto de visitar la Exposición de Barcelona, se detendría un par de días en Murcia con su esposa y con Mlle. Amanda, para saludarnos.

XXXV

**Vuelta á Orán. — Un personaje árabe.
A Cartagena.**

En la estación de Bu-Farik estrechamos por última vez la mano de Mr. Gallant, que salió para Argel momentos antes de que nosotros tomáramos el tren de Orán.

El afable trato y el carácter alegre del doctor le habían granjeado desde luego nuestras simpatías, y conociéndolo sólo desde hacía algunos días, experimentábamos al despedirnos y ver desaparecer el pañuelo que agitaba asomado á la ventanilla, el pesar natural de separarnos quizás para siempre de un amigo cariñoso y solícito.

Bajo tal impresión nos instalamos en un departamento desocupado, sirviendo de tema á nuestra conversación las atenciones que nos había prodigado el buen doctor, cuya amistosa acogida forma uno de los recuerdos más gratos de nuestro viaje.

Transcurridas dos ó tres horas de marcha, empezamos á cansarnos sin lograr entretenernos con los accidentes de un paisaje que ya conocíamos, cuando en una estación de segundo orden se abrió la por-

tezuela y subió un viajero cuyo aspecto nos causó singular asombro.

Era nuestro compañero un atlético moro mal encarado, de mirada arrogante, facciones duras y espesa barba negra, presentando toda su persona un no sé qué repulsivo y siniestro. Sin duda notó la impresión que nos había producido su llegada, pues sin saludarnos clavó en nosotros sus grandes ojos con expresión de desdén muy marcado, y envolviéndose en su azul albornoz, calada la capucha y dejando caer las babuchas que encerraban sus botas de montar encarnadas, cruzó las piernas sobre el asiento y se acurrucó al estilo árabe, sumiéndose en profundo letargo que interrumpía de vez en cuando para lanzarnos ojeadas poco tranquilizadoras.

Nosotros, en tanto, no perdíamos uno sólo de sus gestos, haciendo mil suposiciones sobre tan extraño personaje, cuyo aspecto nos inspiraba cierto respetuoso recelo, pues á juzgar por el azul de su albornoz—color que indica autoridad—por las sortijas valiosas que brillaban en sus dedos y por la cruz de la legión de honor sujeta ostensiblemente por un pasador de oro, sobre su albornoz, no podíamos dudar del elevado rango á que pertenecía nuestro poco simpático compañero.

Sin embargo, yo no me resignaba á contentarme con meras suposiciones y buscaba una manera de entablar conversación que saciara nuestra curiosidad y me suministrara nuevos datos para mis apuntes de viaje, luchando entre mi deseo de someterlo á mi insaciable afán de investigar y el temor de ver mal acogida mi pretensión.

Afortunadamente, la casualidad vino en mi ayuda y me dió ocasión de poner en ejecución mi intento del modo siguiente. Habíamos almorzado en el bouffet de Orleansville y volvimos al coche con buena provisión de dulcísimas mandarinas, cuando observamos que al pasar junto á nuestro moro que no había abandonado su aptitud soñadora, dirigía miradas golosas al aromoso fruto. Aproveché, sin vacilar la ocasión, y me apresuré á ofrecerle una de las naranjas más hermosas, leniendo la satisfacción de que la aceptara y la comiera con visible placer desarrugando el ceño, pero sin pronunciar una sola palabra.

Alentado por el buen resultado de esta primera tentativa y suponiéndolo bien dispuesto á entrar en conversación, me decidí á preguntarle tímidamente en francés cuál era el término de su viaje. Por toda contestación fijó en mí sus ojos brillantes y dejó asomar maliciosa sonrisa, mostrando la blancura espléndida de su dentadura. Una vez vencido mi recelo repetí la pregunta en español, y otra vez en francés muy despacio por si no entendía bien el idioma, y me disponía, en vista del mal resultado de mis gestiones, á recurrir á las señas, cuando con gran sorpresa mía extendió con expresivo ademán su brazo señalando la larga carretera que á lo lejos se dirigía hacia el Sur, y dijo esta sola palabra: «mira,» acompañándola con un gesto que marcaba claramente la distancia indeterminada del horizonte.

No quedamos muy satisfechos de tan lacónica explicación, por lo que me permití dirigirle otras dos ó tres preguntas sin importancia; pero sin duda

no comprendía bien ó no tenía ganas de conversación, pues con marcado desdén y sin hacernos ningún caso tornó á sumirse en su meditación, dejándonos entregados á nuestras conjeturas, lamentando que fuera tan poco comunicativo el compañero que nos había tocado en suerte en aquella última jornada.

Ya cerca de Orán se apeó el árabe tan silenciosamente como se había presentado, lo vimos montar en un caballo de pura sangre que le tenían dispuesto varios moros, los cuales se inclinaban respetuosamente besándole la mano ó la punta del albornoz, y desaparecer por la carretera.

Como observáramos también que el jefe y los empleados de la estación le daban señaladas pruebas de deferencia, rogamos al conductor del tren satisficiera nuestra curiosidad, y por este medio supimos que el grave personaje era Sidi-Hassan-Ben-Arriff, poderoso moro de gran prestigio entre los suyos por su noble alcurnia y por ser *hadji*—lo que significa haber ido varias veces á la Meca.—A los franceses costó no poco trabajo someter á tan ilustre jefe, lo colmaron de privilegios y distinciones y lo nombraron Aghá de Laghuat, importante distrito en los confines del Sahara.

La presencia del Aghá fué el único incidente que nos distrajo durante las catorce horas de ferrocarril hasta que la proximidad de la costa y lo mucho que hablaban en español en las estaciones nos dieron la certeza de que tocábamos al término de nuestro viaje.

En efecto, ya al anochechar contemplamos con alegría la elevada torre del castillo de Santa Cruz, y

llegamos á la estación de *Kerguenta*, donde nos esperaba Mohamed, el negro del hotel, con los billetes para el vapor, diciéndonos en su jerga especial que no teníamos tiempo que perder si no queríamos quedarnos en tierra. Nos dirigimos, pues, en carruaje al puerto, cruzando las bulliciosas calles y los bien iluminados boulevares de Orán, y nos embarcamos en el vapor *Salvador*, que no tardó en levar anclas, saliendo majestuosamente de la rada.

La noche era apacible, el Mediterráneo reflejaba los fulgores de las estrellas, que esmaltaban el cielo; fresca brisa agitaba suavemente las aguas y todo hacía presumir una corta y feliz travesía.

Poco á poco fueron apagándose las luces de los barrios altos, sumergiéndose la ciudad en la sombra, borráronse las formidables moles de los castillos, palidieron las farolas de Mers-el-Kibir y de la ciudadela, y en la ya confusa línea de la costa sólo distinguimos los poderosos faros del cabo Falcón y de Ferrat.

Con los ojos fijos en aquellas playas africanas que huían lentamente, balanceados por las olas, adormecidos por la calma solemne que nos rodeaba, los recuerdos de los panoramas y de las escenas que más nos habían impresionado, revivieron en mi imaginación, y, en medio de aquel sopor, surgieron como evocados por mágico poder los jardines de Blida, las mezquitas de Tremecén destacando su niveo blancor sobre el verde oscuro de los bosquecillos, la tortuosa Kasba argelina, los austeros trapenses, el inolvidable panorama de la blanca ciudad de los corsarios, el esplendor de la fiesta morisca con sus hermosas mujeres y sus danza

voluptuosas, el simulacro guerrero de Bu-Farik, la figura sombría del silencioso Aghá y la delicada silueta de la gentil francesa, los agrestes desfiladeros de la Chiffa y los risueños valles de Mustaphá, el barrio negro de Orán y la confusión de tipos dominados por el blanco albornoz árabe.

Subitamente una impresión de frío me sacó del letargo en que estaba sumido y el agua del mar salpicando mi rostro, me volvió á la realidad. Mirando en derredor me encontré sólo en la proa que azotaban furiosas olas; el viento hacía crujir la arboladura, y la oscuridad era completa.

Era ya cerca de la media noche; mis compañeros se habían retirado hacía ya mucho tiempo, y yo, siguiendo su ejemplo, defendiéndome á duras penas de los fuertísimos vaivenes, busqué en el sueño el reposo tan necesario á mi abatido espíritu.

Con el nuevo día, la tempestad se había calmado completamente, y viento favorable empujaba rápidamente la embarcación hacia las costas españolas. Los tintes de la aurora coloraban las aguas, el Oriente se abrasaba en los resplandores del sol naciente que iluminaba los castillos cartageneros, y de las sierras próximas empezaban á escaparse penachos de humo que ennegrecían las nubes.

Cartagena mostró sus murallas y su anfiteatro de múltiples colores, y no tardamos en arribar al puerto. Nuestra agradable expedición estaba terminada y al disponernos á saltar á tierra, dirigimos con una mirada, cariñoso saludo al continente lejano que se ocultaba al otro lado del Mediterráneo.

ÍNDICE

	Páginas.
I.—De Cartagena á Orán.....	1
II.—Noticias generales sobre la Argelia.....	5
III.—ORÁN.—Aspecto general.—Los españoles.—La Mezquita.—La Catedral.—El barrio negro.—Escena de familia.....	15
IV.—Un murciano.—Misserguín.—La Pepiniere.....	27
V.—Los avestruces de Misserguín.—Medicina y cirugía de los árabes.—Entierros y tumbas.....	33
VI.—De Orán á Tremecén.—Un compañero de viaje.—Apuntes sobre el ejército y sobre la administración indígenas.....	43
VII.—TREMECÉN.—Recuerdos históricos.—Aspecto general.....	53
VIII.—Curiosidades y monumentos.—El barrio árabe.—Un café moro..	59
IX.—Los alrededores.—La tumba de Sidi-bu-Medin.—Noticias sobre instrucción pública y legislación de los indígenas.....	71
X.—Un banquete árabe.—El alcuzcuz.....	83

	Páginas.
XI.—Un día en diligencia.—El aduar y las tiendas.—Sidi-bel-Abbes.—Entre murcianos.....	89
XII.—De Sidi-bel-Abbes á Blida.—El Gurbi.—Por llevar capa.....	99
XIII.—Un día en Blida.—Aspecto general.—El bosque sagrado — La cuenca del río.....	105
XIV.—Los llanos de la Metidja.—Las gargantas de la Chiffa.—El arroyo de los Monos.....	115
XV.—ARGEL.....	121
XVI.—La ciudad moderna.—Monumentos y curiosidades.—La Mezquita de Abd-er-Rahman.....	127
XVII.—La Kasba.....	135
XVIII.—Los árabes de la ciudad.....	145
XIX.—Moros y moriscas.....	157
XX.—El Korán.....	169
XXI.—Prácticas religiosas musulmanas.....	169
XXII.—La Guerra Santa.....	197
XXIII.—El matrimonio entre los musulmanes.—El dote nupcial.—Poligamia y divorcio.....	201
XXIV.—La mujer en el gineceo y en el harén.....	213
XXV.—Un nuevo amigo.—El teatro municipal de Argel —Karagheuz.....	221
XXVI.—Los alrededores.—El jardín de Hamma.—Mustaphá superior.....	225
XXVII.—Argel á vista de pájaro.—La llanura de Staneli.....	231
XXVIII.—El convento de la Trapa.....	235
XXIX.—El mercado francés.—«La Pecherie.»—Un bazar árabe.....	243

	Páginas.
XXX.—Una fiesta morisca.....	253
XXXI.—Un tribunal de justicia árabe....	271
XXXII.—Punta Pescade.—Los coches de Argel.—Los borriquillos.....	275
XXXIII.—La partida.—El mercado de Bu- Farik.—La tienda del Cadi....	281
XXXIV.—Una boda árabe.—Una fiesta ecuestre.....	289
XXXV.—Vuelta á Orán.—Un personaje árabe.—A Cartagena.....	303

